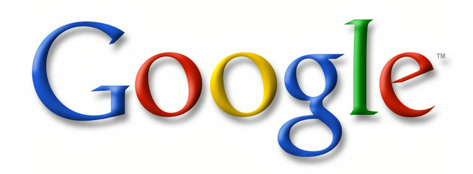


2 MB

1. Poetry, Mexican.

NPX

Echáiz

HORAS PERDIDAS.

HORAS
PERDIDAS.

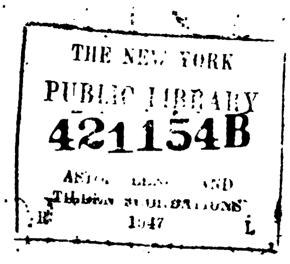
POESIAS MEXICANAS

POR

JESUS ECHAIZ.

MEXICO.
IMPRENTA DE INCLAN, CERCA DE SANTO DOMINGO NUM. 12.

1865.


THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
421154B
1947

HORAS PERDIDAS.

A LA SEÑORA DOÑA F. M.

Ya que vd. no se desdeña de que la pluma de un aficionado llene las páginas de su Álbum, que ocuparian mas dignamente las producciones de verdaderos poetas que se han creado un nombre en la literatura mexicana: hoy que por las circunstancias no pueden atribuirse á la adulacion las muestras de una sincera amistad, accedo gustoso á sus deseos poniendo á la disposicion de vd. las mas tolerables de mis composiciones, no porque estén mas correctas que las demas, sino porque se acercan menos á la literatura que un crítico estrangero ha llamado *literatura frenética*, á la que confieso me he sentido inclinado mas de lo regular.

A fin de seguir algun órden, las primeras composiciones que encontrará vd. en su Álbum son bastante sencillas, y acaso no le parecerán del todo impropias de las impresiones de la pri-

mera juventud: en seguida van colocadas otras de asuntos mas fuertes, que yo quisiera se acercaran al lenguaje de las pasiones; y las últimas temo que se resientan demasiado de la profunda tristeza que producen los desengaños, y los trágicos sucesos de que hemos sido testigos.

¡Cuán grande fuera mi placer si pudiera, sin dejar de escoger mis asuntos en las circunstancias que nos rodean, presentar á vd. las escenas de felicidad que parecen propias del Eden Mexicano!

Muy pocas poesías amorosas me he atrevido á introducir en esta coleccion, seguro de que vd. apreciará mas tener á la vista el recuerdo de algunos de nuestros héroes ó cualquier otros pensamientos, que las insípidas frases de una vulgar galantería; y aun en las pocas que van insertas en la coleccion, le suplico crea que las Julias y Teresas son ficciones aéreas de las que usan los poetas para persuadirse de que no están solos en la region ideal, y de las que yo me he servido tambien, aunque sin derecho reconocido.

Como epígrafes, al principio de cada composicion verá vd. algunos versos de nuestros distinguidos escritores mexicanos, principalmente de Lacunza, Prieto, Alcaraz y Collado, á quienes considero como mis maestros, pues con sus armoniosos versos y sentimentales pensamientos despertaron en mí la primera ilusion, muy bella y dulce á la verdad, de cultivar la poesía.

El título de «Horas Perdidas» me ha parecido muy adecuado y natural, tratándose *de versos escritos por mí y en estos tiempos.*

Yo bien quisiera poder lisonjearme, con razon, de ofrecer á vd. un presente digno de nuestra amistad y de su mérito; pero esto para mi torpe pluma es imposible, y me conformaria con saber acertivamente que estos versos están en castellano, y que no poseen en grado eminente propiedades narcóticas.

Ès preciso ser Horacio para decir en presencia de su composicion: «Non omnis moriar!» no moriré del todo! Es necesario ser Heredia para esclamar junto al Niágara;

«Àl escuchar los ecos de mi fama
Àlce á las nubes mi radiosa frente!»

O Lamartine para decir á una muger querida:

«Mais les sièeles auront passé sur ta poussiere
Elvire et tu vivras toujours!!»

Setiembre 16 de 1864.

JESUS ECHAIZ.

¡A tí alma ardiente, sensible y elevada, y por mí solo acaso bien comprendida!.................................

¡A tí cuya juventud llena de virtudes terminó por inesperada y funesta muerte!.................................

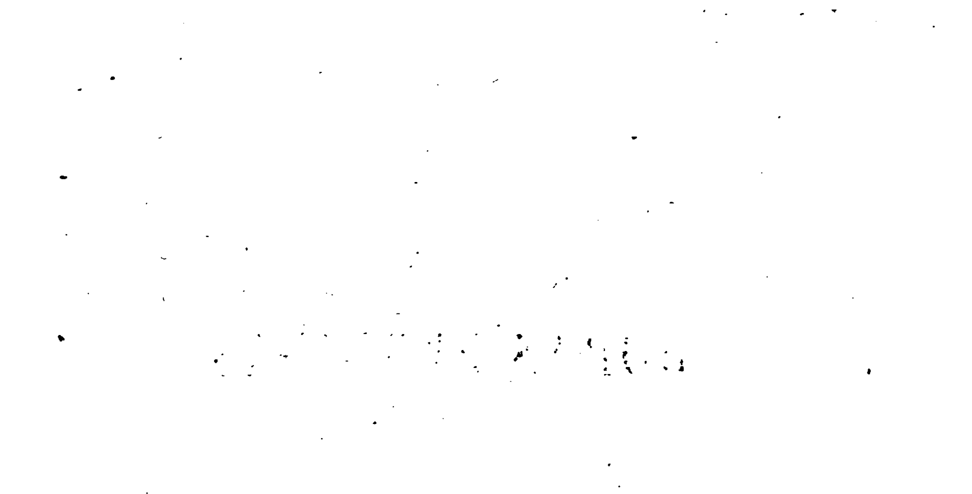
¡Y á vosotras que cruzais por este valle triste, la una como el ángel de la virtud y del perdon, y la otra como el genio de la bondad y de la ternura, lo que pueda haber de noble y hermoso en estos pobres versos!

HORAS PERDIDAS.

PRIMERA PARTE.

Venid á mí, recuerdos de la infancia,
Venid memorias de la edad tranquila
En que cual rica fuente por el mármol,
Por la inocencia resbaló mi vida.
Desde el lóbrego abismo del tormento
Se alza á vosotros la memoria mia;
Temo miraros, é impotente y débil
Torno á vosotros sin querer, la vista!

CASIMIRO COLLADO.



HORAS PERDIDAS.

MELANCOLIA EN EL EDEN.

Un sol de fuego en la celeste altura
Vierte amoroso gérmenes de vida,
Y de placer la tierra conmovida
Ostenta su magnífica hermosura.

Do quier se fijen en redor los ojos
Hallan tesoros de ideal belleza:
¡No hay sitio para estériles abrojos,
Todo es galas, perfumes y riqueza!

¡Que el espléndido Eden Americano
Es un trasunto del Eden perdido,
Cuando al soplo del númen soberano
Brotó del seno del eterno olvido!

Las copas de los árboles gigantes
Van á perderse en el azul del cielo,
Plantas y flores mil exuberantes
Cubren lozanas el fecundo suelo.

Picando frutos de oro entre el follaje,
Las aves llenas de alborozo cantan,
Y á par en el romántico paisaje
La variedad y la hermosura encantan. . . .

Aquí juega la brisa en la llanura
Las doradas espigas agitando,
Allí se ve del bosque la espesura
Del sol la viva claridad templando.

Allá vuela impetuosa la cascada
Sobre el abismo, entre confusa bruma,
Y de rocas en rocas despeñada
Tiende su manto de nevada espuma. . . .

Y donde muere el rápido torrente,
Bajo el ramaje trémulo y sombrío,
Con dulce son la plácida corriente
Arrastra lento el majestoso rio.

Hacen oir los pájaros amores,
Derrama luz el horizonte vago,
En un cerco de aromas y de flores
Yace dormido el trasparente lago;

¡Y entre la gasa vaporosa y leve
Que mece el viento en ondulante giro,
Suben las cimas de perpetua nieve
Hasta tocar al cielo de zafiro!

Ni faltan, donde corren murmurando,
En el bosque las aguas resonantes,
Sombras bellas y heróicas, asomando
Sus tranquilos y pálidos semblantes.

Ni el grato son de armoniosa lira,
Eco divino de pasada gloria,
Que celestial contento les inspira,
Nobles hechos trayendo á la memoria. . . .

¿Por qué, pues, no rebosa de alegría
El poëta en region tan hechicera;
Antes bien funeral melancolía
En ese Eden de su alma se apodera?

¿Por qué, cesando de elevar su acento
Al Hacedor de tan hermoso cielo,
Presta su oido al murmurar del viento
Fijos los ojos en el triste suelo?

¿Por qué la lira en signo de tristura
Pone á sus piés; y si al pasar la brisa
Sobre sus cuerdas con dolor suspira,
Deja escapar tan tétrica sonrisa? . . .

Sin duda piensa que las bellas flores
Que el tallo inclinan á besar sus manos,
Brillan tal vez con vívidos colores
Porque el suelo regó sangre de hermanos.

Sin duda al pié del árbol majestoso,
Bajo dosel de sombras y frescura,
Sabe que duerme sueño misterioso
Noble patriota en triste sepultura. . . .

¡Y cuando llega á conmover su oido
El imponente son de la cascada,
Parécele escuchar hondo gemido
De una madre infeliz desesperada!

Y en el rio que pasa silencioso
En medio de la linfa cristalina,
Ve la faz de cadáver lastimoso
Que con solemne lentitud camina. . . .

No goza del encanto y armonía
Que se desprenden del ameno valle,
Porque bien pronto la venganza impía
Hará que un grito de dolor estalle. . . .

Ni le halaga el cantar de los pastores
En las frondosas quiebras de la sierra,
Porque sabe que pronto sus amores
Turbará el trueno de ominosa guerra. . . .

¡Y aunque á lo lejos su mirar alcanza
La blanca frente del volcan sublime,
No descubriendo en ella la esperanza,
Su generoso corazon se oprime!

Por eso, en tanto que ilumina el cielo
Un sol de fuego, antorcha de ventura,
Fijos los tristes ojos en el suelo
Escucha el son del agua que murmura. . . .

¡Por eso, con mortal melancolía
La sombra de los héroes evitando,
Rota la lira inútil, va vagando
Callado y triste al espirar el dia! . . .

México, Octubre 10 de 1862.

NPX

Echáiz

Todo es quietud profunda... ni un eco, ni un acento....
Su voz retiene el viento, la fuente su cristal....
El genio del silencio, de flor en flor volando,
De sueño va llenando los valles al pasar.

Tambien yo quiero ahora gozar de dulce calma;
Y que, olvidando mi alma su perennal dolor,
Contemple los encantos de tan sublime escena,
Y acaricie serena sus ensueños de amor.

Amor con el silencio nocturno bien se aduna,
Ya la apacible luna comienza á despuntar....
¡Ven tú tambien, oh vírgen, emanacion del cielo,
Con tu flotante velo, con tu celeste faz!

¡Hada dulce y hermosa que al oscilar mi cuna
Quitaste á mi fortuna su abrasadora hiel;
Y si baña mis ojos de la afliccion el llanto,
Con indecible encanto lo truecas en placer!

Tú, que tan bien comprendes deseos escondidos
Contando los latidos que da mi corazon,
Ven á decirme, hermosa, lo que mi mente anhela
Cuando atrevida vuela por la ideal region.

¡En tus amantes brazos quisiera yo, ángel mio,
Cruzar por el vacío sin tormento ni afan,
Cual cruzan los celajes que en la nocturna bruma
Como ligera espuma despareciendo van!

¡Quisiera yo llevarte sobre esa ardiente estrella
Cual tus miradas bella, tan pura como tú,
Beber, rompiendo juntos los lazos terrenales,
Placeres ideales en ese cielo azul!

En vano, en vano buscan tus ojos en mi frente
Esa inquietud ardiente que me agobia tenaz. . . .
Goza en hora tan bella mi alma la poesía,
Mi oido la armonía, y el corazon la paz!

Si así tocan mis plantas en el sepulcro helado,
Tú amorosa á mi lado, apagándose el sol. . . .
La misteriosa luna, las fúlgidas estrellas,
Alumbrarán mis huellas hasta el trono de Dios!

La sacra imágen del Creador invoca,
De la impura materia se desprende;
Y otra existencia mas feliz evoca
Que en el oscuro porvenir comprende.

Quimeras le parecen de los hombres
Los afanes, las obras de sus manos,
Los títulos de gloria de sus nombres,
Sus ambiciones y proyectos vanos.

Y en estática calma solo mira
Una ilusion de celestial pureza,
Sombra fugaz de la inmortal belleza
Del divino ideal por quien suspira!...

Misterios son de amor, sacros arcanos,
Que nunca torpe esplicará mi boca
Con acentos mezquinos y profanos;
Sentirlos solo al corazon le toca....

Los sentirá si el mundanal ruido
Huye, buscando soledad y calma,
Y si la voz de Dios presta el oido,
Que tiene Dios mil voces para el alma.

Por eso grato, cuando el sol declina
Y en Occidente su fulgor se apaga,
Es contemplar la niebla vespertina
Que al viento en formas caprichosas vaga....

Y ver brotar en el azul espacio
La refulgente luna y las estrellas,
Faros de bendicion, lámparas bellas,
Que Dios enciende en su inmortal palacio!

Mientras la grata armonía
De la música le halaga,
Y dulce vino le embriaga
Junto al fuego del hogar;
Yo de intenso frio transido,
Sobre las rocas sentado,
Oigo el silbo destemplado
Que produce el huracan!

Solo un perro me acompaña
Guiándome en el camino. . . ,
Uno mismo es el destino
Y la suerte de los dos!
Vagar sin hogar ni patria,
Ir arrastrando la vida
Sin una ilusion querida,
Angustiado el corazon!

¡Andar y andar, sin que nadie
Nos acoja con terneza!
Siempre nos dan con dureza
El pan de la caridad! . . .
Solo tú, fiel compañero,
Hallas en verme delicia;
Y aprecias una caricia,
Y entiendes mi negro afan! . . .

Entre tanto que no nieguen
Los hombres al sufrimiento
Un miserable alimento,
Contigo lo partiré.

Solo tú, cuando la tumba
En su seno me dé abrigo,
Sabrás del pobre mendigo
En donde el sepulcro fué! . . .

Dijo el pobre; y de sus ojos
Tristes lágrimas brotaron,
Que sus harapos mojaron,
Y que el perro comprendió;
Porque alzando la cabeza
Con ademan dolorido,
Dió largo y triste gemido
Que en el aire se perdió! . . .

MISERIA É INFORTUNIO.

¿Qué significa el implacable duelo
Que cual mi sombra siempre va conmigo?
¿Sufro de agenas culpas el castigo
O compro con mis lágrimas un cielo?

* * *

¡Tú eres en este mundo el solo ser que me ama,
Infeliz compañero! ¡yo soy tu protector!
El rayo alumbra el cielo con su cárdena llama,
Los vientos en la selva se agitan con furor.
La tempestad bien pronto batirá el triste asilo
Donde un mendigo lucha con su destino atroz. . . .
¡Quiero escuchar su estruendo! no estar aquí tranquilo,
Con los ojos elavados en mentida vision. . . .
¡Heme aquí abandonado, Señor Omnipotente!
Esperando el reposo de lecho funeral;
¡No hay quien por mí derrame una lágrima ardiente,
Ninguno que se duela de mi suerte fatal!
Formóme la miseria con harapos la cuna,
Bebí en edad florida su abrasadora hiel;
Y cuando ya juzgaba rendida la fortuna,
Mi pecho hirió de muerte con su dardo cruel!

¡Fatal destino! . . . ¡siento tan penetrante frio! . . .
¡Si reanimar pudiese la llama del hogar! . . . .
¡La muerte inexorable, con sudario sombrío,
Envuelve el cuerpo débil que no resiste ya!
¡Cómo tiemblan mis manos! . . . hoy á la tierra dura
En vano le pidiera de la miseria el pan:
¡Concédame, á lo menos, estrecha sepultura
Donde por fin termine mi doloroso afan!
La llama que se eleva sobre mi yerta frente
Alumbrará sin duda las huellas del dolor. . . .
Ya no está en mi cabaña la vírgen inocente
Que con su dulce llanto templaba mi afliccion. . . .

. . . .

¡Yo tuve una hija hermosa. . . . sí, no es vano delirio
De la fiebre; era ella mi tesoro, mi amor!
Aquí creció á mi lado como escondido lirio,
En bello Eden tornando esta triste mansion.
Cuando en mí se fijaban sus ojos celestiales,
Mi corazon latia de indecible placer;
El eco de su acento disipaba mis males,
Era para mí un ángel, mas bien que una muger.
A la luz moribunda de la nocturna hoguera,
Contemplaba extasiado su rostro celestial:
Bajaba hasta su seno la negra cabellera,
Era entreabierta rosa su labio de coral.
¡Oh padre, reclinada en mi pecho decia,
Tú eres mi único amparo, tuyo mi corazon. . . .
Y lloré enternecido. . . . y ella entonces mentia. . . .
Heme aquí abandonado. . . . jamás, jamás me amó!
¿Tiene acaso un mendigo los derechos de padre? . . .
¿Quién respeta á un anciano doliente y sin vigor?

El señor opulento, cuando mejor le cuadre,
Le quitará sus hijos, le arrancará su honor!

¡Cuál crece la lluvia! sus turbios raudales
Azotan furiosos mi techo infeliz. . . .
Los rayos alumbran cual teas funerales
La tierra do viene su lumbre á morir.
El último cuadro que ofrece á mis ojos
El mundo, es sombrío, sin órden ni luz!
Mañana del bosque los mustios despojos
Acaso á mi tumba darán una cruz!
Las hojas marchitas revuelve con saña
El viento en el polvo que eleva veloz;
¡Arrastre en buena hora mi pobre cabaña,
Respete del rico la noble mansion!! . . .

A LOS MÁRTIRES IGNORADOS.

Sucumben ignorados por la patria
Sin plegarias ni lágrimas sobre ellos,
Y sus sombras desfilan por la noche,
Sin turbar con sus quejas el silencio!
***

Rico manto de flores perfumadas
Cubre al risueño mexicano Eden;
De tumbas ignoradas
Cubierto está tambien.

En montañas y bosques y llanuras
Donde la guerra se ensañó tenaz,
Mil víctimas oscuras
Durmiendo están en paz. . . .

Sobre ellas el reflejo de la gloria
Es pálido crepúsculo sin luz,
Ni un renglon en la historia!
Ni una cristiana cruz!

Junto á esas tumbas sin señal alguna
Reina particular melancolía;
Ya las muestre la luna,
Ya las alumbre el dia.

Y solo turban el silencio eterno
Las aves con sus quejas doloridas,
Las hojas desprendidas
Que derriba el invierno. . . .

O el viento, que agitándose á deshora,
Lleva consigo el triste suspirar
De la esposa que llora,
En su desierto hogar!

Nada falta al sublime sacrificio,
Nada falta á la noble abnegacion;
Ni el desprecio del vicio,
En la final mansion!

Tanta virtud ve con desden el hombre,
Porque el orgullo humano es superior. . .
¡Oh víctimas sin nombre!
He aquí una humilde flor.

Y no temais que mi indiscreto empeño
Quiera el velo que os cubre levantar:
Tambien la gloria es sueño,
Dormid, dormid en paz!

EL IXTACIHUATL.

Bello volcan ¿por qué tan dulcemente
Al contemplarte se conmueve el alma?
Porque la nieve de tu exelsa frente,
Del corazon las tempestades calma?

¿Por cual encanto, tu elevada cima
De inspiraciones misteriosas llena,
Así el marchitó corazon reanima,
Y el agitado corazon serena?

¿Por qué, do quiera que la vista alcanza
Brillas tu nieve en el azul zafiro,
En el pecho renace una esperanza,
Y brota de los labios un suspiro? . . .

Bello es en torno el cuadro delicioso,
Bella á lo lejos la ciudad dormida
Como una vírgen cándida, mecida
Sobre las olas de su lago hermoso;

Pero mis ojos con tenaz empeño
Se fijan en tu cumbre inaccesible,
De belleza tan pura y apacible,
Como la imágen de feliz ensueño.

Y al contemplar tu cima que se lanza
Hasta perderse en la flotante nube,
Una oracion paréceme que sube,
Y que baja del cielo una esperanza!

AMOR EN EL LAGO.

Flor de mi ignorado asilo,
Fuente de curso tranquilo,
Mi tesoro;
En el silencio de mi alma,
Con veneracion y calma
Yo te adoro.

GUILLERMO PRIETO.

La noche, con grata tristura,
Persuade á los hombres la paz,
Doliente la brisa murmura,
Besando las flores fugaz.

Dormida la estensa laguna,
Apenas se siente bullir;
Aun no se descubre la luna
Tiñendo el oscuro zafir. . . .

Tranquila tambien y dormida
Descansa la bella ciudad,
Un tanto de plata ceñida
Sé mira la faz del volcan.

En todo el paisáje apacible
Se nota mas sombra que luz,
Velando vapor insensible
Del cielo el purísimo azul.

En tanto, ligera barquilla
Sus bordes comienza á mover;
Y surca, dejando la orilla,
Las aguas que agita el placer.

Un jóven de noble semblante,
Sostiene á su amada feliz,
Que tímida mira á su amante,
Deseando de amores morir.

De hallarse felices y unidos
Esta es la primera ocasion;
Y á entrambos inquietos latidos
De dicha les da el corazon!

Serenas los mecen las olas
Del remo pausado al compás;
Y al verse ante el cielo y á solas,
Comprenden la dicha de amar.

Hermosas, lucientes estrellas,
Alumbran el trono de Dios;
El lago sus vivas centellas
Devuelve con suave fulgor.

La jóven inclina la frente
Teñida de amable rubor,
Temblando, cual niña inocente,
Al dulce contacto de amor.

Y al verla su amante tan pura,
Gozando divina emocion,
Con voz de sentida ternura,
Así le espresó su pasion. . . .

Nada temas de mí, preciosa niña,
Boton de amor, paloma virginal,
Deja un instante que mi brazo ciña
Como á su bien, tu talle celestial.

Vuelve hácia mí tu cándido semblante,
Hazme oir el sonido de tu voz,
Deja gozar al corazon amante
La dicha pura que le ofrece Dios!

Tú eres el blanco, perfumado lirio,
Que en el desierto de mi vida hallé,
Yo te respeto y amo con delirio;
Y es tu virtud antorcha de mi fe.

Si por mí culpa profanada fuera
Tu inocente corona virginal,
El alma estremecida resintiera
Profunda herida de dolor mortal.

Estoy aquí para velar tu sueño
Y alejar de tu espíritu el dolor,
Estoy aquí, mi bien, para ser dueño
De tu primera inspiracion de amor!

Alza tus ojos á esas mil estrellas
Que iluminan el templo del Creador,
Ellas te dicen, con sus luces bellas,
Que acepta el cielo nuestro santo amor.

¿Ves cuan suave la veloz barquilla
Sobre las olas resbalando va?
Así tu vida en la virtud sencilla
Al lado de tu amigo pasará!

¿Ves de la noche la apasible calma
Cuan dulcemente duerme en derredor?
Así reposa satisfecha el alma
En las delicias de inocente amor. . . .

Tú eres mi bien, tú mi único tesoro,
Solo á tu lado puedo respirar,
Si tú me quieres como yo te adoro,
Deja ante Dios al corazon hablar. . . .

Conmovida la cándida jóven
Ruborosa inclinó su semblante,
Estrechó con pasion á su amante
Con un beso pagando su afan. . . .
Y al momento de un pájaro el canto
Sonó alegre en la hermosa laguna;
Y lanzóse á los cielos la luna
De la cumbre del alto volcan!

A LA POETISA MEXICANA

SOR JUANA

INÉS DE LA CRUZ.

Bella, virtuosa, ilustre.

Bajo las bóvedas tristes
Del antiguo monasterio,
Profanado su misterio,
Solo una sombra quedó;
Pero esa sombra es tan bella
Y su frente tanto brilla,
Que se dobla la rodilla
A rendirle adoracion!
Era una jóven cándida y hermosa,
A pesar de los místicos sayales,
Que ocultaba en el alma generosa,
Gérmen de pensamientos inmortales.

Tímida aureola de su faz tranquila
Asomaba su genio suavemente,
Como al través de vaso trasparente
Pasa la llama que en el centro oscila.

Sus bellos ojos, bajo casto velo,
Con el fuego del alma relucian;
Y en el azul del mexicano cielo
En éxtasis divino se perdian. . . .

Vedla, velando en la nocturna calma,
Recogiendo, á la luz de una bujía,
Las bellas impresiones de su alma,
Gotas de un cáliz lleno de ambrosía!

Vedla, elevando la radiosa frente
Con fe divina y ardoroso anhelo,
Mientras la baña el poético torrente
De inspiracion, que le concede el cielo!

¿Quereis saber qué escriben presurosos
Sus dedos de marfil sobre esa plana?
Son pensamientos puros y graciosos
Como el primer albor de la mañana.

Es el bosquejo del paisaje ameno
Lleno de vida, rebosando gala,
El manso lago límpido y sereno,
Luz de una estrella que sobre él resbala. . .

Es que á su vista seductor se ofrece
Cubierto el prado de olorosas flores,

Y los juegos de rústicos pastores
Bajo la encina que en la márgen crece. . .

Luego el semblante de la niña hermosa
Toma ligero tinte de ironía,
Mientras condena en sátira ingeniosa
Del hombre la injusticia y tiranía.

Y alza de nuevo al cielo su mirada,
Y arde en sus ojos el amor sublime;
Su santo fuego al corazon imprime
La inspiracion de poesía sagrada.

¿Mas por qué el sufrimiento se retrata
Ajando sus facciones virginales?
Piensa en la vida y sus acerbos males,
Y el ageno dolor su dicha mata. . . .

Así en su asilo solitario hacia
Brotar dulces y tristes ilusiones,
Hasta que á tan diversas emociones
Fatigado su espíritu cedia. . . .

Y al penetrar los rayos matinales
En la jaula en que el águila se anida,
Hallaban la poetisa adormecida
En medio de creaciones celestiales! . . .

Celestiales, sí! sus versos
Son de un genio peregrino,
Son un reflejo divino
Del país donde nació!
Por eso América bella
Los ha grabado en su historia,

Y una ráfaga de gloria
A la Europa los llevó! . . .

¡Oh! si hubieran guardado los conventos
Monjas de tus virtudes y talentos,
Los respetára el huracan tal vez;
Mas donde fué la América española,
Coronada de luz vagas tú sola,
Hermosa Doña Inés!!

LA ORACION DEL HUERTO.

(Bosquejo de un cuadro.)

Á JOSÉ OBREGON.

Si realmente se desplomó sobre el alma purísima del Cristo el horrible torrente de las iniquidades humanas que guardaban en sus tinieblas los siglos pasados y futuros, debió sentir un padecimiento tan intenso, un contacto tan repugnante á su naturaleza divina, que acaso le sirvieran de alivio los tormentos de la cruz!

I

. . . . Era la hora
Tan grata al triste que sus males llora,
En que callado penetrando el sueño
Con lento paso, en la cerrada estancia,
Se hace del alma y los sentidos dueño. . . .
Jerusalem tranquila reposaba;
Solamente en los pórticos oscuros
De los templos, el viento se quejaba
Rozando el ala con los sacros muros,

Cuando Jesus despues de aquella cena
Tierna, solemne, en que vertió á raudales
De fe y amor tesoros celestiales,
De inspiracion sublime el alma llena,
Al resplandor templado de los astros,
Con misteriosa planta,
Hácia el Cedron oscuro se adelanta,
De la divina frente
Melancólica luz se desprendia,
Como la que la luna en el Oriente
Al despuntar sobre la tierra envia. . . .
Un suspiro de amor, suspiro ardiente
Las auras agitaba,
Y en el airado cielo penetraba. . . .

Confusos los discípulos, inclinan
Sobre el doliente seno la cabeza,
A lento paso sin hablar caminan,
Oprimidos de dudas y tristeza.
A pesar del pavor que los asalta
Y á sus ojos agolpa turbio llanto
Siguen al Salvador. . . , mas uno falta!

II

Orillas del Cedron, entre el oscuro
Intrincado ramaje,
En un recinto tétrico y salvaje,
Colocó Satanás su trono impuro.
Sentado al borde del profundo abismo,
Con bárbaro placer las manos moja
En los charcos de sangre, que le arroja
En sacrificio el ciego fanatismo.

En el silbar del huracan escucha
Los ayes de la víctima inocente
Cuando agitada con la muerte lucha;
O el resonar de lúgubres tambores
Del moribundo ahogando los clamores.
Aun evoca el espectro vacilante
Del desgraciado padre, cuando avanza
Con histérica risa de amargura,
Y al hijo tierno entre las rocas lanza,
Y dando de placer bárbaro grito
Cae á los piés del ídolo maldito! . . .
A tan dulce memoria
Mas viva luce la infernal mirada;
Y ébrio gozando de su odiosa gloria
Piensa que el orbe tornará á la nada.
Mas en aquel momento
Un resplandor suave, dulce, puro,
Va penetrando en el ramaje oscuro. . . .
Armonioso acento
Grave y solemne suena,
Y el ángel malo de pavor se llena.
Reconoce á Jesus, se alza iracundo,
Se arroja á devorarlo, el aira agita
Que rompe el ara de su altar inmundo;
Y él, cual hoja marchita,
Rueda á los piés del Salvador del mundo!!

III

Velado el resplandor de las estrellas,
Apenas ilumina
De la Oracion en el callado Huerto,

Una figura pálida y divina.
La brisa no se atreve
Á resbalar por la sublime frente
Con su soplo mas leve;
Mudo retiene su cristal la fuente,
Y las flores en lánguido desmayo,
Dobladas lloran sobre el débil tallo. . . .

¡Su sangre por los reyes que en un trono
De púrpura y de lágrimas se sientan!
Su sangre por el último mendigo
Que vagando en la tierra sin abrigo,
El hambre y los desprecios atormentan!
Su sangre por el justo que ha seguido
De la virtud el áspero sendero;
Y su sangre tambien por el bandido
Que de infinitos crímenes manchado,
Sólo respira el aire del pecado! . . .

Tras el etéreo velo,
La Redencion sublime aplaude el cielo;
Del infierno profundo
Se lanza un grito. . . . ¡se ha salvado el mundo!
Sí! mas la pena sin medida crece
Del Redentor. . . . sus ojos en el cielo
Clava, se cubren de un opaco velo,
Y al peso del pecado desfallece!

———

A JOSÉ OBREGON,

PINTOR MEXICANO.

> **La gloria! la gloria.... fantástica diosa!**
> **He oido en los aires tu mágica voz!**
>
> **EPITACIO RIOS.**

GUARDA en el alma el entusiasmo ardiente,
Sigue del arte la bandera fiel;
No es estéril tu mente,
No es vulgar tu pincel!

Un rayo de ese sol, que vida exhala
De nuestra patria en la feliz region,
Por tus lienzos resbala
Con mágica ilusion.

Es el primer destello del talento
Que de la triste oscuridad se lanza,
Es luz de la esperanza
En medio del tormento.

Tras la tiniebla de la noche fria
Es de la aurora el matinal albor;
Y á la mitad del dia
Un sol abrasador.

Bella es la inspiracion! jamás apagues
Ese rayo benéfico y divino,
Aunque doliente vagues
Por áspero camino.

¿Qué importa que el orgullo con desprecio
Audaz blasfeme del sagrado fuego?
Digno es de risa el necio,
Y de lástima el ciego!

Mas la mision hermosa del artista
Es descubrir sublimes ideales,
Do no alcanzó la vista
De los simples mortales.

Y arrebatando la materia impura
En atrevido vuelo,
Por imágenes llenas de hermosura
Volver á unir la tierra con el cielo!

Nunca mas necesaria y mas difícil
Que en esta época fué. . . . la fe divina
Tras una informe é indecisa ruina,
Despareciendo va.

Los grandes y fecundos ideales
Que exaltaban el alma, van huyendo
Al eco sordo del mundano estruendo,
El cielo triste y nebuloso está.

Si pensativo y solitario el genio
En grandiosas creaciones se extasía,
Frecuentemente el ruido de la orgía
Lo viene á despertar.

Y la gozosa turba descreida
Llega, y le muestra inanimadas frentes,
A placer y dolor indiferentes,
Desdeñando creer, sentir y amar. . . .

¿Quién al rumor de estrepitosa orgía
Pudo crear un ideal divino?
¿Quién aclarar las sombras del destino
En torpe bacanal?

¿Quién de la fe que entre tinieblas huye
Logró fijar el rayo moribundo?
¿Quién ya trazar del Salvador del mundo
El rostro celestial?

Sin embargo, allí está. . . . su faz divina
Es á la vez sublime y apacible,
A las heridas del dolor sensible,
Llena de sobrehumana inspiracion!
De su frente la sangre no gotea;
Mas se revela la profunda herida
Del alma desgarrada y conmovida,
Que ofrece su dolor en expiacion!

Suave rayo de luz se atreve apenas
A rodear la celestial cabeza. . . .
Llenas de sencillez y de nobleza
Cautivan la espresion y la actitud,

Al ver ese dolor tranquilo y santo
No se conturba estremecida el alma,
Antes su inquieta tempestad se calma
Pensando en el amor y la virtud.

Esas divinas manos se levantan
Pidiendo á Dios olvide sus agravios:
Esos ardientes entreabiertos labios
De donde está brotando la oracion:
Esa mirada, agena á los mortales,
Que va á perderse en el azul del cielo,
Son imágenes llenas de consuelo
Que hablan con elocuencia al corazon!

En vano el fanatismo en esa frente
Buscará un rayo de su luz sombría;
Y la impiedad en vano buscaria
Una espresion estúpida, sin luz. . . ,
El artista en su claro pensamiento
De su mision sintiendo la grandeza,
Supo un rayo fijar de la belleza
Del Ser sublime que murió en la cruz!
Tu bello cuadro, artista mexicano,
De hermosa dama la ilusion será;
Y sus ojos poéticos no en vano
En la gloriosa frente fijará. . . .

Jamás apagues tu entusiasmo ardiente,
Del arte sigue la bandera fiel:
No es estéril tu mente!
No es vulgar tu pincel!

GRATITUD MERECIDA.

(EL NIÑO A SU MAESTRO.)

> **Hasta cuando llegará el dia en que se aprecie mas al hombre que enseña que al hombre que mata?...**
>
> M. Ocampo.

Cuando la noche sombría
Recoge su triste velo,
Dora los bordes del cielo
De la aurora el esplendor;
Y la creacion entera
Que en la tiniebla dormia,
Canta, con la luz del dia,
La gloria del Hacedor.

En su alfombra de esmeralda
Muestra el prado mil colores,
Abren su cáliz las flores,
Se ven las fuentes correr.

Alegres cantan las aves
Sobre la frondosa rama;
Y en todas partes derrama
Sus encantos el placer. . . .

Así, querido maestro,
Cuando la luz de la ciencia
Alumbra la inteligencia
Que la ignorancia nubló,
Disipando poco á poco
La tiniebla detestada,
Van brotando de la nada
Otro mundo y otro sol!

No sabemos todavía
El rayo resplandeciente,
Que esa antorcha indeficiente
Lanza en medio del zenit;
Mas, gracias á tus afanes
Y tu ciencia verdadera,
Una aurora lisonjera
Nos comienza á relucir! . . .

Maestro amado! tus tiernos cuidados
En verdad no me es dado pagarte;
Solo puedo en mi pecho guardarte
Para siempre el afecto mas fiel:
Que si yo realizarte pudiera
De mi grato cariño el tesoro,
Yo tus manos llenara de oro
Y en tu frente pusiera un laurel!

EL CIELO Y LA TIERRA.

Sucedió que los hijos de Dios vieron que las hijas de los hombres eran hermosas y se enamoraron de ellas.

GENESIS, CAP. VI.

La femme regrettant son démon bien-aimé.

TRADUCCIÓN DE COLERIDGE.

ÁDA. SILAH.

ADA.

Reina la noche. . . . nuestro padre duerme,
Silah, llegó el momento suspirado,
En que nuestros celestes amadores
Bajen, atravesando los nublados
Que coronan el monte. . . . ¡cual palpita
Mi corazon!

SILAH.

La invocacion hagamos!

ADA.

Él cielo esconde sus estrellas. . . . tiemblo. . . .

SILAH.

Yo tambien Ada; pero no de espanto
Al impaciente corazon agita
Su tardanza. . . .

ADA.

A pesar de que idolatro
A mi Azaziel mas que á . . . . desventurada!
¿Qué iba á decir el imprudente labio?
Mi corazon á la impiedad se entrega!

SILAH.

¿Qué impiedad cabe en el amor sagrado
De seres inmortales?

ADA.

Ay! hermana,
Yo nada sé; mas con terror estraño
Comprendo á veces que mi fe vacila.
Desde que loca en la pasion me inflamo
De un ángel, amo menos al Eterno;
Y aunque ignoro la esencia del pecado,
En triste duda el corazon se agita,
De inevitable mal triste presagio!

SILAH.

Únete, pues, á un hijo de la tierra,
Acepta sus miserias y trabajos.

Te ama Jafet desde la tierna infancía,
Cede por fin á su amoroso halago,
Y serás madre, en calma deliciosa,
De hijos del polvo como tú formados.

ADA.

Si Azaziel hombre fuera lo amaría. . . .
Amar á un ángel es mayor encanto.
Bien sé que no podré sobrevivirle;
Y cuando pienso que vendrán acaso
Sus inmortales alas á posarse,
Tal vez muy pronto, en el sepulcro helado,
De la pobre mortal que lo adoraba,
Tanto como él adora al increado,
La muerte menos triste me parece,
Y su sombra contemplo sin espanto.
Morir! por Azaziel duro me fuera
De un inmortal el padecer amargo
Duraria sin fin: mi sentimiento
Eterno fuera, siendo mi adorado
La criatura frágil, y yo el ángel!

SILAH.

Dí mas bien, Ada, que de ti olvidado,
Otra hija de la tierra abrasaria
En el amor en que te está abrasando. . . .

ADA.

Si ella reconocida le adorara
Como le adoro yo, me fuera grato,

Mas que saber que suspiraba inquieto,
Por mí sufriendo interminables años!

SILAH.

Si el amor de Samiasa concibiera
Tal como tú has podido imaginarlo,
Aunque es un serafin lo apartaria
De mi seno. . . . mas vuela apresurado
El tiempo, hacer la invocacion debemos,
Para que vengan pronto á nuestro lado.

ADA.

Serafin! oye mi acento
Desde tu elevada esfera!
Llegue á tí mi pensamiento,
Hasta la ardiente lumbrera
Que ora te sirve de asiento!

Sea que en las etéreas salas
Veles con el almo coro;
O que al aliento que exhalas
Vuelen los astros de oro
Ante tus rápidas alas.

Atiende á tu enamorada,
Que separada de tí
Existe desesperada:
Si yo para tí soy nada,
Tú eres todo para mí!

La amargura de mi llanto
Tú no puedes comprender:

Sufra yo sola el quebranto;
Y tú en extático encanto
Goces eterno placer!

Sola yo quiero sentir
Las heridas del dolor,
No quiero verte sufrir;
Mas para poder vivir
Necesito de tu amor!

Ay! la sola relacion
Con que á mí te hallas unido,
Es el amor encendido
En mi ardiente corazon,
Desde que te he conocido,

Y tú, mi ángel celestial,
Confesarás que en el suelo
Jamás amante mortal
Amó, debajo del cielo,
Con amor mas ideal!

Tú, en el etéreo vacio
Vagas, con giro veloz,
De inmensos mundos en pos;
Tú puedes ver, ángel mio,
La faz hermosa de Dios!

Él quiso ceñir de gloria
Tu resplandeciente sien;
Negándome tanto bien,
Me hizo sombra transitoria
Desterrada del Eden,

Mas no por eso tu oido
Apartes ora de mí:
Tal como soy me has querido,
Y mientras viva, el olvido
No debo sufrir de tí.

Cuando sepa que perdíste
La memoria de mi nada,
Bajar quiero abandonada
A mi sepultura triste,
Para siempre aniquilada!

Oh! cuan grande es el amor
De la que ama en el pecado!
Perdona, ser adorado,
Sí algun indigno temor
Mi corazon ha turbado. . . ,

Perdona á la hija de Adan;
Es el dolor su alimento,
Y, en interminable afan,
Fugaces placeres van
Halagando el pensamiento,

He aquí la hora sagrada. . . ,
¡Aparece Azaziel mio!
Ven al seno de tu amada;
Y al infinito vacío
Vuelve su luz estrellada!

SILAH.

Samiasa! do quiera que ejerzas tu imperio,
Si acaso, en el centro de oscuras regiones

Combate tu brazo las fieras legiones,
Que altivas afrontan la saña de Dios. . . .
Si acaso persigues el vuelo estraviado
De un mundo perdido que rueda al abismo,
Siguiendo el impulso de atroz fatalismo
De nada y de muerte que al nuestro tocó. . . .

Si acaso te dignas al coro celeste
De bellos querubes, en gloria menores,
Unir tus acentos, cantando loores
Que el cielo repite con mágica voz!
Do quiera qúe cumplas tu noble destino,
Atiende al momento mi ardiente reclamo
Cual siempre ardorosa, te espero, te llamo,
Desciende á la tierra, te aguarda mi amor!

Algunos te adoran. . . . no soy yo tu esclava;
Luz del paraíso corona tu frente;
Empero no encierra amor mas ardiente
Que el que arde en mi seno, tu pecho inmortal!
Un rayo en mí siento de lumbre divina
Igual á la tuya, de Dios emanada,
Envuelto en el polvo, ligado á la nada,
En este momento no puede brillar.

Acaso esté oculto por siglos eternos:
La muerte, y los males que consigo lleva,
Herencia funesta de mi madre Eva,
Mi espíritu altivo los ve con desden.
Si es cierto que pronto se apaga la vida
¿Es este un motivo para nunca verte?
A tí destruirte no puede la muerte,
Inmortal esencia yo siento tambien!

Venciendo miserias, dolores y tiempos,
Me grita al oido su voz victoriosa:
«Tu vida es eterna!» . . . ¿fatal ó dichosa?
Lo ignoro. . . . ninguno lo puede esplicar.
El grande secreto, misterio profundo,
Se esconde en el seno del Omnipotente,
De Aquel que entre sombras oculta la frente,
De donde se escapan los bienes y el mal!

Mas Él no pudiera destruir sus hechuras:
Eternos nos hizo, y eternos seremos,
Aun cuando á su grado de forma cambiemos
En lucha terrible que sabio ordenó.
Sufrir yo pudiera dolores eternos
En lazos amantes contigo ligada,
¡A tí no te aterra mi polvo, mi nada,
Y yo ante tu gloria temblaria? No!

No! si en la serpiente cambiando tu forma,
Tu dardo de fuego rompiese mi seno,
Y en él derramases ardiente veneno
Ciñendo mi cuerpo de pliegues sin fin. . . .
Yo te sonreiria con rostro felice,
Te bendeciria mi labio amoroso,
Ciñéndote alegre con lazo ardoroso,
Unida por siempre á mi serafin! . . .

Mas baja, y acepta mi amor de la tierra;
Si acaso los cielos te ofrecen ventura
Mas dulce y ardiente que la que hay en mí,
No toquen tus plantas en la tierra impura,
Y de mí olvidado permanece allí!

ÁDA.

Hermana! ya los veo
Volar hácia nosotras,
Marcando en la tiniebla
Su senda luminosa!

SILAH.

Sus alas los nublados
De tal manera cortan,
Cual si en ellas trajesen
La matinal aurora.

ADA.

Si nuestro padre viera
Esa luz á deshora. . . .

SILAH.

Pensará que es la luna
Que un hechicero evoca,
Y que asoma en el cielo
Mas temprano una hora.

ADA.

Allí está! allí está. . . . mírale!
Azaziel!

SILAH.

Presurosas
Corramos á encontrarlos. . . .
Oh! si tuviera ahora

Álas con que lanzarme,
Centella abrasadora,
Al seno de Samiasa
Que el corazon me roba!

ADA.

Mira, hermana! el remoto Occidente
Se ilumina con vivas centellas,
Cual si el sol repasando sus huellas
En el cielo volviese á lucir.
En la cima elevada del monte
Ha dejado un arco iris su planta!
Mas la sombra sobre él adelanta
Y de nuevo lo vuelve á cubrir. . . .

SILAH.

Han tocado la tierra! . . . Samiasa!

ADA.

Azaziel! . . . yo me siento morir! . . .

(Traducido de Lord Biron.)

MÓNICA.

Mas ahora que ni zumba
Ni suspira el viento flébil,
¿Qué luz se levanta débil
De aquella modesta tumba?
Triste como la mirada
Postrimera de un amante,
Pálida como el semblante
De una vírgen deshonrada.

RAMON I. ALCARAZ.

AGITADO el corazon
Por un presagio secreto,
Con religioso respeto,
Penetré en el panteon.

Triste silencio reinaba
En la mansion funeral;
Y aquella calma glacial
El alma tambien helaba.

No daban ya luz alguna
Del sol los rayos inciertos:
Tibio resplandor de luna
Acariciaba á los muertos.

Ni una ímagen, ni un acento
Simpático con el mio!
La incertidumbre y el frio
Mataban mi pensamiento.

Oscuro manto la duda
Sobre las tumbas tendia:
Allí la materia muda
Como la nada yacia!

Ni una señal del destino
Sobre las huesas calladas,
Ningun misterio divino
En las cenizas heladas!

Interminables hileras
De sepulturas iguales,
Inscripciones funerales
Llenas de necias quimeras. . . .

Mas una tumba alumbrada
Por melancólica luz,
Y una romántica cruz
Magnetizó mi mirada.

Era la inscripcion lacónica,
É inclinándome un momento,
Con el rayo macilento
De la luna, leí: «Mónica.»

A ese nombre tan sencillo,
Palpitó mi corazon
Con repentina emocion,
Y perdió mi vista el brillo,

Era aquella una muger
En estremo seductora,
Simpático ser que llora,
Dulce ensueño de placer,

Hasta tocar en locura
Exaltada y amorosa,
Sensible, cándida, pura,
Y en apariencia orgullosa. . . ,

Desde que la conocí
Sin comprender bien por qué,
Ardiente impresion sentí
Que jamás olvidaré.

Y aun en su tumba tenia
Una voz para su amigo;
De mi tormento testigo
A mis dudas respondia,

Cayó una lágrima ardiente
Sobre su nombre adorado,
Con respeto arrodillado,
Puse en su losa mi frente,

Y le pregunté á la hermosa;
¿Qué es para tí el Creador?
Y en mi mente tenebrosa
Surgió *un pensamiento*:—« amor! »

La doliente humanidad
Que llora y padece aquí,
¿Qué debe esperar allí?
Y alcancé dentro de mí
Un sentimiento:—«piedad!»

Entonces me separé
De aquella amiga querida,
Como siempre que la hallé
Por mi ventura en la vida,
Llena de entusiasmo y fe!

A EMMA.

FELICIDAD FUGAZ.

Te acuerdas? . . . melancólica la tarde
Su vaporoso manto recogiendo,
Íbase lentamente desprendiendo,
Del valle ameno, y de su lago azul.
Tras el sutíl ramaje de los sáuces,
Grato al misterio del sepulcro frio,
De México el hermoso caserio
Bañaba el sol, con moribunda luz.

Nuestra barca en las aguas resbalaba
Dulce, apacible, sosegadamente,
Como resbala en la serena frente
Tímido beso del primer amor.

Y á par del grato inesplicable arrullo
Que la onda forma, apenas conmovida,
De una guitarra, blandamente herida,
Trajo la brisa el armonioso son.

Tu hermosa mano de mi eterna pena
Pedazos hizo el cáliz inclemente:
Calmó mi afan, se iluminó mi frente,
Sentí latir tranquilo el corazon!
Y reclinado en tu amoroso seno
En mágicos ensueños me adormia,
Oprimiendo tu mano con la mia
Con el fuego que inspira la pasion!

Tus bellos ojos, que aman espaciarse
Por el azul del trasparente cielo,
Miré al través del delicioso velo
Que tendia sobre ellos el placer.
Tus torneados brazos de alabastro,
Envidiados acaso de otra hermosa,
Formando una cadena deliciosa
Aprisionaban mi ardorosa sien. . . .

Dulce ilusion! acariciaba el aura
Blanda mi oido murmurando «te ama»
Al abrasarme la ardorosa llama
De tu alma reflejada en tu mirar.
Y en silencio mirábamos perderse
Las sombras del paisaje una por una,
Y ni nuestra barquilla en la laguna,
Ni las horas sentimos resbalar! . . .

¡Grato recuerdo! tu fugaz imágen
Eternamente vivirá conmigo!
Do quier que, favorable ó enemigo,
Mi rota barca empuje el aquilon.
Solo tú logras despertar un eco
Dulce de amor en mi doliente lira;
Y tambien de la hermosa que lo inspira
En el ardiente noble corazon!

LAS RUINAS DEL CONVENTO.

> Todo pasa en este mundo
> Como sombra transitoria,
> Solo dura la memoria
> Que deja la caridad.
>
> JOSEFA SIERRA.

I

PÁLIDO resplandor vierte la luna
Sobre el desierto claustro: en son doliente
Se queja el viento en las informes ruinas,
Templos ayer de mundanal fortuna,
Hoy asombro y escándalo á la gente
Que las creyera eternas y divinas! . . . .

Aquí, entre polvo, mutilada yace
La estatua que en altar resplandeciente
Del sacerdote recibiera incienso. . . .
Allí apenas descúbrese la base
De una columna rota. . . . el arco inmenso

Allá se desplomó. . . . mas adelante
Confusa masa forma sobre el suelo
La cúpula atrevida y elegante
Que lanzó el genio poderoso al cielo!

Romántica es la escena, y esta hora
Convida á meditar; ¿por qué impasible
Miro á mis plantas ese polvo helado?
Tímido el viento en los escombros llora,
Vierte la luna su fulgor templado,
Reina silencio grave. . . . indiferente
Mi corazon de mármol nada siente? . . .

¿Será que los afanes de la vida,
Y el soplo abrasador de las pasiones
Mi alma dejaron triste y abatida
Y seco el corazon? . . . mas hace poco
A la tumba de un héroe asesinado
Con vacilantes pasos he llegado;
Y lejos de mirarle indiferente,
De indignacion el pecho conmovido,
Exasperada el alma sin sosiego,
Sintió el dolor, y lágrimas de fuego
De mis ardientes ojos han caido!
Y pisando ruinas menos tristes,
El genio que tras ellas se escondia,
En mis oidos murmuró mil veces
Palabras de feliz melancolía. . . .
¿Por qué, pues, los escombros de este templo
Carecen para mí de poesía? . . .

¿Soy acaso un profano ó un impío
Para esos restos del altar? ¿comprenden

Las dudas que me agitan? . . . ¡oh Dios mio!
Si mis queridas ilusiones bellas
Se apagaron en medio del vacio,
Culpa mia no fué. . . . ya eran marchitas,
Ya me quedaban solo sus despojos,
Y aun las miraban con amor mis ojos!
Ya se volvian al oscuro cielo,
Y aun buscaba sus huellas adoradas
Con triste afan, en el estéril suelo! . . .

Qué nos importa? el universo inunda
Un fuego creador y misterioso
Que materia y espíritu fecunda,
Manantial de lo justo y de lo hermoso,
Que si toca la escoria mas inmunda
Hace brotar un rayo luminoso;
Y cuando avaro su calor retira
Aun la misma virtud gime y espira! . . .

Veamos si ese fuego sobrehumano
Ardió en esta mansion. . . . ay! está helada. . . .
Aquí habita un espíritu profano,
Que al noble pensamiento corta el vuelo:
Al ver esas ruinas por el suelo
Solo es dado decir. . . . ¡miseria y nada! . . .

La roja luz de la nocturna hoguera
Arde entre los escombros:—un mendigo
Y un niño, con sonrisa placentera,
Se calientan al fuego: ¡cuantas veces
Antes vinieron, demandando abrigo,
Porque el dolor y el hambre los mataban

Junto á los muros que la fe guardaban!
Del viento y de la lluvia combatidos,
¡Cuántas veces alzaron tristes quejas!
Y, por sola respuesta á sus gemidos,
Sonar oyeron en las altas rejas,
De las reclusas el solemne coro,
Y el acento del órgano sonoro
Elevándose á Dios. . . . ¡y cuantas veces
Sacrílegas creyeron esas preces,
Y aquel amor de Dios vano é impío
Cuando al dintel de las herradas puertas
El mendigo infeliz muere de frio! . . .

¡Arde en buena hora, generosa llama
De la divina Libertad! calienta
Al infeliz, su corazon inflama,
Déjale ver el cielo
Al través de las lágrimas que forman
Sobre su frente doloroso velo!
¡Alumbra y crece, al respirar del viento,
Dando á las ruinas espresion y acento! . . .

II.

El claustro aun está en pié:—sus fuertes muros
Han resistido la terrible prueba:
Aun se elevan, inmóviles y oscuros,
Sobre la blanca espuma de las olas,
Con que los bate la esperanza nueva,
Mas las cándidas vírgenes huyeron,
Tímida tropa débil y llorosa;
Como palomas que el milano acosa,

En otro nido á refugiarse fueron. . . .
Y hoy temen, entre dudas y agonía
Que, alzando la reforma sus acentos,
Arroje de los últimos conventos
A las últimas monjas, *la heregía*. . . .

¡Pobres hermanas que llorais á solas
Tantas amargas lágrimas perdidas!
¿Creis que amenazan las furiosas olas
Tan solo á las palomas escondidas
Bajo el ala sagrada del misterio
En el centro de oscuro monasterio?
Os engañais. . . . la tempestad terrible
No solo sobre el claustro, sobre el mundo
Del huracan en alas ya se lanza,
Para volverlo al insondable caos,
O para hacer brotar nueva esperanza!
La rápida corriente enfurecida
Llevando va la humanidad entera
Al seno de una mar desconocida,
En busca de una incógnita vivera!
Si obedeciendo á los presagios graves
A vuestras puertas con afan tocamos,
Es porque ya las barcas y las naves
Por órdenes supremas aprestamos;
Es porque recio el huracan estalla,
Y, el que no luche con las ondas, pronto
Será cadáver en la antigua playa!
¡Vano es el lloro, y vuestras quejas vanas,
Fuerza es dejar el apacible nido;
Ved cual se agita el mar embravecido
Al soplo del huracan. . . ¡pobres hermanas! . . .

Dejando así vagar el pensamiento,
Y en torno de los amplios corredores
Errando á la ventura, de improviso
A la entrada me hallé de un pasadizo
Profundamente oscuro,
Que debajo de góticos relieves,
Se abre en el grueso del antiguo muro,
Y conduce hasta el pié de una escalera
Iluminada entonces por los rayos
De la luna, al través de una vidriera.

La oscuridad, el sepulcral silencio,
Despertaron al fin mi fantasía,
Creí que era mas propio aquel momento
Que la brillante claridad del dia,
Para admirar los restos del convento;
Y me propuse recorrer las salas
Del vasto claustro, como el alma en pena
Que vaga entre la sombra de la noche,
Y huye si el toque matinal resuena.

Entré, pues, lentamente, y con cuidado
En derredor palpando las tinieblas....
El suelo estaba por do quier cavado,
Cual si los muertos que en su centro yacen
Hubieran sus sepulcros quebrantado
Para hacer trampas de sus hondas fosas,
Alzar la tierra, y esparcir las losas!...
Tal vez temblando el codicioso avaro
Que el suelo sin piedad ha removido,
Soñando hallar magnífico tesoro,

Habrá hallado cadáver carcomido
En vez del brillo seductor del oro! . . .

He allí por fin la luz! ¡cuán apacible
En medio de la sombra se desliza!
Como el amor de una muger sensible;
Y mas exactamente simboliza
Los primeros vislumbres de la ciencia
Penetrando en oscura inteligencia. . . .
Así su dulce rayo nos hechiza
Y halaga el alma sosegadamente;
No cual torrente que furioso salta,
Mas como limpia y armoniosa fuente!

Ora distingo el alto artesonado
Con sus toscos adornos y molduras,
De la bóveda en medio un enrejado,
Y en derredor fantásticas figuras. . .
El gracioso balaustre, la cornisa,
Un santo reclinado en su repisa
Donde ya no arde vaporoso incienso,
Y al fin de la escalera un cuadro inmenso
Que no se nota á la primera ojeada;
Mas, una vez hallado entre la sombra,
Fija por largo tiempo la mirada.

Acerquéme. . . . la luna felizmente
La principal figura iluminaba,
Y su pálido rayo resbalaba
Sobre la celestial cándida frente
De la casta doncella,

Que es de la tierra aurora refulgente,
Y de los mares apacible estrella!
Solo su hermosa faz resplandecia;
Y confuso borron, negro y deforme,
Bajo su planta apenas se veia....
Era sin duda el fiero fanatismo,
O el querubin rebelde del abismo!

¡Salud, encanto de la tierra y cielo!
Si tempestad funesta se prepara,
Al náufrago que gime sin consuelo
En tu regazo maternal ampara!
Pasé adelante, y cual si hubiese hallado
Preciosa flor de celestial fragancia,
Me acordé del aroma delicado
De los primeros años de la infancia!

Voló fugaz esa memoria grata,
Que el sentimiento amargo de la vida
Las mas hermosas ilusiones mata;
Y en el revuelto mar de las pasiones
Bogaba ya mi espíritu de nuevo
Cuando fijé la planta en los salones,
Que llenan las riquezas del palacio,
Mientras la ancianidad y la pobreza
Carecen de una choza miserable
Donde abrigar su mísera cabeza!

Templada luz y sombra misteriosa
Reinaba en toda la espaciosa estancia:
Marcaba las vidrieras en el suelo

La suave antorcha que alumbraba el cielo;
Y la serie de sombras y de luces
Alargaba á lo lejos la distancia,
De suerte que la sala parecía
Una inmensa profunda galería.
Mis pasos resonaban;
Y el eco solitario, adormecido
En las bóvedas altas, despertaban.
Entonces espresé mi pensamiento
En alta voz, curioso del sonido
Que pudiera excitar allí mi acento.

«¿Vivió aquí la virtud? ¿puede mi labio
Invocar la inocencia y la pureza,
Sin que juzgue que intenta hacerle agravio
La sombra de fanática abadesa?
¿Puedo invocar la castidad hermosa
Sin que el coro de hermanas y novicias
Me responda con risa maliciosa?
¿Os inspiraba el férvido heroismo
Que ardió del Cristo en el divino pecho;
O tuvo aquí su altar el egoismo
Tendido en muelle voluptuoso lecho?
Altas virtudes, ó ilusiones vanas
Se encerraban aquí? decid, hermanas!

Si reinaba la austera penitencia,
Elevando en sus alas doloridas
El alma al trono de inmortal esencia,
¿A qué, tras estos muros consagrados,
Esas celdas hermosas y elegantes
Y cómodos retretes perfumados

Que los ojos estúpidos admiran
Y solo pompa mundanal respiran?...

En vano con sus rayos apacibles
La luna alumbra esta desierta sala,
Que las memorias que han quedado en ella
Sin duda impiden que una virgen bella
Pura y privada de profana gala,
Cubierto el rostro con sagrado velo,
Arrastrando los hábitos que cubren
El austero silicio, se presente
A la faz del poeta temerario,
Para indicarle el azulado cielo
Con su mano mas blanca que el sudario,
Y allá arriba una luz indeficiente
Que las dudas arranque de su frente!»...

Eco doliente del inmenso claustro
Respondió á mi atrevido desafio;
Y en breve tiempo dolorosa duda
Se apoderó del corazon vacio.
Ni eco, ni luz, ni sombra religiosa
Y espiritual en celdas y salones...
Culpa tal vez del ánimo mezquino
Fué no sentir celestes impresiones....

Por las rotas ventanas se veia
La mágica ciudad de los palacios:
La luna sobre cándidos celajes
Poetizaba del éter los espacios.
El viento por momentos esparcia
Alegres cantos, locas carcajadas,

Que, olvidando sus horas desdichadas,
Al gozar un momento de alegría
En las tabernas celebraba el pueblo
La Libertad, con estruendosa orgía!

Deslizóse la noche:—lentamente
Bajé las escaleras, hastiado
De la estéril velada:—el sol naciente
Resucitaba al mundo aletargado;
Y con su rayo mas brillante y puro,
Alumbraba estos nombres en el muro:
Juarez, Ocampo, Lerdo, Degollado!

A LA VÍRGEN.

Le femenin eternel
Nous atire au ciel.

GOETTE.

Vírgen divina! esencia de consuelo!
Vaso precioso que el perdon encierra,
¿Eres ser de la tierra?
¿Perteneces al cielo?

Tu pureza y virtudes eminentes
Son propias solas del alcázar santo;
Tus lágrimas ardientes
De este valle de llanto!

Allá coros angélicos te aclaman
Reina feliz, y estáticos te adoran;
Aquí Madre te llaman
Los míseros que lloran. . . .

¿A quién tu rostro volverás, María?
¿A quién benigna prestarás oido?
A la eterna armonía,
O al eterno gemido?

¡Salve mil veces, Madre generosa!
Al elevarte al celestial palacio
Dejaste en el espacio
Estela esplendorosa;

Y las almas por ella alzando el vuelo
En pos de tu sonrisa, que centella,
Reunirás en el cielo
La humanidad entera!!

PHSIQUIS.

> Pues al placer nos provoca
> La libertad del festin,
> Deja que llegue á mi boca
> Esa boca de carmin. . . .
>
> Cortina. *El Delirio.*

La loca algazara de báquica orgía
Brotando á torrentes, llenaba el salon,
Ahogaba las penas brutal alegría
En olas ardientes de dulce licor.
Cubiertas las mesas de ricos manjares,
Galanes y hermosas deseaban gozar,
Con torpes ideas y acentos vulgares
Manchando sus labios, ajando su faz!
Reinaba orgullosa la triste materia
De torpes placeres copioso raudal,

Quemando implacable, por cada miseria,
Un grano de incienso, de fe celestial!

Y en tanto yo te veia,
Incomparable beldad,
Templando la fealdad
De la desenvuelta orgía!
Te ví, tal como creó
Tus divinas formas bellas
El arte antiguo; y en ellas
Luz que su genio ignoró. . . .

La atmósfera pestilente
Del impúdico placer,
No lograba oscurecer
La claridad de su frente.
Su blanca mano apagaba
Con una seña un exceso:
Ya del frenético beso
El veneno suavizaba;
Ya ciego instinto febril
Del placer en el delirio,
Cambiaba en el blanco lirio
De una caricia infantil.
Y, ocultándolo del cielo,
Sobre el seno palpitante
Que desnudaba un amante,
Arrojaba casto velo.
Y en la lúbrica mirada
Solo al placer dirigida,
Ponia sombra velada
De una eternidad perdida!

Ellos volviéndose á veces
La acariciaban ansiosos,
O con palabras soeces
La rechazaban furiosos.
¿Por qué cuando se retira,
Siente vuestro corazon
Incomprensible opresion,
Y desolado suspira?
¿Por qué no aspirais su aroma
Y la acogeis sin enojos,
Si al partir, á vuestros ojos
Triste lágrima se asoma?
Tal vez lánguida belleza
La reclinaba en su seno,
Y el dulce mirar sereno
Bañaba en luz de pureza!
Tal vez mezquino mortal
Al franquearle el corazon,
Sintió la revelacion
De su orígen celestial!
Mas redoblando el rugido
De la bacanal odiosa,
Lanzó doliente gemido
Del seno, la niña hermosa. . . .
Herida la frente pura,
Sangre el corazon goteando,
Siguió apenas alumbrando
El caos de la locura;
Hasta que halló junto á sí,
Por misterio que la abisma,
La parodia de sí misma,
Reina sin rival allí!

Y al ver su forma alterada
A la vil materia unida,
En el corazon herida,
Se alejó desesperada! . . .

Y hombres y mugeres, furiosos, lascivas,
Alzando radiosas las frentes altivas
Tocar se figuran el trono de Dios;
Y alcanzar felices virtud y belleza
En un océano de horrible torpeza,
Que al verlo de lejos causaba terror!

HORAS PERDIDAS.

SEGUNDA PARTE.

Era la juventud! Su voz sonaba
Como un canto de amor sobre los mares,
La postrer vibracion de sus cantares
En eco estéril de pesar tornó!
Por su voz de sirena fascinado
Le abrí mi ardiente corazon sencillo,
Deslumbróme lo falso de su brillo,
¡Lo cierto de sus males me alumbró!

Casimiro Collado.

En vano paso la impotente mano
Para arrancar de mi abrasada frente
Un pensamiento lúgubre y ardiente
Que emponzoña tenaz mi corazon.
Muestra contento hipócrita el semblante
Dando un mentis al implacable duelo;
Es la corteza pérfida de hielo
Con que oculto el volcan de mi pasion!

Guillermo Prieto.

A JULIA.

¡ILUSIONES PERDIDAS!

Sí, Julia, es hielo el fuego devorante
Que en mi entusiasta corazon ardia:
Por mas que agites su ceniza fria,
Solo una sombra encontrarás de mí. . . .
Mas, ya que entre ruinas y sepulcros
Tu genio melancólico se place,
Yo francamente te diré aquí yace
Una ilusion, y *una esperanza* allí!

El panteon del corazon marchito
Recorreremos juntos si te agrada,
Donde la vida ayer, ora la nada,
Tus bellos ojos hallarán tal vez! . . ,
Donde al halago del placer brotaban
De dulce amor las rosas peregrinas,
Verás montones de ásperas espinas
Que punzarán tus delicados piés. . . ,

Conmigo ven, tus nacarados labios
Tambien probaron pérfido veneno;
Y á tu pesar hizo latir tu seno
La volcánica fiebre del amor.
Tú sola puedes como yo impasible,
Ver de ilusiones muertás la ceniza,
Y en tu pálido labio la sonrisa
No es un sarcásmo á mi tenaz dolor.

Conmigo ven. . . . investiguemos juntos
El escondido arcano de la suerte,
Tal vez en el asilo de la muerte
Brille una chispa de verdad fugaz!
Tal vez en el amargo desencanto
Que al corazon devora en el vacío,
Muera tambien el matador hastio,
Quizá su nada nos dará la paz! . . .

Lámpara melancólica derrama
En esas tumbas resplandor templado,
Un silencio mortal, un soplo helado
Que á las nacientes flores hace mal. . . .
El sueño, reclinándose doliente
Mientras pasa la mísera existencia,
La pálida tranquila indiferencia,
Adormecida en el dolor fatal!

Eso hay aquí no mas. . . . desierto estéril
Donde ninguna inspiracion florece,
Donde jamás una esperanza crece,
Ni vierte luz la antorcha de la fe! . . .

Oscuro yermo, páramo sombrío,
Dònde, en medio de sombras ilusorias,
Marchitas yacen las pasadas glorias,
Y los recuerdos que otro tiempo amé.

¿Ves ese charco turbio y pantanoso
En que la luz sin penetrar resbala,
Y entre yerbas estériles exhala
De la humedad el fétido vapor?
Un tiempo fué de la inocencia mia
El espejo sereno y trasparente,
Y penetrar dejaba solamente
De los astros el plácido fulgor.

Cuidadoso velando noche y día,
Límpido siempre conservarlo quise;
Mas como del afan de un infelice
El mundo indiferente se burló!
Mil manos despiadadas arrojaron
Polvo impuro en las aguas adormidas;
Destrozaron las márgenes floridas:
Ya ves el fango que en redor quedó!

Pasemos! . . . en mi pecho desgarrado
Aun débil chispa de furor se excita. . .
Si el corazon helado no palpita,
Es porque ya su vida se agotó.
¿Mas no es horrible ver despedazadas
Las flores de la cándida inocencia,
Y que manchada su celeste esencia,
Cual humo en el espacio se perdió?

Ya nó mas de mi frente candorosa
Necia podrás reir, turba precita;
Ya, como tú, sobre ella llevo escrita
La historia de profundo padecer!
Están borradas las divinas huellas
De sagradas, divinas ilusiones,
Y ya el fuego sin luz de las pasiones
Se deja en ella, como en otras, ver! . . .

Alejémonos, Julia! . . . fué quimera,
Pasó fugaz. . . . mas era tan querida!
Tormento eterno devoró mi vida
Desde que ví marchita esa ilusion.
Si el destino enemigo la dejara
Como un consuelo en las desdichas mias,
Un pensil hermosísimo verias
En donde estás pisando un panteon!

Pasó! . . . ¿recuerdas cómo en otro tiempo
Se lanzaba mi ardiente fantasía,
Y sus alas espléndidas tendia
Buscando de la gloria la region?
Recuerdas que delante de mis ojos
Cruzó de un ángel el airoso vuelo,
Con la frente inmortal tocando al cielo,
En alas de sublime inspiracion!

Te lo confieso; imaginé insensato
Que las notas de su arpa desprendidas
En el sereno espacio difundidas,
Llenáran á los hombres de placer, . . .

Creí que sus acentos misteriosos
Distintos de los ecos terrenales,
Hiriendo el corazon de los mortales,
Regeneráran su mezquino ser!

Qué necio fuí! . . . pasiones miserables
Los llevan por el fango torpemente:
Su alma murió, su corazon no siente
Sino el vil aguijon del interés.
¿Qué les importa de sublime canto
La noble inspiracion y el idealismo?
Es una antorcha en tenebroso abismo!
Fuego encendido sobre mármol es!

Así laureles y estruendoso aplauso
Recojen por do quier vates vulgares,
Y del genio inspirado los cantares
Se oyen cual triste incomprensible son.
Así farsas estúpidas aplaude
El pueblo en el teatro estremecido,
Mientras sepulta el polvo del olvido
Los dramas de Rodriguez y Alarcon. . . .

Y siempre, siempre así. . . . cuando se lanza
Una idea del seno de la nada,
Al ignorante vulgo desagrada
Y la proclama loco frenesí.
¿Ni como el rayo misterioso y vago
Que luce apenas en el eter puro,
Entrar pudiera en su cerebro oscuro
Turbado siempre por delirios mil?

Yo imaginé, mecido en la inocencia,
Sin comprender el corazon del hombre,
Que bastaria para crear un nombre
El vuelo del talento celestial.
Jamás pensé que locos y hastiados
Al oro puro le pidieran cieno,
Que en una flor buscáran el veneno
Y en la virtud la inspiracion del mal.

Funesto error! . . . para elevarse es fuerza
Arrastrarse cual míseros reptiles,
Besar las plantas de tiranos viles,
Y cubrir con un velo la verdad.
Para adquirir el popular aplauso
Es necesario sonreir al necio,
Sufrir de otros esclavos el desprecio,
A ídolos miserables incensar!

¡Cuanto, Julia, sufrí! . . . mi pensamiento
A la verdad horrible resistia,
Desplegaba sus alas y caia
En brazos de la triste realidad. . . .
Ora tranquilo estoy. . . . mira cual sube
Esa ráfaga de humo, sombra vana,
Esa es la imágen de la gloria humana,
Humo impalpable, necia vanidad! . . .

Un paso mas, y otra ilusion mas bella
Verás tambien á mi pesar marchita:
Quizá su historia dolorosa escrita
Permanece en tu noble corazon.

Aquí, cual flor que al desplegar sus hojas
A la sonrisa plácida del cielo
Quemada fué por el rigor del hielo,
Encontrarás la flor de una pasion.

Sabes cual fué. . . . tu corazon latia
A par del mio. . . . tu divina frente
Asilo halló en mi pecho, dulcemente
Suspiraban tus labios de placer.
Yo era entonces feliz—tú me seguias
A regiones de luz y encanto llenas,
Donde la duda y las amargas penas
Endulzaba el amor de una muger.

Hoy no puedo sentir como sentia;
Si tu mano, mas blanca que la nieve,
A interrogar mi corazon se atreve,
Hallará el frio de la muerte en él!
En este sitio esa ilusion reposa,
Nunca por mí vilmente profanada,
Si hecha ceniza se tornó á la nada,
Culpa fué solo del destino cruel. . . .

Murió el amor! ¿y acaso la existencia
Conserva el corazon que ya no ama?
De la pasion la devorante llama
En un volcan de nieve se apagó!
Murió el amor sobre tu seno, Julia,
Y mal podrás de mi pasion quejarte,
Pues estás viendo que al dejar de amarte
Solo un cadáver en la vida soy!

Tú me comprendes bien. . . . van los pesares
Lentamente las fuerzas acabando,
Una á una las flores marchitando,
Dejando seco el corazon sin fe.
Y la razon adusta le presenta
Al alma vacilante y abatida,
Como una sombra, la futura vida,
Y como una quimera la que fué!

En las tinieblas de la eterna noche
A veces me figuro ver un puerto;
Tras de la tumba un resplandor incierto
Me parece alumbrar otra region.
Julia! procura, si me amaste un dia,
Avivar esa pálida creencia;
Si no es que mi fatal indiferencia
Haya helado tambien tu corazon!

HERMAN.

La noche era oscura, la selva sombría,
Espectro á mi lado Herman parecia. . . ,
Los briosos caballos, sin tino vagando,
Con ruido sonoro marchan galopando.
Las nubes cortadas, siniestras, oscuras,
Semejan al mármol de las sepulturas,
Y al través cruzando de ramas frondosas
Parecen los astros hermosa bandada
De aves luminosas!

Yo llevo en el alma profundo tormento;
Herman, hastiado del cruel sufrimiento,
Espíritu ardiente que en dudas se lanza,
Quizá para siempre perdió la esperanza!
Yo sufro en estremo. . . . murió el amor mio. . . ,
Herman al fin dijo, con voz alterada:
—Yo pienso en las tumbas que están entreabiertas,
—Y yo pienso en una por siempre cerrada!

Él mira el presente, y yo lo que era. . . .
Cruzan los caballos la estensa pradera,
El viento conduce la voz dolorida
De aguda campana, de súbito herida. . . .
Y Herman continuaba—Comprende mi pena
Que á muchos la vida de tormentos llena
Y sufren llorando destinos inciertos.
Yo pienso en los vivos! . . . yo pienso, le dije,
Yo pienso en los muertos!

Las fuentes formaban suave murmullo,
Las ramas se mueven con débil arrullo,
Y todos los seres parece que gozan. . . .
Herman dijo: «nunca los vivos reposan
En sitios diversos sin duda á esta hora,
De tantos vivientes algun ojo llora,
Y á muchos el duelo tendrá desvelados» . . . .
—Sin duda; mas otros
Por siempre cerrados!

Herman proseguia: «la mas cruel herida
El mal incurable consiste en la vida.
Los muertos no sufren. . . . envidio su tumba
Do crece la yerba, y el viento derrumba
Las hojas del bosque, ¡cuan grata delicia
Sentir de la noche la tibia caricia!
Porque el cielo halaga las almas dichosas
Con los resplandores de sus mil estrellas,
En todas las fosas. . . .

Herman, le repuse, la burla destierra!
Los muertos reposan cubiertos de tierra;

Respeto al misterio! . . . los muertos han sido
Los seres sagrados que mas te han querido.
Es mi ángel perdido! . . . tu madre y la mia!
No los entristezca tu amarga ironía:
Aun pueden sus almas sufrir y gozar,
Y allá entre las sombras, al través de un sueño,
Nos oyen hablar! . . .

(Traducido de Víctor Hugo.)

A UNA CORTESANA.

Mas ¡ay! que es la muger ángel caido
Ó muger nada mas y lodo inmundo;
Hermoso ser para llorar nacido,
O vivir como autómata en el mundo.

ESPRONCEDA.

¿POR qué te miro lánguida y doliente
Á la espirante luz de la bujía,
Sobre tu mano reclinar la frente
Oh diosa del placer y la alegría?

¡Como la estatua del dolor callada
Dejas que vuelen las nocturnas horas,
Clavando en el espacio tu mirada
Agena de ilusiones seductoras!

¿Por qué á la voz del corazon interna
Atenta prestas delicado oido,
Mientras gozando el mundo corrompido
Siguiendo va su bacanal eterna?

Á tí el imperio de la dicha toca,
Tu destino gozar y ser querida;
Si te detienes á mirar la vida,
Se perderá tal vez tu mente loca! . . .

Yo, que asisto invisible á tu agonía,
Sé, cuando el peso del dolor te abate,
Por qué la arteria de tus sienes bate
Mientras tu pobre corazon se enfria!

Tienes razon! . . . el ángel está herido,
Hechas pedazos sus nevadas alas,
De la virtud las verdaderas galas
Como sucios harapos han caido!

Tienes razon! . . . horrible es tu martirio!
¿Mas eres tú no mas la que vendiendo
Su virtud en momentos de delirio,
Risa y placer al mundo va mintiendo?

No! . . . fuera injusto condenarte. . . . todos
Los que inspirados por mezquino orgullo
Aman del mundo el lisonjero arrullo,
Comprados fueron por diversos modos!

Tú abandonaste, el corazon deshecho,
Bellos tesoros á vulgar caricia;
Ellos tambien ahogaron en su pecho
La virtud, la verdad y la justicia.

Por un trozo de pan, segun presumo,
Vendida fué tu virginal belleza;
Ellos tambien, nadando en la riqueza,
Su fe vendieron por *palabras y humo!*

A tí caricias torpes te mancillan
Y los goces del alma te rehusan. . . .
Tambien los grandes que en los tronos brillan
Máquinas son de que los otros usan!

Sonrien de placer cuando se enojan
Y halagan al que miran con desprecio:
¿Qué otra cosa haces tú, cuando te arrojan
A la pálida faz el torpe precio? . . .

Muerto el placer, y la ilusion pasada,
Sin rebozo te muestran el hastio. . . .
Así cuando no sirve ya de nada,
Encuentra el prócer un semblante frio! . . .

Sola con tu deshonra, en esa estancia
Adivinas que el mundo te detesta,
Mientras á frentes llenas de arrogancia
La sociedad adoraciones presta.

Calma tu afan! . . . la sociedad no ama
Delito leve, ni virtud sencilla,
Escasa fe su corazon inflama,
Y adora al crímen cuando el crímen brilla!

Tambien la sociedad es cortesana
Que con la burla y el desprecio oprime
A la virtud, cuando la ve sublime,
Y solo la tolera si es mediana!

Nadie, de tantos que gozó contigo,
A dividir tu sufrimiento viene,
Abandonada estás. . . ¿pero quién tiene
En este mundo verdadero amigo?

Cuando el dolor del alma desgarrada
Neciamente revelas á un hermano,
Un rasgo de alegría mal velada
¿No ves lucir en el semblante humano?

Allá en el fondo el corazon del hombre
Guarda profundo incomprensible abismo. . . .
¿Qué importa, hermosa, que al oir tu nombre
Sin compasion se burle de sí mismo?

Toca por fin la realidad, querida,
Torne á la risa tu dolor profundo,
No mas ansiosa busques en el mundo
Compensacion de tu virtud perdida.

¿A qué fijar tu vista hora tras hora
En lo pasado y el presente oscuro,
Si adviertes que una luz consoladora
Libre de nubes, brilla en lo futuro!

Ya no busquemos ni placer ni amores;
Que quien bajó del crímen al abismo,
Solamente gozando en sus dolores
Puede ceñir su frente de heroísmo!

Olvidando los males y las penas
Eleva el alma á la verdad sublime,
Que la beldad que por los hombres gime
Siempre está presa en míseras cadenas. . . .

Y si la injusta sociedad te arguye,
Dila que tú eres empañado espejo
Donde fijó el destino su reflejo. . . .
Y no te admires si al mirarse huye!! . .

———

EN EL POPOCATEPETL....

A JULIA.

> Y allí en mi duelo ó mi placer estremos
> Alzaré una oracion en vez de un canto,
> Y á Dios veré, cuyo semblante santo
> Bajo las brumas de París no vemos!
>
> Don Jose Zorrilla.

Del gigante sublime de Anáhuac
Ya pisas, hermosa, la pálida frente! . . .
Su cárcel no deje tu espíritu ardiente
Al sentir tan divina emocion!

Recoje sus alas, que el águila presa
Si ve de improviso su jaula quebrarse,
Al eter inmenso quisiera lanzarse
Y perderse en ignota region!

Acaricien tus manos hermosas,
Oh Julia divina! la crin erizada

Del fiero coloso, que hiciera turbada
En sus ejes la tierra temblar!
Segun canta sublime poeta,
Lanzando á los cielos betun encendido,
Sonando en su seno terrible rugido,
Acallaba las ondas del mar.

Ora un manto de cándida nieve
Eterno lo cubre, su lava es ceniza,
Tu planta pequeña sus cráteres pisa. . . .
Está muerto el terrible volcan!
Y conserva su calma impasible
Ya lo halaguen las brisas de mayo;
Ya en su frente de mármol, el rayo
Desplomado se mire apagar!

¡Cuan simpática á el alma abatida
Su calma profunda, sus vastos desiertos!
¡Las rocas inmensas, los páramos yertos
Que respiran eterno dolor!
Julia mia, tu sien palpitante
Reclina en el seno de tu único amigo:
Aquí de tus penas es solo testigo
El autor de esa bella creacion. . . .

Ya dejamos el triste sepulcro,
Las vanas memorias olvida del mundo:
Flotando en el centro del eter profundo,
Cerca te hallas del trono de Dios!

Solitaria en las grietas nevadas
De riscos salvajes, el águila anida,

El aire terrestre le falta á la vida;
Mas tú puedes aquí respirar. . . .
Tu alma ardiente, oprimida en la tierra,
De alzar era digna magnífico vuelo,
La bóveda eterna tocando del cielo,
Y teniendo á sus plantas el mar!

Elevada en los hombros de Atlante
Descubren tus ojos inmenso horizonte,
Las rocas, las selvas, la cumbre del monte
Recojidas están á tus piés!
Y salvando el espacio infinito
Al rayo templado del sol moribundo,
Se estiende á tus plantas espléndido mundo
Tan hermoso como era el Eden. . . .

Esa sombra que miras perdida
En medio al paisaje fantástico y vago,
Es México hermosa la vírgen del Lago,
Adormida en ensueños de amor!
¿Mas qué son las creaciones del hombre
Ante esos inmensos abismos de nieve,
Que á verlos apenas el ojo se atreve
Sin sentir religioso pavor? . . .

Como sombras fugaces sobre ellos,
Mi Julia querida, perdidos vagamos;
Pues nada del mundo creemos ni amamos,
Es preciso buscar otra fe.
Junto al cielo no hieren tu oido
Sonando entre llanto sus risas vulgares,
Aquí levantemos sagrados altares
Que manchar no consiga su pié!

A la luz del crepúsculo suave
Al cielo se eleve tu tierna plegaria:
Una ara elevemos allí solitaria
A los rayos postreros del sol!
Si los hombres dementes ultrajan
Amores, virtudes, hermosa inocencia,
Consagremos divina creencia,
Fuente eterna de dicha y amor! . . .
Mas tú lloras. . . . tu seno palpita. . . .
En este momento sagrado es tu llanto,
Tu pecho se inunda de entusiasmo santo. . . .
No lo dejes jamás apagar!
Esas lágrimas puras, ardientes,
De el alma inspirada divino lenguaje,
Eleva á los cielos en puro homenage
De un ángel que sufre, grandioso volcan!

MATERIALISMO.

A JUAN ALDAITURREAGA.

> Creo en verdad, amigo mio, que nó es loca vanidad el decir que el mundo espiritual puede demostrarse "matemáticamente."

La luna, como cisne luminoso,
En el eter nadaba suavemente,
Derramando su encanto misterioso;
Y era la noche bálsamo del alma
Con su apacible calma,
Su blanda brisa y perfumado ambiente.
En la piedra de un túmulo ruinoso
Tumba tal vez de un héroe mexicano,
Descansábamos juntos. . . . yo sumido
En pensamientos insensatos. . . . y *ella*
Revelando en su faz cándida y bella

La agitacion del corazon sensible;
Y vertiendo en mi oido
Ese arrullo de amor indefinible,
Que indeciso dejando el pensamiento,
Mejor espresa que amorosas frases
Del alma el delicado sentimiento. . . .

Bello paisaje en torno se estendia
Digno del paraíso americano,
Fuente de inspiracion y poesía,
Rebosando en su mágica belleza
Ese hechizo sencillo y soberano
Lleno de melancólica grandeza,
Que no se pinta con lenguaje humano. . . .

El plateado rayo de la luna
Flotando á par de la aura perfumada,
Se quebraba en la nítida laguna,
Nido apacible de aves y de amores;
Y en su líquido seno muellemente
Reposaba la noche sosegada
En blandos lechos de olorosas flores.
A un lado la ciudad adormecida
Medio cubierta en velo vaporoso,
Presentaba el aspecto misterioso
De encantada region desconocida,
Donde la vista á su placer vagaba
Entre palacios y elegantes torres,
Labradas de cristal y argentería,
Que elevándose en formas ideales,
En confusion perdiéndose á lo lejos,
Parecen de la luna á los reflejos,

Rica mansion de genios inmortales!
Al otro las pirámides nevadas
Perdiéndose en el eter infinito,
Fantasmas colosales y calladas,
Guardas inmobles del fecundo suelo;
O bien, para las almas inspiradas,
Plegarias que se elevan hasta el cielo
En medio de la calma de la noche,
Religiosa y sublime
Como á ulcerados corazones place,
Si fatal infortunio los oprime!
Y en todas partes grupos indecisos
De árboles y de rocas y ruinas,
Confusas sombras, luces blanquecinas,
Apareciendo en la feraz llanura,
Fugitivas flotando en el vacío,
Llenando de interés y de misterio
Hasta el confin del horizonte frio!....

Todo era bello, delicioso y grato
Como un sueño de amor; pero mi frente
Cargada de mundanos pensamientos,
La dureza del mármol ofrecia:
El corazon vacio, el alma ausente
Mas que la faz de los volcanes fria!
Destrozadas mis bellas ilusiones,
Sumido en el fatal materialismo
De nuestro siglo cancerosa llaga,
Presa de sentimientos terrenales,
No hallaba fuerza dentro de mí mismo
Para sentir los goces ideales,
Y ver el cielo desde el hondo abismo!....

La vírgen de la noche silenciosa,
Que en la bóveda eterna
Derramaba torrentes de poesía,
Era para mi vista tenebrosa
Solo una opaca pálida linterna.
Rodando ciega en la region vacia,
Al juguete de un niño semejante
Que hace subir en alas de los vientos
La llama de una antorcha vacilante!
El pabellon magnífico del cielo
Flotando asido del distante polo,
Region ilimitada donde el vuelo
Puede el alma tender. . . . era tan solo
Para mí la apariencia fugitiva
Que en mezquino teatro alucinados
Pueden los ojos ver, si los cautiva
Hábil artista en lienzos mal pintados!
Y los astros y fúlgidas estrellas,
Clave tal vez de misterioso arcano,
Pedazos de oropel, vanas centellas,
De un cielo de carton adorno vano! . . .

¿Ni qué puede alcanzar en su miseria
El pensador materialista impío,
Sino viles pedazos de materia
Al acaso rodando en el vacio? . . .
¿La severa razon que nos aflige
La primitiva causa nos demuestra,
Que á fin grandioso, con segura diestra,
La portentosa creacion dirige?
Ah! la razon, en tan excelsa esfera,
Plega las alas y se torna muda;

O, halagando fantástica quimera,
Se arroja en los abismos de la duda!

Inútil fué para mi helada mente
La sublime espresion de los volcanes
En el silencio augusto de la noche. . . .
¿Qué sus vastas pirámides en suma
Sino inmensos montones elevados
De polvo vano, de nevada espuma
Por ley indeclinable coronados?
Ni la imaginacion calenturienta
Mas homenage consagrarles debe,
Que á la estrecha pirámide de nieve
Que la aurea copa del festin ostenta! . . .

Así la inteligencia devoraba
Al corazon. . . . en tanto mi querida
Arrobada en un éxtasis divino,
De la terrena esfera desprendida,
Hallaba de otros mundos el camino,
Vibrando como una arpa melodiosa
Gozaba de delicias celestiales,
Acariciando la ciudad y el lago
Con lánguidas miradas de ternura;
Sonreia á los astros inmortales,
Suspiraba al mirar la blanca cima
De los volcanes, y agitada el alma,
Alzaba una oracion sentida y pura
Digna de la belleza,
Acorde con el himno que entonaba
El universo todo en su grandeza!

Nada me conmovió! ¿la vil materia
Puede el lenguaje comprender del alma?
Mas al ver su simpática hermosura
Y su entusiasmo ardiente, una sonrisa
Se dibujó en mis labios—en mis brazos
Su elegante cintura
Quedó ceñida en amorosos lazos,
Intenté profanar sus labios rojos
Con un beso de amor. . . . ella sus ojos
Clavó en mi faz, leyó en mi pensamiento,
Y de ignorada angustia palpitante
Buscó la luz del alma en mi semblante;
Y hallando solo la materia inerte,
Sintió de pronto en su amoroso seno
Algo mas espantoso que la muerte:
Dejó brotar el llanto del despecho
Alzando el rostro al celestial zafiro,
E inclinándolo luego sobre el pecho,
Apartóse de mí con un suspiro!

ADIOS DE UN PATRIOTA.

A CLEMENTINA.

Gocen otros con oprobio,
De una vergonzosa paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad!

Fernando Calderon.

Clementina! yo siento que mi frente
Oprime del dolor la mano dura,
Nuestras fugaces horas de ventura
Huyendo van para jamás volver!
Mas el oido dulcemente halaga
La última vibracion del arpa rota;
Y de la dicha la postrera gota
Apura el labio con mayor placer. . . ,

Por eso quiero de mi Eden perdido
Tornar á ver la imágen seductora,
Y con la voz del corazon que llora
Dar al pasado mi postrer adios!

Por eso quiero que recuerdo ardiente
De nuevo agite tu amoroso seno;
Quizá mañana cual mortal veneno,
Destrozará mi herido corazon! . . .

Vuelve conmigo al apacible asilo
Donde, gozando fugitiva calma,
Mi primera ilusion, toda mi alma,
En el ardor de la pasion vertí!
Rielaba la luna sobre el lago
Como sonrisa de inocente niño,
Al esplicarte tierno mi cariño,
Dulce placer en tu semblante ví!

¿Por qué latió tu seno conmovido
Al escuchar de lejos un acento?
Era el quejoso murmurar del viento
Que en las ásperas quiebras penetró. . . .
¿Por qué en tus ojos el azul sereno
Con llanto de ternura se cubria? . . .
El eco que la brisa nos traia
Era el cantar de rústico pastor. . . .

Cual atractivo inesplicable viste
En el trémulo brillo de una estrella?
Mas ardiente tal vez, quizá mas bella
En el espacio fulguraba ayer. . . .
Ah! la ilusion de nuestro amor primero
En todo hallaba mágica belleza,
Nos adormia en lánguida tristeza,
Nos inundaba en celestial placer.

Y aquella dicha candorosa y pura,
Aquel tranquilo bienestar profundo,
No era el placer con que adormece el mundo
A su frívola y torpe sociedad.
Era una santa inspiracion del cielo,
Una oracion purísima. . . . el perfume
Que silenciosamente se consume,
Elevándose á Dios en el altar!

Perdona, Clementina, si á mostrarte
Vuelvo ese sueño de placer divino,
Cuando la mano de fatal destino
Para sufrir nos viene á despertar.
Perdona si despues de tanta dicha
Hoy te abrasa la fiebre de mis penas,
Perdona si el oprobio y las cadenas
Ni en tus brazos me es dado soportar! . . .

Por tí quisiera sin honor ni gloria,
Embriagado de amor eternamente. . . .
Pero con un baldon sobre la frente
Es imposible del amor gozar!
Tal vez amante á mí pasion respondes,
Y pienso que me acusas de cobarde;
Tal vez la dicha en tus miradas arde
Y yo no puedo mi dolor ahogar!

En el cadáver de mi triste patria
Mil vampiros se ceban á porfia. . . .
¿Qué falta ya? de infame tiranía
Todos sentimos en la frente el pié!

¿Y solo á precio de cobarde crímen
Dueño seré de tu beldad divina?
Perdóname de nuevo, Clementina,
Si siendo esclavo ser feliz no sé!

Ignoro el arte de dorar el crímen,
No es mi voz agradable á los tiranos;
Y ántes que bese sus impuras manos,
Del honor en el campo moriré!
No es mi destino sucumbir esclavo,
Mi vida está á la patria consagrada. . . .
¿Más cómo separado de mi amada
El peso de la vida sufriré?

Bajo el peso de bárbaro anatema
Tal vez mañana vagaré proscrito,
No olvides tú que mi único delito
Es combatir estúpida opresion!
No olvides tú que el ideal que llevo
Dentro del alma, es una imágen pura,
Como tu corazon y tu hermosura,
Libre de crímen, libre de ambicion!

Tal vez mañana mi cadáver yerto
A la vista tendrás. . . . mas no me llores!
Solo demanda cánticos y flores
La tumba del patriota que murió!
Mas si al fin, destrozados los tiranos,
Torna á lucir de Libertad el dia,
Y libre puedo al fin llamarte mia. . . .
¿Quién será entonces mas feliz que yo?

Noviembre 10 de 1861.

FELICIDAD IMPOSIBLE.

> Y busco aún y busco codicioso,
> Y aun deleites el alma finge y quiere:
> Pregunto, y un acento pavoroso
> "¡Ay, me responde, desespera y muere!"
>
> Espronceda.

Lo sé por fin! . . . tu virginal secreto
Envidia de los ángeles, Teresa,
Balsámico perfume de pureza,
Del vaso de alabastro se escapó!
Amigo labio lo vertió en mi oido,
Causándome emocion desconocida,
Una alma sin virtud y maldecida,
Abrirse el cielo de improviso vió!

Mas ¡ay de mí! tu amor incomprensible
En tortura espantosa se convierte. . . .
Esa pasion tal vez será tu muerte,
Sin que logre mi vida reanimar!
¿Como gozar envuelto en el hastio
De un afecto purísimo y sagrado?
El corazon vacio, desgarrado,
Solo en el crímen se adormece ya!

Y sin embargo, es cierto que mi nombre
Triste, á tu labio virginal se ofrece! . . .
¿Es cierto que mi sombra te aparece
A cada instante sin causarte horror?
¿Es cierto que vagando mi recuerdo
En la bóveda oscura y solitaría,
Al murmurar tu labio la plegaria
Dulce suspiro murmuró de amor?

Triste de mí! . . . cuan bello es el perfume
Del alma virginal casta y sencilla!
Como la estrella tímida que brilla
De tibia noche en el sereno azul.
Como en mares de arenas abrasadas
Brota gentil consoladora fuente,
¡Y cuan feliz el alma que inocente
Puede gozar de su apacible luz!

Tras de las rejas de callado coro
Arrodillada estabas. . . . y me viste. . . .
¿Como fué que al instante comprendiste
La fiebre que abrasaba el corazon?
Al contemplar mi pálido semblante
Sintió la tempestad tu alma inocente,
Tiñó el rubor tu candorosa frente,
Y alzaste al cielo férvida oracion!

Las elevadas bóvedas llenando
El órgano elevó canto sublime,
Voz de la triste humanidad que gime
Del Ser Eterno al demandar piedad!

Tú derramabas abundante llanto,
Y, el corazon sensible dolorido,
Cual si te lo dijesen al oido
Adivinabas mi dolor mortal!

Lo adivinaste, sí, cándida niña,
Paloma del oscuro monasterio,
Adivinaste que fatal misterio
Flotando vaga en derredor de mí!
Ángel sin patria, suspirando siempre,
Flor que brotara en fétido pantano,
A mi pesar en el banquete humano
La amarga copa del placer bebí. . . .

Mas aun ignoras el abismo horrible
En que estoy para siempre sumergido,
Ignoras que en la vida ya he perdido
Con la inocencia y la virtud la fe!
No sabes que mis años juveniles
En fria tumba se hundirán mañana,
Y que imbécil á torpe cortesana
Mi corazon de niño le entregué!

Sin duda mis palabras descreidas
Sobre tu corazon están cayendo
Cual gotas rojas de metal hirviendo,
Matando cada gota una ilusion!
Sin duda están mis manos destrozando
Los pétalos suaves de una rosa;
Mas ¡ay! existe funeraria losa
Donde creiste hallar un corazon! . . .

Es la verdad, Teresa, se apagaron
Mis dulces juveniles ilusiones,
El fuego abrasador de las pasiones
Es destructora lava de volcan. . . .
Las flores desparecen. . . . solo queda
En derredor un tétrico desierto. . . .
Un corazon para la dicha muerto
Despedazado por continuo afan!

Y tú me amas! . . . si fuera concedido
Calmar del alma roedora pena,
Si en la fuente mas pura y mas serena
Templára el labio su ardorosa sed! . . .
Si pudiera alcanzar la dulce calma
Tantas veces en vano apetecida;
Si dable fuera reanimar mi vida
Con el divino amor de una muger! . . .

Vana ilusion! la acaricié un instante
Al sacro fuego de tu amor ardiente;
Pero bien pronto se nubló mi frente,
El corazon helado se oprimió!
¿Puede el genio del mal vivir felice
De la virtud entre las blancas flores,
El pecho inerte palpitar de amores
Y sus tormentos olvidar? ay! no!

Olvídame, Teresa, ángel hermoso!
Las alas sin mancilla tiende al cielo,
Yo entre los vicios propios de este suelo
Continuaré arrastrando á mi pesar,

Si unieses tu destino con el mío,
En mis brazos marchita quedarias,
Tu aureola brillante perderias. . . ,
Solo de lejos me podrás amar! . . .

Es mi vida la espuma vacilante
Siempre agitada por el mar sombrío,
La fiebre de la duda y el hastio
Tenaces la devoran sin cesar,
Déjame abandonado á mi destino
Persiguiendo sin fin una quimera,
No pienses ora en mí. . . . mas cuando muera,
En mi tumba sin luz ven á llorar!

¡EL CUARTO DEL HOTEL!

¡Ay! cuando el prisma engañoso
Despedaza la razon,
Ya está destrozada el alma
Y marchito el corazon!

***

Triste cuarto del hotel,
¡Cuantos placeres vulgares
Con su fastidiosa miel,
Donde yo apuré la hiel
De mis primeros pesares!

Aquí ví desvanecida
Mi mas hermosa ilusion. . . .
Aquí analicé la vida,
Abriendo en mi corazon
Cada verdad una herida!

Aquí, en triste duda oscura,
Se desvaneció mi fe;
Mas sin rencor ni amargura,

Tras un mar de desventura
Vuelve á pisarte mi pié. . . .

¡Salud, casa sin hogar,
Donde por mezquino precio
Puede el vulgo vejetar,
Reir sin razon el necio,
Y el desdichado llorar!

Aunque tu venal empleo
Profana placer y penas
Segun ageno deseo,
De mi juventud aun veo
Palpitantes las escenas!

Allí la sombra querida
De romántica mujer,
Sobre su semblante unida
Del alma profunda herida
A la risa del placer. . . .

Allí, en la revuelta mesa,
La impía literatura
Que matando el alma empieza;
Y sobre ella mi cabeza
Abrumada de tristura! . . .

Allí mi lecho febril
Y la pálida bujía
Alumbrando mi agonía,
Al crear visiones mil
Hasta que la luz venia!

Todo, todo lo recuerdo,
Como si pasara ayer;

Y con estraño placer
En las memorias me pierdo
De aquel hondo padecer!

Aquello era concentrar
Un corazon de quince años
Cuanta hiel pudieran dar,
Con sus tristes desengaños,
Largos siglos al pasar!

Era la tierna inocencia
Asomándose al abismo,
Era la primer creencia
Ante el bárbaro egoismo
De la mundana existencia!

Era ver desvanecida
La religion del hogar,
Y convertirse la vida
En un borrascoso mar,
Sin una estrella querida!

Allí estaba el esqueleto
De la fria sociedad,
Indigno de mi respeto,
Para el bien tan incompleto,
Tan perfecto en la maldad!

De la falsa religion
El fantasma macilento,
Sin vida, sin corazon,
Detras de velo sangriento
Fingiendo la inspiracion!

Allí el cadáver doliente
De la mujer infeliz
Con el dolor en la frente;
O con la risa impudente
De la infame meretriz!

Allí la cuna del niño,
Tumba del ser inmortal,
Donde por suerte fatal,
Flor de maternal cariño
Se hunde en sucio cenegal!

Y el seco cráneo del hombre
Por las pasiones quemado;
Si el vicio lo ha calcinado
Lleno de gloria y renombre,
Y de otra suerte olvidado!

Allí la virtud burlada
Llorando á solas conmigo;
Y mi alma desesperada
Al darle inútil abrigo,
Sintiéndose destrozada!

Allí la libertad bella
Desgarrado el noble seno,
Dejando en pos de su huella
Oscurecida su estrella,
Cadalsos, sangre y veneno!

Allí, en fin, toda esa farsa
Ni bien cómica ni seria,
En que no hay una comparsa

Que no sienta la miseria,
Y que á su vez no la esparza!

Oh! la vida aborrecí,
Se agostó mi juventud;
Y olvidando la virtud,
Un consuelo solo ví
En el lúgubre ataud!

Todo era en mi derredor
Triste, funesto, sombrío,
Una mentira el amor,
La creacion sin color,
El corazon mármol frio! . . .
. . . .

Pasó ese tiempo, dejando
La grata melancolía
Del que ha vivido llorando,
Y se consuela esperando
De la libertad el dia!

Ya no perturbas mi juicio,
Triste cuarto del hotel!
Loco franqueára tu quicio,
Si allí me turbára el vicio
Y no el desengaño cruel!

Hoy mi cerebro no inflama
Aquel intenso dolor:
Aun está viva la llama;
Pero aguardo *el fin del drama*
Para juzgarlo mejor!

EL MISÁNTROPO.

J'entre en une humeur noir, en un chagrin profond
Quand je vois vivre entre eux les hommes comme ils font,

MOLIERE. *Le Misantrophe.*

Esta casa, sepulcro de un vivo,
Que disgusto produce y horror,
A miradas curiosas se cierra
Porque esconde secreto de amor,
Y amor en la tierra
Si el vulgo lo nota,
Se mancha y esplota,
Se hace fuente de amargo dolor!

Este necio, que loco parece,
Porque no halla en la vida placer,
De vosotros, hermanos, se aleja
Porque amar es la ley de su ser. . . .

Y el mundo no deja
Gozar un afecto
Tranquilo, perfecto,
Sin que intente *su precio saber*; . . .

Esta frente que veis contraida
Por la huella de eterno pesar,
No ha creado jamás una idea
Que á un hermano le fuera fatal.
Acaso se emplea
Con afan ardiente,
En cegar la fuente,
La fuente fecunda del mal!

Yo bien sé que aceptais una herida
De quien sabe sufrirla á su vez;
Mas no puedo vencer al destino
Y lo mismo que he sido seré,
Juzgo mezquino
Ese vil trato,
Cruel, insensato,
Y jamás con vosotros lo haré.

Yo no soy, en la dura cadena
De la vida, muy fuerte eslabon;
Y al caer sobre el yunque el martillo,
Cada golpe me causa emocion!
Tal vez sencillo
Desprecio el oro,
Y el triunfo lloro
Si es para otro fatal perdicion! . . .

Es verdad, y negarlo no puedo,
Que al destino social soy infiel;
Mas tambien es verdad que en mi pecho
No se abriga una gota de hiel!
Y acato el derecho
De la sociedad,
Si á la humanidad
Tomando su nombre, no hiere cruel!

Al huir de la vista del hombre
Solo quise esquivar el dolor,
Sin que alguno al creerme insensato
Me prepare funesta traicion. . . .
En vuestro trato
Es muy frecuente,
Del inocente
Burlar sin tener compasion!

¿Es mi culpa si locas pasiones
En el mundo que amais encontré?
En mi hogar apacible escondido
He buscado un asilo á la fe.
Y he construido
Modesto altar,
En donde amar
Ante Dios á los hombres juré!

Que me llamen ingrato, egoista. . . .
Yo bien sé que no tienen razon,
Si á mi pecho tocó un desdichado,
Nunca dentro faltó un corazon!

Está desgarrado,
Apenas ya late;
Mas no lo combate
Ninguna mezquina pasion!

Por carácter huí cuidadoso,
La bajeza, la vil opresion. . . .
La existencia que habeis inventado
No penetra en mi pobre mansion.
He formado
Este hogar
Sin contar
Con orgullo ni vana ambicion. . . .

Sepultado dejadme en mi asilo,
Incurable, doliente hasta aquí;
Mas si acaso os agobia el hastío
Y quereis acercaros á mí,
El techo mio
Traicion no abriga,
La gente amiga
El umbral reconoce ante sí. . . .

Si su quicio pasais con idea
De engañarme con baja traicion,
Ahondareis las heridas del alma,
Y vereis mi semblante feroz. . . .
Ni paz ni calma
Tendré un momento,
Mi sufrimiento
Os acusa delante de Dios!. . .

Mas si acaso una chispa divina
De verdad me dejais entrever:
En mis ojos, que el lloro ha secado,
Hallareis espresion de placer. . . .
Y sosegado
Mi pecho triste,
Por cuanto existe
No quisiera dejaros de ver!

Ya sabreis si es el odio del hombre
El que me hace del mundo apartar,
Cuando muestre el tesoro divino
Que en silencio he logrado juntar;
Porque el destino
Que me ha tocado
Es ignorado,
Adorar la verdad en mi hogar!

Entre tanto que el mundo no cambie,
Mi tímida puerta cerrada estará,
Y del triste recluso la historia
Sin remedio la misma será.
Su mayor gloria
Vivir oscuro,
Y alzar un muro
Que contraste las ondas del mar!

Mas si un dia, queridos hermanos,
Ruines miserias quereis abolir,
En mi frente, vecina al sepulcro,
Placer puro vereis relucir!

Dejaré luego
La casa mia,
A vuestro fuego
Vendré á reir;
Tristeza impía,
Misantropía,
No sabré lo que quieren decir!

LA TIERRA-FRIA.

A MI QUERIDO AMIGO ABRAHAM TAPIA.

Donde se marchitaba mi existencia
Tú has podido vivir en dulce calma;
Es á veces hermoso el sufrimiento,
Pero es mas bella la quietud del alma.

***

De México en el valle delicioso
Feliz dejaba resbalar mi vida,
Cuando por un destino misterioso
Sentí en el alma dolorosa herida! . . .

Y aborreciendo el esplendente cielo,
La tibia luz y el aire perfumado,
En apartado solitario suelo
Buscó la paz mi corazon llagado.

Las variadas zonas tropicales,
Próximos muestran diferentes climas,
Y al pié tal vez de las nevadas cimas
Se estienden abrasados arenales. . . .

Dejando, pues, bajo su sol de fuego
A México mecido en la alegría,
Pedí el alivio de letal sosiego
A las neblinas de la tierra-fria.

Romántico retiro fué mi asilo
Que en parte ya la destruccion derrumba,
Tan solitario siempre y tan tranquilo
Como el recinto de ignorada tumba.

Los verdes musgos, sobre toscas piedras
Su muelle alfombra por do quiera tienden,
De antiguos techos las hojosas hiedras
Sobre paredes rotas se desprenden. . . .

Allí profundizaba mis pesares
Al resplandor de solitaria llama,
Oyendo los monótonos cantares
Del ave triste que las sombras ama.

Érale grato á mi tenaz tormento
Mecerse de la noche en las quimeras,
Mientras silbaba sin cesar el viento
En las cañas de secas sementeras.

Triste la frente, la mirada incierta,
Las vibraciones del reloj contaba,
Y en cada oscilacion me figuraba
Ver alejarse una esperanza muerta!

O bien, abriendo al campo mi ventana,
Inmenso mar de oscuridad veía,
Y el débil brillo de una luz lejana
Donde el pastor sin inquietud dormia.

Del maíz las fantásticas hileras
Un ejército inmóvil semejaban,
Y con eco doliente resonaban
Del indio las canciones lastimeras. . . .

¡Cuán ignorantes y felices viven
Hambrientos y desnudos esos seres;
Y sin cuidar del porvenir, reciben
Indiferentes penas y placeres!

Tanta miseria y tanta confianza,
Tal abandono y tan dichosa vida! . . .
En su inocente corazon anida
La inextinguible luz de la esperanza. . . .

Simpatizando así mi pesadumbre
Con el genio que habita aquel retiro,
Pábulo daba á la espirante lumbre,
Y exhalaban mis labios un suspiro.

La grata calma del nocturno duelo
Entre sus sombras un misterio encierra. . . .
Es evidente que se inclina el cielo
En el silencio, á consolar la tierra.

Y el alma de sus lazos desprendida,
A las regiones del no ser volaba,
Hasta que el dedo ardiente de la vida
El frio hielo de mi sien tocaba!

¡Qué triste es despertar cuando la pena
Cada latir del corazon devora,
En tanto que en la atmósfera serena
Un sol de fuego el horizonte dora!

Mas allí las miradas no ofendian
Imágenes risueñas de ventura;
Lánguidas en la tétrica llanura
Las pálidas neblinas se tendian. . . .

Todo era triste; y al abrir mi puerta
La densa masa de confusa niebla
Que hasta el confin del horizonte puebla,
Se introducia en la mansion desierta!

A lo lejos los árboles gigantes,
Fantasmas de los campos solitarios,
Parecian ancianos vigilantes
Llorando sobre lechos funerarios.

Mas allá, cual pirámide de nieve,
La torre de una rústica capilla
Envuelta casi en el sudario leve,
Dejaba ver su construccion sencilla. . . .

Apenas se percibe un movimiento,
No hay forma bien distinta ni colores:
Solo se escucha el dolorido acento
Del indio que comienza sus labores. . . ,

Al través del confuso cortinaje
De la menuda lluvia que desciende,
Se ve á veces el pálido paisaje
Como ilusion que apenas se comprende. . . ,

En los vagos contornos nebulosos
Los rústicos objetos confundidos,
Parece que fantasmas misteriosos
Pasean por los campos adormidos. . . .

Y el alma en el silencio se adormece
Como la planta que cubriera el hielo,
Sin ver la luz del esplendente cielo
Ni se reduce á polvo, ni florece!

¡Oh tierra de las sombras y del frio!
Para la poca vida que ha quedado
En mi doliente corazon vacio,
Me basta el rayo de tu sol nublado!

SARA DE CÓRDOVA.

ESCENA DRAMÁTICA. *

(UNA JUDÍA JÓVEN. UN INQUISIDOR DISFRAZADO.)

—¿QUIÉN sois y cómo audaz. . . .
—Sara, silencio!
No temas nada. . . . por hablarte y verte . . .
—Ester! socorro! Ester!
—Silencio ó muerte! *(amenazándola con un puñal.)*
Que á todo estoy resuelto, vive Dios! . . .
En tu casa no entré para volverme
Como un imbécil. . . . calla ó te asesino!
—Santo Dios!
—Ya te he dicho que el destino
Con fatídico lazo nos unió!
—Pero quién sois?

* Esta escena pertenece á un drama que se ha suicidado convencido de su poco valer, y temeroso de sufrir el tormento llamado "censura" y otros. . . .

—Un hombre que te adora (*desembozándose.*)
Y que sin tí detesta la existencia;
Un hombre que no mas en tu presencia
Siente agitado el corazon latir.
Yo te amo con delirio, y esta hoguera
Voraz, inextinguible, que me abrasa,
De los comunes límites traspasa
Y sin poseerte yo no sé vivir!
—Callad! callad, y noespereís que nunca
Corresponda á ese fuego que el infierno
Quizá os comunicó, y el Dios eterno
Mira desde los cielos con horror!
—Sara!
—No lograreis amedrentarme,
Pues aunque muerta á vuestros piés cayera,
Hasta el último instante aborreciera
Á un infame cobarde seductor!
—Tú me aborreces, pero yo te adoro,
Tu hermoso rostro mi pasion atiza,
Tu esbelto talle, tu mirar me hechíza,
Y tu ser se apodera de mi ser!
Contigo sueño, con tu imágen vivo;
Por alcanzar la dicha de poseerte,
No me aterra ni el crímen ni la muerte,
Contigo sólo encontraré placer!
Desde que ví tu celestial imágen,
Indefinible afan mi pecho llena;
Y si de tí me alejo, amarga pena
Atormenta mi esclavo corazon!
Ni los arduos cuidados de mi empleo,
Ni en el templo apartarte de mí puedes,

Tu sombra se dibuja en las paredes
Oscuras de la triste Inquisicion! . . .
—Vos un inquisidor!
—Sí! . . . no pretendo
Ocultártelo, Sara; está en mi mano
La espada formidable que el cristiano
Terrible empuña, vengador de Dios!
Sirvo á la inquisicion. . . . yo nada creo;
Mas hago á los herejes dura guerra,
Y hasta no esterminarlos de la tierra,
Sembraré en sus hogares el terror! . . .
—¿Y así un ministro de la fe persigue
Á infelice mujer que no le ofende?
Y un sacerdote del Señor se enciende
En tan impura criminal pasion!
Así puede un ilustre caballero
Que al cinto lleva, como noble, espada,
Despedazar, sin contenerle nada,
De una mujer el débil corazon!
—Yo no soy sacerdote, ni tampoco
Soy caballero. . . . miro con desprecio
Ese vano oropel. . . . no soy tan necio
Que al honor sacrifique mi placer.
Tosco soldado fuí, feroz pirata
En las revueltas olas del oceano,
Mas de una vez el pabellon cristiano
Hice pedazos con altivo pié!
Hoy sirvo al *Santo Oficio* que me cubre
Debajo de su hipócrita careta;
Pero hoy, como ayer, nada respeta
Sobre la tierra el corazon audaz!

Hoy en vez de lanzarme á los peligros
En el ciego furor del abordaje,
Hago el papel de santo personaje
Y rezo y voy al templo. . . . nada mas!
¿Piensas que esta funesta vestidura
Y la hipócrita sombra de mi frente,
Hayan helado el corazon ardiente
Del hijo de la sangre y de la mar?
No! te amo, y serás mia. . . . por lograrlo
A merced del azar juego mi vida:
Ya sabes mi pasion. . . . enternecida
Podrás amarme alguna vez?

—Jamás!

—Jamás! . . . Sara de Córdova! judía
Eres, no me lo niegues. . . . nada ignoro. . . .
Y Samuel y Jacobo. . . . con el oro
Nada puede ocultárseme, lo sé!
Los judíos en México perecen
En la hoguera. . . . mas tú puedes salvarte
Y salvar á los tuyos . . . adorarte
Desde el momento que te ví juré!
—Me dais horror! á mi infelice casa
No venís cual pudiera un caballero,
La asaltais como infame bandolero
Con vil astucia, armado de un puñal!
¿Y decís que me amais? y enfurecido
Me amenazais con horrorosa muerte?
Es mal mas tolerable, menos fuerte,
Que vuestro amor infame y criminal!
—Sara! mil veces resonó en tu oido
Tierna la voz de mi amoroso fuego;

Mas siendo inútil mi doliente ruego,
A la fuerza ya tengo que apelar. . . .
No sé retroceder; ó dulce y grata
Premias esta pasion en que me abraso,
Y á mí te unes con eterno lazo,
O mi ciego furor debes temblar!
—Vete, monstruo infernal! . . . yo nada temo
Limpia de todo crímen mi conciencia,
Aléjate de aquí, que tú presencia
Es para mí el suplicio mas atroz!
Si ardiente sed de sangre te devora
Cruel inquisidor, vierte la mia!
Pero no esperes, no, que una judía
Por vil temor te entregue el corazon!
—A compasion me mueves. . . . si me amas
Te elevaré un altar aquí en mi pecho,
Sola tú sobre mí tendrás derecho,
Y de rodillas yo te serviré!
Mas si esquiva me arrojas. . . . muy en breve
En oscura mazmorra sepultada,
Con tu infame Samuel, vas acusada
Ante los tribunales de la fe! . . .
—Acusados nosotros! ¿cual delito
Nuestra pura inocencia mancharia?
—Tan pronto lo olvidaste? . . . eres judía,
Y en la hoguera tu vida acabará!
Ten piedad de tí misma. . . . tú no sabes
Lo que es el tribunal. . . . mas yo te ofrezco. . . .
Me amarás algun dia?
—Te aborrezco!
—Si me aborreces, Sara, morirás!
—Antes la muerte que tu amor horrible

Penetre al corazon que te detesta,
Antes que amarte, á esa mansion funesta
Cargada de cadenas bajaré!
Y aun allí, libre entre los duros hierros
Podré como á malvado aborrecerte,
Y Dios piadoso me enviará la muerte
Poniendo fin á mi destino cruel!
—Sí! confia en Dios que tu proscrita raza
Ve con placer quemada en una hoguera,
Espera, jóven cándida, sí, espera!
Muy pronto ha de acabarse tu ilusion! . . .
La sola ley que impera sobre el mundo
Es la ley del mas fuerte. . . . á ella me atengo. . . .
Si no cedes á mí, te lo prevengo,
Su infierno te abrirá la inquisicion!
Tres dias te concedo. . . . en ese tiempo
Lo que mas te conviene reflexiona!
Y no pienses no mas en tu persona,
No olvides á tu padre ni á Samuel! . . .
Alguno viene. . . . á esa calleja oscura
Debo volver. . . . por donde? . . . esa ventana. . . .
Nada digas. . . . tu lengua. . . . si liviana
Es con tu amor, te perderás con él! . . .
—¡Huye, traidor. . . . ya se acerca
Mi caballero, su espada
Reduciria á la nada
Tu villana avilantez!
Tú que asaltaste mi casa
Como bandido sin nombre,
Al mirarte frente á un hombre
Te arrastráras á sus piés!! . . .

ORACION INÚTIL. VENGANZA.

TRADUCCION DE SAKENSPEARE.

EL REY.

Me dice la conciencia que mi fatal delito
Exhala hácia los cielos un pestilente olor! . . .
Contra mi crímen se alza eterno, horrible grito,
Del primer fratricida funesta maldicion!

Orar no puedo! . . . en vano quiere elevarse el alma!
Excede el peso enorme del crímen á la fe. . . .
En opuestos afectos vacilante y sin calma,
Hundido en la tiniebla por do empezar no se.

Mas aunque me formase la sangre de mi hermano
Una horrorosa mancha, una costra fatal
Mas pesada y espesa que esta maldita mano, . . .
¿Lavarla no podria la gracia celestial?

¿De qué sirve la fuente de la bondad divina
Si no borra el delito; y de qué la oracion
Si no sostiene al débil que la maldad inclina,
Si no alcanza al culpado el celestial perdon?

Roguemos! sí, roguemos! . . . el crímen está hecho!
Mas ¡ay! ¿de qué manera mi súplica espresar? . . .
Perdon á mi atroz crímen? . . . no tengo, no, derecho,
Y ni débil motivo me queda de esperar! . . .

Imposible! el Eterno jamás, jamás perdona
Al que el fruto del crímen abriga con placer. . . .
Y yo conservo el trono, la esposa y la corona
Que el cruel asesinato me hicieron cometer!

En el mundo con oro la justicia se aleja,
El crímen con sus frutos adquiere impunidad;
Mas allá arriba, inútil es la escusa y la queja,
Y aparece desnuda la horrible realidad!

Qué recurso me queda? del arrepentimiento
Es grande la eficacia. . . . ¿mas cuál es su poder
Con el que arrepentirse no puede ni un momento?
¡Situacion espantosa que me hace estremecer!

¡Oh conciencia tan negra como la muerte misma! . . .
Has caido en el lazo, alma mia infeliz!
Tu esfuerzo miserable te confunde y abisma. . . .
Angeles socorredme! rogad á Dios por mí!

Dóblense mis rodillas y mi altanera frente.
Tú, corazon, las fibras de acero ablanda ya
Cual las del tierno niño al nacer inocente,
Y no es perdido todo. . . . piedad podré esperar!

HAMLET.

La ocasion es propicia. . . . está rezando.
Muera! . . . pero si muere en este instante
Su alma el cielo alcanza
Y no se satisface mí venganza.
Reflexionemos! . . . muere asesinado
Mi padre á manos de ese infame. . . . ahora
Yo abro el cielo al malvado. . . .
Recompensa sería y no castigo!
Él ha muerto á mi padre en una hora
En que sumido en locos devaneos,
Como *al calor del sol crecen las plantas*,
Crecian sus pecados y deseos.
Y quién sabe la cuenta formidable
Que en el severo tribunal del cielo
Habrá rendido al juez inexorable?
Segun la sombra dice, una sentencia
Terrible le condena—¿mi venganza
Será inmolar al pérfido asesino
Cuando el alma prepara y purifica
Para emprender ese fatal camino? . . .
. . . .
Vuelve, espada, á la vaina! . . . espera, espera
El momento de golpe mas terrible. . . .
Cuando en medio de impura borrachera
Duerma, ó furiosa cólera le agite,
Cuando torpes placeres solicite
En incestuoso lecho, ó en el juego,
Cuando blasfeme con impío labio
Y mas distante se halle de salvarse,
Hiérele sin piedad! vuelva la espalda

Al cielo y pueda su alma condenarse
Negra como el infierno que la trague! . . .
Vive asesino! . . . arrastra tu existencia
Y tus días contados. . . . al presente
Te concedo una tregua solamente!

EL REY.

Mis *palabras* se elevan,
Mis *pensamientos* se hunden en el suelo. . . .
A las *palabras solas no oye el cielo!*

LA NOCHE TRISTE.

IMITACION DE LA SEÑORA AVELLANEDA.

El genio en sus momentos de inspiracion adivina lo que no ha visto, y cuando imprime su sello sobre los acontecimientos pasados, no es dado á los hombres cambiarlo.

***.

I

Siniestra y borrascosa
Calló la noche del oscuro cielo
Sobre Tenoxtitlan adormecida,
Que devoraba su profundo duelo,
Ante las plantas de Cortés rendida.
Lluvia tenaz los techos azotaba
Con triste son. . . . en las desiertas plazas
Torbellinos de polvo levantaba
El viento, al par que destempladas quejas,
En torno de los Teócalis oscuros;
Ya penetrando por las altas rejas,
O ya batiendo los macizos muros;

Ninguna voz humana se escuchaba,
Eran do quier profundas las tinieblas:
Y solamente al resplandor escaso
Del eléctrico fuego, se veian
Sombras que espanto al ánimo infundian
Al deslizarse con furtivo paso. . . .
Y un eco sordo, al parecer salido
De las hondas entrañas de la tierra,
Donde yacian los paganos dioses,
Hacia vibrar en el atento oido
El rumor estridente de la guerra;
Mientras la tempestad en lontananza
Sobre el volcan colérica rugia,
Y aguardar impaciente parecia
Hora terrible de fatal venganza! . . .

Inquietos los guerreros de Castilla
Dentro de su apartado alojamiento
Aprestaban las armas y corceles,
Porque un aterrador presentimiento
(Sombra tal vez del inminente estrago)
Habia penetrado en sus cuarteles.
Y no eran ya los fieros adalides
Que arrostraron con bárbaro ardimiento
De Veracruz en las ardientes playas,
El ciego azar de interminables lides. . . .
Ora con inquietud y miedo vago
Recordaban las hórridas crueldades
Cometidas en pueblos inocentes,
Los campos asolados, las ciudades
Destruidas, las vírgenes dolientes
A sus piés arrastrándose angustiadas,

En sus brazos torciéndose llorosas;
Y al filo del acero, ó al deseo,
Con duro corazon sacrificadas,
Sin otro crímen que el de ser hermosas!
Y sin saber por qué les parecian
Inciertos ya los venturosos hados;
Y decreto implacable de la suerte
Que al peso de sus crímenes hallasen,
En los campos de Anáhuac profanados
Aquella noche desastrosa muerte!

En vano al pecho el acerado peto
Con vacilante mano acomodaban
Tras él guardando su terror secreto;
En vano, completando la armadura,
Tras un muro de hierro se escondian. . . .
Al resonar de la flexible malla
Sobre el pecho turbado y afanoso,
No brotaba el aliento generoso
Que asegura del triunfo en la batalla! . . .
Torva la faz, callados, abatidos,
Ceñian el arnés pesadamente,
Halagaban la crin de sus corceles
Con insólito afan. . . . sobre su frente
Se pintaba el espanto, y en el suelo
Quizá buscaban un lugar sin sangre
Donde dormir, bajo estranjero cielo!
Si bien algunos, en su audacia loca,
Alentaban fanática esperanza;
Y endurecidos ya sus corazones,
Revolviendo blasfemias y oraciones
Gozaban al rumor de la matanza!

En tanto Hernan Cortés (negar no puedo
El valor al tirano de mi patria)
Cortés en tanto, inaccesible al miedo,
Bajo de la visera levantada
Dejaba ver el pálido semblante;
Y se apoyaba en su triunfante espada
Con ademan sereno y arrogante. . . .
No se ocultaba empero á su mirada
El pánico terror de sus guerreros;
Y deseando alentarlos á la vista
Para ellos siempre mágica del oro
Que los iba arrastrando á la conquista,
Mandó les descubriesen el tesoro
De Moctezuma. . . , un rayo de contento
Brilló en todos los ojos, . . . la codicia
Animó los semblantes al momento;
Y olvidando peligros y terrores,
A contemplar corrieron con delicia
Los rapaces guerreros castellanos,
Las espléndidas joyas y metales
Que en las venas de América circulan,
Causa fatal de sus acerbos males!

No mas veloz sobre indefensa presa
Se desprende el alcon, . . . ávidas manos
Cuanto pueden abarcan con presteza,
Registran por do quiera los rincones
Trémulas de codicia, sin sosiego,
Tratan de arrebatarse mútuamente
El botin anhelado. . . . brilla el oro
Un momento fugaz, brilla el acero
Despues desnudo á los voraces ojos

Del torpe y ambicioso compañero
Que esperando lograr otros despojos,
Aplaza la venganza, se retira,
Y á todas partes codicioso mira! . . .
No racionales seres parecian
Bregando sobre el suelo polvoroso,
Donde con ansia torpe se arrastraban;
Sino fieras que en antro cavernoso
Se disputan con furia devorante
Un pedazo de carne palpitante!
Al verlos los guerreros de Tlaxcala,
Dejaban asomar sus blancos dientes
Con sardónica risa, recordando
Que en tiempo no remoto, aquellas gentes
De instintos tan mezquinos y feroces,
A las que el oro la razon perturba,
Les parecieron inmortales Dioses!

Joyas, metales, ropas y plumajes,
Todo fué arrebatado y conducido
Con voraz avidez á los vagajes;
Quedándose además cada soldado
Inminente la lid, mas que debiera,
Con el botin magnífico abrumado!
En tal momento, aprovechó el caudillo
El frenesí de la codicia hispana.
Ordenóse la marcha: algunas horas
Antes que despuntase la mañana,
Salió la tropa de ávidos tiranos,
De terror y codicia poseida,
Sin parecer notaban su partida
En profundo estupor los mexicanos!

Ejemplo dando á su animosa guardia,
Cortés y Sandoval iban delante:
Despues el escuadron desordenado
De Tlaxcala, fijando á retaguardia
Su pié sangriento el bárbaro Álvarado!

II

A favor de la noche tenebrosa
Cual conviene á tiranos y bandidos,
Atravesó la tropa silenciosa
De la ciudad los barrios y cuarteles
En profundo silencio sumergidos.
Ni una palabra sola, ni un acento,
Pronuncia el español ni el tlaxcalteca. . . .
Cuanto es dable contienen el aliento:
Y si marca el corcel una pisada,
Estienden por los ámbitos oscuros
Recelosa é inquieta la mirada.
El metálico son de sus tesoros
Ahogan, y el rumor de la armadura. . . .
Tal vez escucha su áspero crujido
El feroz enemigo guarecido
Entre las sombras de la noche oscura,
Do lo desvela inquieto la esperanza
De que aun ofrezcan sus vencidos dioses,
Algun dios favorable á la venganza!

Así temblando jefes y soldados,
De la imperial Tenoxtitlan salian;
Y de temor y de botin cargados,
Su salvacion de las tinieblas fian.

Y cual si el sueño derramado hubiera
Letal sopor en todo cuanto existe,
Sus ojos solo hallaban por do quiera,
Favorables á un tiempo y azarosas,
Las mudas sombras de la noche triste!

Atrás, dejando la ciudad dormida,
Despues de larga marcha silenciosa,
Asentaron la planta en las calzadas
Guerreros y corceles, respirando
Cual si tornasen á sentir la vida,
Con júbilo las brisas perfumadas
De la orilla florida,
Donde, al vaiven de las serenas olas,
Flotando van magníficos jardines
Cubiertos de claveles y amapolas.
Allí el brio recobran y el aliento
Los opresores de region tan bella:
Y creyéndose libres de peligro,
Alzan al cielo fervoroso acento
Dándole gracias por su buena estrella! . . .

Al mismo tiempo del oscuro lago
Se alzó vibrante fúnebre gemido,
Que en los lejanos montes repetido,
Llenó de espanto el horizonte vago! . . .
Eléctrico terror de los guerreros
Invadió el corazon. . . . aquel acento
Vencedor del silencio de la noche,
Parecióles un grito de contento
Por el genio del mal articulado. . . .
Y quedaron inmóviles las filas,

Fija la vista y el oido atento,
Sucumbiendo al horror inesperado,
Cual tropa de fantasmas colosales
Que creyendo tocar el paraiso,
Pisasen las regiones infernales! . . .
Cada guerrero penetrar intenta
La sombra espesa de la noche oscura;
Y en hondo afan el sepulcral silencio
Que reina en torno, interrogar procura. . . .

¿Cuál puede ser el genio que á deshora
Turbó la calma de la noche fria?
¿Un grito fué de bárbara alegría,
O triste acento de mujer que llora?
¿Acaso el viento al revolver las olas
Causa importuno ese rumor siniestro
En torno de las huestes españolas? . . .
¿Y las sombras que surgen en el lago
Y se deslizan rápidas y mudas,
Son acaso las almas condenadas
De los tiranos, que al dejar sañudas
La mansion infernal de los dolores,
Allí se agolpan, con sonrisa fiera,
A despedirse por la vez postrera
De sus amedrentadòs vencedores? . . .

No! fiero Hernan! el corazon de bronce
Apercibe á la lid, son los esclavos
Que tu planta pisó! . . . rotos los hierros,
Ora te asaltan cual leones bravos,
Ora se acercan con el odio audaces
A destrozar tus fugitivas haces,

A cebarse en la bárbara matanza,
Y apagar en tu sangre aborrecida
La abrasadora sed de la venganza,
O terminar el odio con la vida!
Los mexicanos son! bien puedes verlos
Del relámpago al cárdeno vislumbre,
Aproximarse en número infinito,
Cubriendo la confusa muchedumbre
De leves barcas, el revuelto lago
Desde la falda del volcan sublime,
Hasta donde las aguas silenciosas
Con peso enorme la ciudad oprime!
Los mexicanos son! ¡bravos guerreros
Del quinto Cárlos! que la cruz divina
Signo de salvacion para la tierra,
Llevais unida á bárbaros aceros,
Hasta do el mundo de Colon termina!
Los mexicanos son! aventureros
Rapaces de Castilla. . . . es imposible
Salud hallar en vergonzosa huida. . . .
Allí está el indio en su furor terrible,
Las águilas de Anáhuac os rodean:
Mirad si el hierro salva vuestra vida,
Mirad si el fuego cambiará la suerte;
Y pues que sois los dioses de la guerra,
Atestad de cadáveres la tierra,
O recibid ignominiosa muerte!

III

¿Cómo pintar los bárbaros horrores
De la nocturna lid?—el negro manto

De la noche piadosa los cubría;
Si bien escenas de furor y espanto
La luz fugaz del rayo iluminaba,
O las teas, que manos convulsivas
Llevaban sobre el campo de la lucha,
Reflejando sus llamas vacilantes,
En la pálida frente de los muertos
O de sangre en los charcos humeantes!
A la honda calma que momentos antes
Reinó en el lago, sucedió el ruido
Sin transicion. . . . . el bárbaro alarido
De inmensa muchedumbre enfurecida
Subió al cielo, venganza demandando;
Mientras sobre las olas resbalando
Rápidas barcas, miles de guerreros
Ébrios de saña, de venganza ansiosos,
A estrellarse volaban animosos
En el corto escuadron de los iberos,
Que ya depuesto el pánico desmayo,
Los aguardaba firme en las calzadas
Las aceradas manos preparadas
Para lanzar sobre su frente el rayo!

Fué horrible y desigual el primer choque!
Apenas los aztecas alcanzaron
La peligrosa orilla, brotó el fuego
En hirviente volcan de los cañones;
Y los guerreros, que en su arrojo ciego,
Saliendo de las aguas se lanzaron
Frente á los bronces, con altivos pasos,
Volvieron á caer sobre las olas
Informes masas, hechos mil pedazos!

Mientras otros que el fuego recibian
Del arcabuz en el desnudo pecho,
Trémulo el pié sobre el recinto estrecho,
Ante el armado vencedor caian! . . .

Mas ¿á qué describir tantos horrores?
La pluma se resiste, y el aliento
Me falta. . . . al remedar el ronco acento
De la muerte y los bélicos furores,
Paréceme que en torno se levantan
Torvos fantasmas de mirar terrible,
Pálida faz, sangrientas cabelleras,
Que con aullidos de rabiosas fieras
Bebiendo sangre la venganza cantan! . . .
Y que van sepultándose en el lago
Mil víctimas, con ansias congojosas,
Sobre bultos estraños y deformes
Cerrándose las aguas silenciosas.
Mientras el negro genio del abismo
Meciéndose en las nubes agitadas,
Gozándose en el triste fatalismo,
La destruccion de infieles y cristianos
Aplaude con sonoras carcajadas!

Horrible noche! . . . al fin el claro día
Asomó sobre el campo de batalla,
Revelando la atroz carnicería
Cumplida en las tinieblas—por do quiera
La luz del sol hería,
En los fragmentos de acerada malla
Sembrados en el polvo, en la cimera
Hollada, y el escudo relumbrante,

Y el solitario casco desprendido
De la sangrienta frente,
Que á cubrir en la lid no fué bastante!
Los mónstruos espantosos
De doble forma, y de veloz carrera,
Hijos del raudo viento,
Están sin movimiento
Tendidos en la plácida ribera!
Los hijos de los dioses,
La estirpe esclarecida
De los genios divinos del Oriente,
Están allí, la vencedora frente
En el polvo, y sin vida!
Y mas allá, bajo árbol magestoso
Sentado Hernan Cortés, rota la espada,
La cabeza inclinada
Sobre el herido pecho,
Al ver de sus guerreros los despojos
De sus ardientes ojos
Una lágrima vierte de despecho!

SONETOS.

LA MUERTE DEL SALVADOR.

SONETO.

Se ve del sol á la dudosa lumbre,
Una cruz triste, un Dios agonizante,
Y la llorosa Vírgen palpitante
Del Gólgota fatal sobre la cumbre.

Relámpagos de cárdeno vislumbre
Atraviesan la esfera cada instante;
Y el huracan en el confin distante
Ruge para mostrar su pesadumbre.

Del monte en tanto hebreos y romanos
Bajan, de Dios huyendo los enojos,
Tintas en sangre las cobardes manos,

De espanto lleno el corazon impío;
Jesus los ve con moribundos ojos,
Y murmura: «perdona Padre mio!»

GALILEO.

SONETO.

En un rincon de su prision oscura
Callado el genio con dolor suspira
Ante un fantasma que delante mira,
De triste faz y negra vestidura.

Es el inquisidor que grita: «¡abjura!»
Renuncia de tu herética mentira!
Dí que la tierra está. . . . «la tierra gira»
Le contestaba el sabio con dulzura.

Airada planta hiere el pavimento;
Y por oscuro callejon torcido
Asoman el verdugo y el tormento. . . .

Al punto triunfa la ignorancia aleve;
Y esclama el sabio, triste y abatido,
«Y sin embargo, siento que se mueve!» . . .

AL CASTILLO DE CHILLON.

SONETO DE LORD BIRON.

Nunca tu luz resplandeció mas viva
¡Oh sacra libertad! que entre prisiones,
Que allí tienes tu trono en corazones
Que solamente tu beldad cautiva!

Siempre que á un héroe saña vengativa
Sepulta vivo en negros torreones,
De allí la libertad de cien naciones
Sale en alas del aura fugitiva!

Oh Chillon! tus mazmorras espantosas
Un templo son—sus huellas estampadas
Dejó Bonívard en tus yertas losas.

Jamás, jamás se borren sus pisadas,
Que están allí sobre el impuro suelo,
De los tiranos apelando al cielo!

AL LAGO LEMAN.

SONETO DE LORD BIRON.

ROUSSEAU, Voltaire, Gibbon, Stael divina!
Hermoso Leman! esos nombres bellos
Muy dignos son de tí; y es digna de ellos
Tu encantada ribera peregrina!

La gloria de esos sabios ilumina
Tus bordes con magníficos destellos,
Y marca el genio con eternos sellos
Tus nobles monumentos en ruina. . . .

En recompensa, tu ideal belleza
A quien cruza tus olas argentadas,
Revela dulcemente la grandeza

De esas ardientes almas inspiradas,
Que en su heroísmo asombran á la historia,
Realizando los sueños de la gloria!

A D. SANTOS DEGOLLADO.

SONETO.

¡Cuantas veces negó con faz airada
La instable diosa su favor al bueno!
Por premio hallaron un letal veneno
Sócrates y Focion, Bruto la espada!

Mas cual rechaza un dardo la acerada
Cota, el heróico corazon sereno,
De altas virtudes y grandeza lleno,
Contrasta el hado sin turbarle nada!

¡Oh de mi patria ilustre ciudadano!
Si la sombría reina de los mares
Te acusa injusta, con empeño vano,

Al ver tu noble abnegacion y brío
Grecia clamára. . . . ven á mis altares!
Y la severa Roma: . . . es hijo mio!

A GUATIMOCZIN.

SONETO.

¡Víctima ilustre del destino aciago,
Que persigue á la América inocente!
No necesita tu gloriosa frente
De la fortuna el mentiroso halago!

Calló destruida la ciudad del lago
Ante la planta de estranjera gente;
De Moctezuma el trono delincuente
Se desplomó con espantoso estrago.

Pero sobre las ruinas colosales
Que causaron terror á los mortales,
¡Águila del Anáhuac, moribundo!

Te levantaste tú, grande y hermoso,
Concentrando en tu pecho generoso
El heroismo del perdido Mundo!

DESPUES DEL BAILE.

SONETO.

En el salon donde pasó la orgía
Está la hermosa jóven, reclinada
Sobre oriental divan, aprisionada
En blanda seda y rica pedrería.

En la llama de pálida bujía
Fijaba indiferente su mirada,
A tiempo que en la estancia perfumada
Se deslizó la claridad del dia. . . .

En la torre vibrando el bronce herido
La alborada sonó, solemne y grave
Himno que eleva al Hacedor la tierra. . . .

La jóven en el pecho ahogó un gemido,
Derramando una lágrima que sabe
Todo el dolor que en el placer se encierra!

A LOS POETAS MEXICANOS.

SONETO.

¡Genios de mi país desventurado,
Cuanto en la soledad habeis sufrido!
Cada verso inmortal es un gemido,
Cada risa un sollozo sofocado. . . .

Yo, con el corazon despedazado,
Cual niño vacilante os he seguido,
Por un campo de sangre enrojecido,
De marchitos laureles alfombrado!

Mas pedid al dolor nueva armonía,
Si de un hermano en sombras del ocaso
Algo merece el espirante ruego. . . .

Ved qué respira Italia todavía,
Donde llanto de sangre vertió Tasso,
Y lloró el Dante lágrimas de fuego! . . .

¡LACRIMARUM FONS!

SONETO.

¡Cuan solitario aquel hogar que un dia
Llenó de gozo tu paterno celo!
Y cuan oscuro me parece el cielo
Sobre la losa de tu tumba fria!

En vano busca la flaqueza mia
En la sagrada religion consuelo:
Fijos los ojos en el triste suelo
Buscando van tus huellas todavía. . . .

Y no derraman lágrimas; que el llanto
Al desatar sus plácidos raudales,
Benigno alivia el interior quebranto;

Y yo ni gozo de apacible calma,
Ni pudiera espresarse con señales
El hondo afan que me devora el alma!

A MICHOACAN.

SONETO.

PATRIA de Ocampo! cuna de Morelos!
Brillante zona de un Eden perdido!
Entre tus flores mi primer gemido
Turbó la calma de tu dulce cielo. . . .

De mil bellezas tu fecundo suelo,
De mil tesoros se halla enriquecido;
Y la opresion en vano ha pretendido
Oscurecerlas con sangriento velo.

Tus hijos predilectos son dechado
De amor patrio, virtudes y talentos,
Y herencia noble al espirar te dejan. . . .

¡Feliz yo si los duros sufrimientos
Que mi sensible pecho han desgarrado,
Lumbre de gloria sobre tí reflejan!

La siguiente traduccion del «Preso» de Lord Biron, sólo puede considerarse como una pálida sombra del original. Sirva esta franca manifestacion para poner á salvo, entre los defectos del traslado, el mérito indisputable del poema.

Si el eco débil y casi perdido de la poesía del cantor de Child Harold, logra despertar un sentimiento generoso y arranca una lágrima de compasion en favor de los desdichados presos, quedarán plenamente satisfechos los deseos del traductor.

EL PRESO.

POEMA DE LORD BIRON.

Eternal spirit of the chainless Mind!
Brightest in dungeon Liberty thou art!

I

Blanco está mi cabello!
Mas no en verdad porque los tardos años
En él dejáran al pasar su sello;
Ni le ví en una noche encanecido,
Como á otros infelices asaltados
De improviso terror ha sucedido.
Yertos están mis miembros y doblados;
Mas no por los afanes
De una existencia activa:
Al contrario, la influencia corrosiva
De forzado reposo

Los redujo á ese estado, porque fueron
Triste presa de oscuro calabozo;
Y mi suerte la de esos desdichados
A quienes sin piedad se les destierra
Del trato humano, á perdurable duelo,
Y les prohiben contemplar la tierra,
Gozar del aire y del azul del cielo!
Por sostener la fe de mis mayores
Llevé cadenas, afronté la muerte. . . .
Mi padre, como mártir animoso,
No esquivando jamás el sufrimiento,
Con heróico valor perdió la vida
En el horrible lecho del tormento,
Confesando su fe: la misma causa
A esta oscura prision aborrecida,
Arrojó á su familia desvalida!
Éramos siete. . . . el fanatismo insano
A seis despedazó. . . . quedé yo solo!
Cinco heróicos mancebos y un anciano,
Que terminaron su infeliz carrera
Tal como la empezaron, oponiendo
Noble orgullo é intrépida enerjía,
A la rabia de odiosa tiranía!
Uno espiró en las llamas devorantes,
En los combates dos. . . . su sangre pura
Entusiastas vertieron;
Y ofreciéndola toda en holocausto
Al Dios que sus tiranos detestaban,
Como su padre, por la fe murieron!
De tres, en una cárcel sepultados,
A dos piadosa libertó la muerte:

Yo soy la única tabla del náufragio,
Que aun sufre los rigores de la suerte!

II

Existen en el hondo calabozo
De Chillon, siete góticos pilares
Negros y tristes..... los alumbra apenas,
Con pálido desmayo,
Un moribundo rayo
De sol, que acaso resbaló perdido
Al través de la bóveda sombría,
Por estrecha abertura,
Y arrastra luego en la humedad impura
Inspirando mortal melancolía,
Cual fosfórica luz que en el verano
Se ve vagar en lóbrego pantano!
Fijo á cada pilar está un anillo,
De cada anillo cuelga una cadena.....
Ay! esos yerros roen lentamente
Los miembros de los presos infelices....
Mirad! como recuerdo de mi pena,
Dejaron en mi cuerpo estas señales
Que no se borrarán mientras exista!
Do quier irán conmigo,
Hasta que hundido al peso de mis males
La grata luz del sol pierda de vista....
Esa luz pura, para mí tan nueva,
Que mirarla no pueden sin enojos
Mis doloridos ojos,
Acostumbrados á perpetua noche
Durante tantos años.... no recuerdo
Su número.... ¡ay de mí!... perdí la cuenta

El dia que mi hermano desdichado
Cansado de sufrir, murió á mi lado!

III

Uno á cada pilar encadenaban;
Y siendo tres en la prision sombría,
Estábamos allí juntos y solos!
Apenas la cadena permitia
Dar un paso, posible era mirarnos;
Mas la luz macilenta que alumbraba
En la sombra los pálidos semblantes
Tanto nuestras facciones alteraba,
Que en algunos instantes
Por un fatal y doloroso engaño,
Cada uno en su interior se figuraba
En su hermano infeliz ver un estraño!
Hallándonos así juntos y solos,
Sintiendo nuestros brazos las cadenas,
Y causando su peso insoportable
Sufrimientos doblados
A nuestros corazones destrozados,
Era un alivio á tan horribles penas
Oir de nuestras voces el sonido,
Interrumpiendo el silencioso duelo
Cada cual á su turno,
Con algunas palabras de consuelo!
Uno contaba la olvidada historia
En crónicas antiguas consignada;
El otro al son de una cancion de guerra
Hacia robustos despertar los ecos
En el profundo seno de la tierra. . . .
Mas aun este placer tan inocente

Pronto acabó. . . . tomaron nuestras voces
Un acento confuso y estridente,
Eco de la prision, sordo, angustioso,
Bien distinto del que antes producian,
Lleno de encanto libre y armonioso!
Sin duda fué fantástica quimera
Que mi débil espíritu turbaba;
Mas nuestro acento para mí no era
El que en las altas bóvedas sonaba! . . .

IV

Yo era el mayor; y mi deber sin duda
Alentar el valor de mis hermanos. . . .
Hice, en verdad, cuanto me fué posible
Y los otros tambien: el mas pequeño
A quien amaba con pasion mi padre,
Porque eran sus facciones fiel diseño
Del apacible rostro de mi madre,
E igual á ella en sus hermosos ojos,
Blandos y azules como el mar en calma,
Era el que mas me destrozaba el alma!
Y aunque faltase el maternal cariño,
¿Quién no mostrára corazon sensible
Viendo encerrado á tan precioso niño
En un lugar tan tétrico y horrible?
Era tan bello como el claro dia
(Cuando era el dia para mí mas grato
Que á las soberbias águilas que vuelan
En el espacio, llenas de alegría).
Bello como uno de esos dias polares
Hijos del sol, bajo el ropaje frio
De la nieve, que sombra no conocen

Hasta el morir de prolongado estío.
Y á su belleza el jóven apreciable
Reunia un corazon cándido, amable,
Y una mente tan pura y tan serena,
Que su ingenua alegría
Únicamente lágrimas tenia
Para llorar la desventura agena!
Entonces sí, corrian ardorosas
De sus ojos dos fuentes,
Como bajan, en ondas presurosas,
Crecidos con la lluvia los torrentes! . . .

V

Era igualmente generoso y puro
El corazon del otro; mas templado
Para la lucha y el combate duro.
Ágil, robusto, activo y denodado
En los azares de naval armada
Muriera con placer como valiente
Sonriendo á la lid ensangrentada;
Mas no estaba formado ciertamente
Para languidecer en las prisiones;
Al ronco son de la cadena odiosa
Se estremecia su alma generosa!
Observé que en silencio declinaba
Su valor, ¡ay de mí! tambien moria
El que en mi triste corazon quedaba! . . .
Y sin embargo cuanto pude hice
Por contrastar los golpes de la suerte,
Y libertar de desastrosa muerte
A mi hermano infelice.
Él era un cazador, en otro tiempo

Ligero, audaz y lleno de alegría,
Al ágil ciervo, al carnicero lobo,
En las patrias montañas perseguia. . . .
La tenebrosa cárcel
Para él era un infierno;
Y el peor de los males verse vivo
De sepultura lóbrega cautivo,
En honda calma y en silencio eterno!

VI

El Léman baña los macizos muros
De Chillon. . . . bullen sus profundas ondas
A mil piés bajo de ellos (á lo menos
Eso miden las sondas
Desde los blancos muros del castillo)
En un islote solitario se halla,
Formando á las murallas por do quiera
El turbulento lago otra muralla.
Dobles prisiones! una eternamente
Firme, callada, en pié—la otra viviente!
El subterraneo oscuro que de tumba
Nos sirvió tanto tiempo, está cavado
Bajo el nivel del lago, de manera
Que en torno noche y dia
Su triste y ronco rebramar se oia;
Y las olas monótonas pasando
Sobre nuestras cabezas en las rocas,
Continuamente estaban azotando.
En el invierno con violencia suma
Al través de las rejas
Se introducia su blanquizca espuma,
Mientras corrian olas agitadas

Por los vientos, que libres y felices
Gozarse parecian
Ejerciendo su loco poderío
En la estension inmensa del vacio. . . .
Entonces de la bóveda al cimiento
Temblaba la prision estremecida,
Como si amenazando nuestra vida
A desplomarse fuera—aquel momento
Aguardaba yo siempre alborozado,
Porque al menos la muerte
Me hubiera para siempre libertado!

VII

Os dije que el mayor de mis hermanos
En silencioso afan se consumia,
De tan larga prision al peso enorme
Su corazon heróico sucumbia.
Inmóvil y callado
Rehusaba el alimento;
No por ser tan escaso y miserable,
Ni por mal preparado,
Pues avezados á la dura vida
Del cazador, nos importaba poco
La tosca calidad de la comida.
A la leche que en tiempos mas dichosos
Las cabras en el monte nos brindaban,
Habia el carcelero sustituido
Agua hedionda y revuelta de los fosos. . . .
El negro pan, del tiempo endurecido,
Era el mismo que riegan con su llanto
Todos los presos, desde el dia horrible
En que el hombre, tornándose insensible,

Formó cavernas con rigor tirano,
Donde como á una fiera peligrosa,
Hizo encerrar á su infeliz hermano! . . .
Tan dura privacion para nosotros
Era bien poca cosa—no era esa
La causa que abatia
Del noble corazon la fortaleza.
En medio de palacio suntuoso,
Rodeado de placeres y de halagos,
Su aliento generoso
Tambien desfalleciera, si negada
La facultad le fuera de lanzarse
A las quiebras y cimas de los montes,
Do recorrer pudiese su mirada
Bellos é ilimitados horizontes. . . .
¿Por qué rehusa relatar mi labio
La funesta verdad? . . . murió! . . . yo mismo
Le ví espirar, sin que me fuera dado
Sostener en mi seno su cabeza,
Ni tocar con la mia
Su débil mano, y estrecharla fria!
En vano con furor desesperado
Quise romper mis hierros. . . . murió el triste!
Y abrieron sus verdugos la cadena
Para bajarlo á helada sepultura,
Que en el suelo cavaron
De la prision oscura!
Yo entonces, como grande beneficio,
Pedí que su cadáver se enterrara
Donde del sol la claridad llegara,
Pues de improviso me asaltó la idea

Que el alma libre de mi pobre hermano
Reposar no podria
Quedando el cuerpo en la prision sombría!
Tan estériles ruegos
Debiera yo omitir. . . . únicamente
Con irónica y fria
Sonrisa contestaron
Y el pálido cadáver sepultaron!
Tierra estéril sin céspedes ni flores
Cubrió en el velo del eterno olvido
A nuestro pobre hermano tan querido!
Su cadena, cesando el movimiento,
Quedó pendiente sobre el suelo ingrato,
Lúgubre signo, triste monumento
Del cruel asesinato!

VIII

Y tambien él. . . . mi jóven favorito
La flor mas estimada
De mi pobre familia desdichada,
El apacible niño
Que fué desde la cuna dulce objeto
De nuestras atenciones y cariño,
El hermoso retrato de mi madre
Que todos sus hermanos adoraban,
Último pensamiento en la agonía
De nuestro padre mártir. . . . por él solo
Mi vida en el dolor se sostenia,
Pues aun no abandonaba la esperanza
De que lo sostuviera mi consuelo,
Y volverlo algun dia
Al aire libre y á la luz del cielo!

Él tambien, que hasta entonces conservára
Su ingénita alegría
Por celestial inspiracion sin duda,
Comenzó á declinar, cual flor que hiere
El ábrego abrasado con su soplo,
Inclina el tallo, se marchita y muere!
Oh Dios! siempre es terrible
Ver cual dirige á otra region el vuelo
El ánima inmortal, cualquiera sea
La forma en que se lance
A la sublime altura
Abandonando la materia impura. . . .
Yo la he visto volar entre torrentes
De sangre. . . . yo la ví sobre las olas
Airadas debatirse convulsiva;
Y hasta el ardiente lecho y el martirio
En que se agita agonizando el crímen
Lleno de espanto, presa del delirio. . . ,
Horrores repugnantes! . . . mas la muerte
De mi hermano en estremo lastimosa
Sin esa forma horrible y espantosa,
Era la consuncion lenta y segura
De antorcha vacilante que se apaga. . . .
Moria el pobre niño
Con sonrisa tan pura,
Con languidez tan suave y hechicera,
Que un pecho de diamante
Al contemplarlo así se conmoviera!
No derramaba lágrimas. . . . acaso
Sensible y generoso,
Sufria por los tristes que quedaran

Cuando él muriera en este mundo odioso!
El bello colorido
De sus mejillas, animado siempre,
Desafiar la muerte parecia;
Y en efécto, no fué desvanecido
Sino á la última hora, semejante
Al vaporoso velo
Con que en su último rayo
Tiñe el arco iris el azul del cielo!
Sus ojos irradiaban
Tan esplendente claridad á veces,
Que el negro calabozo iluminaban. . . ,
No exhaló ní una queja,
Ni siquiera un suspiro
Por su funesto fin. . . . grato le era
Acordarse de tiempos mas dichosos;
Y habiéndose apagado su esperanza,
Risueño me decia
Que aun la guardaba entera,
Niño infeliz, por alentar la mia!
Porque abatido, triste, silencioso
Estaba yo cual si cadáver fuera,
Viendo que ya el momento era venido
De sufrir el tormento mas horrible
Y en lo íntimo del alma ser herido! . . ,

. . . .

Cuando ya sus gemidos sofocados,
Indicio de los últimos momentos,
Mas débiles se hicieron y penosos,
Escuché con el alma congojada
Y el corazon latiente. . . . no oí nada.

Y alcé la voz llamándole . . . . el delirio
Trastornaba mi mente. . . .
Sin esperanza ya por un momento
Engañarme queria
Y alejar de su muerte el pensamiento!
Le llamé una vez y otra. . . . débilmente
Sonó al fin en mi oido
Un lánguido gemido. . . .
Hice un horrible esfuerzo. . . . la cadena
Rompióse y arrojéme hácia mi hermano. . . .
Su cadáver hallé. . . . todo era en vano!
Ya no existia, solo yo quedaba
Con vida, respirando el aire impuro
Del calabozo oscuro!
En él tambien estaban mis hermanos
Uno en la tumba, bajo el suelo impío,
Y cubriéndolo el otro
Con su cadáver frio!
No conservé ni libertad ni aliento
Para cambiar de sitio. . . . entre mis manos
Otra mano estreché sin movimiento,
Dura, helada. . . . la mia
Tambien estaba inanimada y fria!
No sé qué me impidió morir entonces
Sin libertad ni amor sobre la tierra;
Mas la fe me vedaba
Acojerme á la muerte
Para evitar los golpes de la suerte!

IX

Qué aconteció despues? no supe entonces
Ni despues lo he sabido. . . . caí al suelo

Mudo, insensible á lo que en torno habia:
A la existencia, y á la luz y al aire
Y aun á la misma oscuridad sombría....
No alumbraba mi mente el pensamiento,
Ni el destrozado corazon latia
Por algun sentimiento.
Era como una piedra inanimada
En medio de las piedras de la cárcel,
Sin conservar conciencia de mí mismo,
Tal como aislada roca rodeada
De nubes en el borde de un abismo....
Todo en mi derredor estaba yerto,
Confuso todo, inconcebible, incierto....
No era la noche ni tampoco el dia,
Ni la luz de la cárcel tan odiosa
A mi vista turbada.
Era el caos profundo, era la nada
Absorviendo el vacio.
Era una horrible calma sin reposo....
Ya para mí no habia
Tierra ni cielo, tiempo ni existencia,
Ni crímen ni virtud; sino el silencio!
Un soplo vago, una quietud inerte
Que no era ni la vida ni la muerte!
Mar inmensa, estancada,
Sin claridad ni límites precisos,
Inmóvil y callada!

X

Una luz repentina
Mi espíritu alumbró.... cantaba una ave
Con acento suave

Interrumpiendo de improviso el canto
Y volviendo á empezar con nuevo encanto! . . .
Era un dulce sonido
El mas armonioso y agradable
Que ha resonado en el humano oido. . . .
Mi pecho nuevo aliento respiraba,
Mi corazon latia agradecido,
Y mis ojos erraban por do quiera,
Al grato sentimiento
Olvidando mis penas un momento!
Tornaron poco á poco mis sentidos
A recobrar la calma: ví de nuevo
La húmeda tierra, los macizos muros,
Los góticos pilares,
Y aquel rayo de sol que de la altura
Descendia al través de la hendedura.
Era allí donde el pájaro armonioso
Por dicha habia posado,
Cual si la áspera roca fuera el árbol
Donde su nido hubiese colocado.
Era un pájaro hermoso
De espléndido plumaje,
Y sus cantares mil cosas decian
Que al parecer á mí se dirigian. . . .
Como yo, parecia estar privado
De un tierno compañero;
Mas él estaba menos angustiado. . . .
Sin duda vino allí compadecido
Para que la afliccion no me matára,
Y para amarme cuando ya no habia
Nadie que con su amor me consolára.

Yo no sé si la jaula abandonando
Tímido y receloso todavía
De gozar y ser libre
En mi prision á reposar venia;
Pero yo desdichado
Sabia cuan horrible es estar preso
Para no desear, pájaro amado,
De tu preciosa libertad privarte
Aunque me complacia dulcemente
Oir tu grata voz y contemplarte!
¿Era tal vez un mensajero alado
Que á visitarme del Eden bajaba
En tan hermosa forma? . . . un pensamiento
Perdónemelo Dios, llorar me hizo
Y sonreir en el primer momento.
Imaginé que bien pudiera el ave
Ser el alma dichosa de mi hermano
Que descendiera á mi prision amante;
Mas no era así. . . . su vuelo
Alzó á los aires dentro de un instante;
Y si mi hermano fuera
¿Abandonarme en la prision pudiera?
Nunca mi hermano me dejára solo,
Solo como cadáver en la tumba,
Solo como la nube abandonada
En un cielo sereno, nube oscura
Que no debe mostrar su faz odiosa
Cuando la tierra sonriendo goza
Y brilla el sol en la celeste altura!

XI

Mutacion increible

Hubo en mi suerte desde aquel momento. . . .
El carcelero se mostró sensible
A mi hondo padecer. . . . la causa ignoro.
Su corazon á la piedad cerrado
Estaba acostumbrado
A escenas de dolor. . . . los eslabones
De mi cadena fueron destrozados
Y no volvieron á reunirlos, tuve
Libertad para andar en las prisiones!
Y por burlar la lentitud del tiempo
Iba vagando en todas direcciones
Junto al muro y en torno á los pilares;
Mas evitaba cuidadosamente
Pisar las tumbas de mis dos hermanos,
Pues si acaso marchando distraido
Pensaba que mi planta profanaba
Su sepultura fria,
Mi aliento se agotaba,
El corazon saltárseme queria,
Y súbito furor desesperado
Agitaba mi espíritu turbado!

XII

Hice unos escalones en el muro. . . .
No por huir de la prision. . . . la tierra
Ocultaba en su seno
A cuanto amé en la vida: el mundo lleno
Para otros de placeres, á mis ojos
Solo inmensos desiertos ofrecia
Y una prision mas vasta que la mia.
Ya ni padres, ni hijos,
Ni hermanos, ni parientes, ni un amigo

Que de mi suerte atroz fuera testigo!
Y esta idea fatal me consolaba,
Tanto el dolor mi mente perturbaba!
Mas tenia deseo
De subir una vez hasta las rejas
Por descubrir hermosos horizontes,
Y reposar mis ojos fatigados
Sobre las altas cimas de los montes!

XIII

Los ví por fin! inmóviles y eternos!
No habian cambiado como yo! . . . brillaba
Cándida nieve en sus altivas cimas,
A sus piés ondulaba el lago inmenso,
Y tocando las olas plateadas,
Arrastraba sus aguas azuladas
El rio melancólico. . . . á mi oido
Llegaba el son del rápido torrente
Despeñado en las rocas y raíces
Que pone á descubierto la corriente.
Ví á lo lejos el blanco caserío
De la ciudad, y las graciosas velas
Cuyo contorno vago
Veloz cruzaba el cristalino lago.
Una preciosa islita, sobre todo,
Me cautivó, pequeña
Cual mi prision; pero feliz, risueña,
Cubierta de verdura,
Blando nido de amor y de ventura!
Todo lo hallaba hermoso,
Todo á la vez magnífico y sencillo. . . .
Los peces jugueteaban en el lago

No lejos de los muros del castillo,
Y allá perdida en el azul del cielo
La águila audaz lanzábase tranquila
Meciéndose en las ráfagas del aire. . . .
Nunca creí tan rápido su vuelo,
Ni nunca tanto la envidié tampoco! . . .
A mi pesar me conmoví. . . . rodaron
Mis lágrimas en fuerza de mi pena,
Y sentí haber dejado
Por un breve momento mi cadena!
Cuando bajé al recinto de la cárcel,
Hallóla tenebrosa con exceso,
Sus sombras sobre mí se desplomaron
Como un inmenso insoportable peso.
Fué para mí como una nueva tumba
Que encima de la antigua se cerraba;
Sin embargo, mis ojos fatigados
Por la vista del sol esplendoroso,
Necesitaban ya de aquel reposo!

XIV

Trascurrieron los meses y los años
Sin que yo los contase. . . . la ventura
No volvió á sonreirme. . . . yo esperaba
Hallar en la prision mi sepultura
Y nada mas: entonces de improviso
Vinieron á decirme que era libre,
Y no les pregunté por qué quebraban
Mis cadenas, ni dónde me llevaban!
Érame ya del todo indiferente
Pasar mi vida entera en las prisiones
O volver á habitar entre la gente.

Amaba el sufrimiento de manera,
Que cuando me ordenaron que saliera,
Consideraba aquellos tristes muros,
El gótico pilar y el suelo frio,
Como un templo sagrado
Por el continuo padecer ya mio!
Las lágrimas vinieron á mis ojos
Y se angustió mi pecho,
Cual si de nuevo fueran á arrancarme
Al dulce abrigo del paterno techo! . . .
En fin, de aquel retiro
Salí con los recuerdos de mis penas;
Y amando hasta mis hierros y cadenas,
Torné á la libertad con un suspiro!! . . .

HORAS PERDIDAS.

TERCERA PARTE.

Prisma brillante, pronto te rompiste,
Ilusiones de amor, habeis pasado,
Y al pobre corazon solo ha quedado
Una memoria dolorosa y triste.

Fernando Calderon.

El paraiso del mundo quedó agostado el primer día de su eflorescencia: no hay que buscar flores ni juncos para tejer una corona, sino tomar un tronco viejo y ahuecado por los gusanos, para arrojarnos al mar de la vida y dejarnos llevar del viento que conduce á la playa desconocida de la eternidad. . . .

Fernando Orozco.

UN RECUERDO DE TERNURA

A MI AMADO PADRE.

Insuevit pater optimus hoc me
Ut fugerem exemplis vitiorum quæque notando:
HORACIO.

EL tierno amor de mis primeros años
Todavía florece, padre mio,
Aunque está el triste corazon tan frio
Como el mármol que guarda tu ataúd:
Siempre que pasa tu adorada sombra
Delante de mi vista oscurecida,
El pobre corazon vuelve á la vida
Respirando un perfume de virtud.

Tras el oscuro velo de la muerte
Todavía descubro tus facciones,
En que las agradables impresiones
Del paternal cariño recibí.

Todavía me llena de contento
La espresion de tu risa placentera,
Y me angustia mirar tu faz severa
Si alguna vez te disgusté ¡ay de mí! . . .

La inclinacion primera de mi alma
Tuya fué candorosa y espresiva;
Mas era una atraccion sólo instintiva,
Era no mas acorde vibracion.
Ora que los amargos desengaños
Despertaron mi oscura inteligencia,
El afecto filial es mi creencia
Y son tuyos mi amor y mi razon!

El menos digno de tus tiernos hijos
Guarda una idea que su dicha encierra:
Entiendo padre amado que en la tierra
Ninguno como yo te comprendió.
El misterio precioso de tu pecho
Escondido del vulgo indiferente,
Lámpara solitaria siempre ardiente,
A nadie como á mí se reveló! . . .

¡Cuantas veces cruzando por tu frente
La huella sorprendí del pensamiento!
Cuantas la suave luz del sentimiento
Tus miradas sublimes alumbró!
Mas al tocar la indiferencia fria
Escollo del espíritu que siente,
El pensamiento devoró la mente,
El entusiasmo al corazon volvió!

La sensibilidad mas delicada
De tu alma celestial era la esencia,
Ternura que embellece la existencia,
Y que el mundo no sabe comprender. . . .
Un rayo de entusiasmo generoso
De mezquino interés purificado,
A un ideal hermoso consagrado,
Era el vital aliento de tu ser.

Misterios de placeres y dolores
Tu clara inteligencia comprendia:
El sufrimiento ageno y la alegría
Nunca ocultos pasaron para tí.
Y una dulce, benévola sonrisa
De caridad divina perfumada,
Una tierna, simpática mirada,
Eran de tu alma la espresion feliz.

En presencia de sabios orgullosos
Callaba siempre tu modesto labio,
Aunque en la mente de un ilustre sabio
Tu infancia hermosa inspiracion bebió,
Aunque atrevida en tu alma generosa
Los gérmenes primeros de la ciencia
Sembró aquella profunda inteligencia
Que libertar un mundo concibió. *

¡Mas con cuanto placer recuerda mi alma
Y con cuanta ternura nuestros viajes,
Por los desiertos páramos salvajes
Que prolongan al Norte su estension! . . .

* D. Miguel Hidalgo.

Era tan imponente aquella escena,
Era por mí tan tierno tu cariño,
Que lo que allí sentí cuando era niño
Siempre hará palpitar mi corazon! . . .

El sol, despues de hundirse en el ocaso,
Dejaba largas ráfagas de fuego,
Entre tanto que en plácido sosiego
La creacion mirábamos entrar.
Refrescaba la brisa nuestra frente,
Y á la luz del crepúsculo dudosa
Iban tomando forma caprichosa
Las encinas, las rocas, el palmar.

Entonces, estrechándome á tu lado,
Era de mi alma celestial encanto
El escuchar con entusiasmo santo
De tu paterna voz el dulce son.
Entonces aprendí cosas sencillas
Que el alma comprendió con alegría,
Y que tras largos años todavía
Consuelo y norte de mi vida son!

Entonces en mi pecho una creencia
Fijó tu voz con dulces vibraciones,
Que ni el fuego voraz de las pasiones
Ni los sofistas borrarán jamás.
Allí mientras el vago panorama
Mostraba una region desconocida,
Me hiciste comprender que hay otra vida
De que es esta la sombra nada mas!

El dulce nombre de la cara patria
Con entusiasmo ardiente pronunciabas,
Y en mi alma enternecida despertabas
La idea de un amor, de una pasion. . . .
Al oir de los héroes mexicanos
Las acciones brillantes y gloriosas,
Creí mirar sus sombras generosas
Vagando entre las ráfagas del sol!

Al pié selvoso de áspera montaña
Que ya profunda oscuridad velaba,
La luz de nuestro campo se fijaba
Sintiéndose el desierto en derredor. . . .
Quizá tras el follaje del palmero
El salvaje sangriento se escondia. . . .
Qué importaba? . . . tu labio me decia
Que en el cielo por mi velaba Dios!

Un Dios! la libertad! el heroismo!
El culto de lo bello y lo sublime. . . .
Ardiente caridad para el que gime,
Al enemigo injusto perdonar. . . .
De la verdad el culto sacrosanto,
Del patriotismo el noble sentimiento,
Bendecir al Señor en el tormento. . . .
¡Cuan fecunda y magnífica moral!

¡Feliz yo si pudiera ser el eco
De una de sus hermosas concepciones!
¡Feliz si sus divinas ilusiones
Alguna vez pudiera realizar!

¡Dichoso si en el seno de los hombres
Cuando son presa de fatal locura,
Una gota de aquella virtud pura
Mi torpe voz pudiera derramar!

Virtud y ciencia, y nobles sentimientos
Pasaron de los hombres ignorados,
En tu sensible pecho sepultados,
Cual joyas de grandísimo valor.
Y es que no mas en la celeste calma
Ciertas flores exhalan su perfume,
Y mientras el aroma se consume
Solo se digna respirarlo Dios!

Delante de un tirano detestable
La multitud imbécil se prosterna,
Olvida en su retiro á el alma tierna,
Dulce fuente del bien, ángel de paz!
Apenas si al cerrarse su sepulcro
Vaga en el eco su ignorado nombre,
Y en el helado corazon del hombre
Un latido se siente de piedad....

Al sepulcro tocaste, como llega
Al fin de su obra misteriosa el sabio,
La postrera palabra de tu labio
Fué un homenage santo á la verdad.
En vano el implacable fanatismo
Vertió su hiel sobre la paz de tu alma,
Sonriendo pisaste en dulce calma
El umbral de la oscura eternidad!

Hoja marchita que arrebata el viento,
Sombra que agitan penas y pasiones,
Yo le pido á la tuya inspiraciones
Y en el alma las siento resonar!
Es la esencia de noble pensamiento
Que eternamente en la memoria dura,
Es ideal de mágica hermosura
Que en el seno de Dios vive inmortal!

Nada mas bello encontraré en el mundo,
Es lo demás descolorido y frio. . . .
No me abandones nunca, padre mio,
Y hallaré en el naufragio salvacion. . .
Si al salvar los linderos del sepulcro,
De esta existencia sacudiendo el sueño,
Tu rostro paternal miro risueño,
Será señal que me perdona Dios! . . .

HIDALGO.

Un Dios se torna el hombre cuando inflama
Su corazon la refulgente llama
        Del sublime heroismo,
Y alzándose como águila altanera
Nada conoce en la creacion entera
        Superior á sí mismo!

Si del excelso cielo el rayo ardiente
Se lanza atronador sobre su frente,
        Le mirareis sereno;
Y sereno tambien si en dura guerra
Se agitan mil volcanes de la tierra
        En el profundo seno!

Por eso cuando el vulgo amedrentado,
Lívido el rostro, trémulo, callado,
        En el polvo se abate,
Él con placer la tempestad respira,
En su fragor terrible el alma inspira
        Y se lanza al combate!

Tales fueron los héroes que en sangrienta
Lid, Zaragoza altiva nos presenta
En sus rotas murallas;
Desafiando los hierros y la muerte,
Porque su noble pecho era mas fuerte
Que las templadas mallas!

Y aun mas sublime al opresor tirano
Hidalgo hirió con poderosa mano
El corazon impuro,
Y despertó la patria envilecida,
Como vuelven los muertos á la vida
Desde el sepulcro oscuro!

De tres siglos los duros eslabones
No bastan, no! . . . prendió en los corazones
La llama de la gloria;
Y al estallar de Libertad el trueno,
Sonrióse el héroe y aguardó sereno
La muerte y la victoria!

Libertad! escuchaba por do quiera
Del uno al otro mar en la ribera
El español tirano. . . .
Venganza! libertad! en sus oidos
Repetia con fúnebres gemidos
El huracan insano.

Y donde el grito aterrador se escucha
Corren en medio de ardorosa lucha
Rios de sangre hirviente:
Que tras larga opresion á Dios le plugo
La víctima inocente y el verdugo
Colocar frente á frente!

Es en vano que lance sus conjuros
El tribunal que atiza entre sus muros
El fuego del infierno;
Es en vano. . . . mirad que el anatema
Baja del cielo, vuestra frente quema
El rayo del Eterno!

Jamás apartarán de los valientes
Ante las huellas, sus hermosas fuentes
Los lagos y los rios;
Jamás el sol ocultaráse adusto,
Ni oirá el Eterno Juez, sublime y justo,
Vuestros votos impíos!

Bajo el amparo del benigno cielo,
En breve tiempo ocupará este suelo
Un pueblo generoso,
Que si llora su suerte desdichada,
No doblará la frente resignada
Al despotismo odioso!

Mas ¡oh Dios mio! el corazon se oprime!
No ha de alcanzar el vencedor sublime
La aurora de su gloria;
Debe espirar, el pecho traspasado,
De libertad ante el altar sagrado
Cual víctima expiatoria!

En torno del patíbulo sangriento,
Con ecos de dolor turban el viento
Los fúnebres tambores. . . .
Sereno el rostro, sosegada el alma,
Pisa la tumba con solemne calma
El héroe de Dolores!

Murió! . . . mas del sepulcro solitario
Salió, envuelta en el fúnebre sudario,
La sombra venerada,
E invisible á la inmensa muchedumbre,
Para vencer la odiosa servidumbre
Les arrojó su espada!

Dó quiera que cesaba el ardimiento
Se le oia gritar con firme acento:
Independencia! guerra!
Hasta que roto el oprobioso lazo,
Satisfecha tornó con firme paso
A su lecho de tierra!

¡Venid, profanadores de los muertos!
A remover esos despojos yertos
Que proteje la gloria;
Y ya que tanto vuestro orgullo humilla,
No dobleis ante el héroe la rodilla,
Insultad su memoria!

Apartad á las vírgenes que gimen,
A cuantos con respeto el labio imprimen
En sus frios despojos;
Y ante esa tumba ¡oh genios superiores!
Haced pedazos las hermosas flores
Y derramad abrojos!

Siniestra brille la incendiaria tea,
El recuerdo de sangre que aun humea
La discordia acreciente:
Que así al mundo dareis sublime ejemplo,
Y de la gloria tocareis al templo
Con la radiosa frente!

Tú, padre de la América, tranquilo
Descansa en paz en tu postrer asilo:
El reptil asqueroso
Que va arrastrando en el hediondo cieno,
No mancha al sol que baja al hondo seno
Del océano grandioso!

Descansa en paz! que por tu sangre pura
Un pueblo libre en voz solemne jura,
Que si la adversa suerte
Quiere imponerle de la infamia el sello,
Preferirá sin doblegar su cuello
A la cobarde esclavitud, la muerte!!

ITURBIDE.

I

(1821.)

En fúnebres lechos de rojos laureles
Los héroes de Anáhuac rendidos yacian;
Sus viles tiranos gozosos reian
Mostrando á los pueblos el yugo fatal. . . .
    Mas bajando Iturbide á la arena
    Levantó con audacia la frente,
    Y turbóse el poder insolente
    Al oirle gritar: Libertad!

Dejando el sepulcro, sedientas de gloria,
Circundan al héroe mil sombras queridas
Que en lucha terrible perdieron las vidas
Por dar á su patria renombre eternal!
    Y el heróico puñado de bravos
    Que en el Sur esquivaba los hierros,
    El silencio turbó de sus cerros
    Con un grito de gozo marcial!

Cruzando las ondas de límpido lago,
El grande Iturbide y el noble Guerrero
Se estrechan la diestra con gozo sincero
Jurando reunidos morir ó vencer!
¿Por qué tiembla el tirano orgulloso
Que fundó en la traicion su derecho?
Amagando su pérfido pecho
Vió de pronto mil hierros vibrar!

En tanto en el éter sereno se asoma
De un ángel hermoso la faz placentera,
Y libra á los vientos la noble bandera
Do amantes se enlazan la gloria y la union....
Y al momento, del suelo oprimido
Sube un coro apacible, armonioso,
Se estremecen las almas de gozo
Dulce llanto los ojos nubló!

Ya lanzan al polvo cadenas y aceros
Bajando las frentes los fieros hispanos:
Ya no hay opresores.... se estrechan las manos,
Palpitan los pechos de amor paternal!
Ya respira la patria oprimida,
Y al espacio sublime del cielo
Levantando nuestra águila el vuelo,
Al sol puro se atreve á mirar!

Los campos sangrientos recorre Iturbide
Desnudo el acero, buscando tiranos;
Mas viéndose en medio de amigos y hermanos,
Desprende la oliva del casco marcial!

Ni una flor deshojó el ardimiento
De sus nobles triunfantes corceles;
Abrumados de verdes laureles
Vióles México alegres tornar!.

El sol baña el cielo y el gozo las frentes;
Con rostro risueño las hijas hermosas
De México, cubren al héroe de rosas
Latiendo su seno con grata emocion. . . .
Allí marchan sus fieles guerreros
Al acento de graves clarines;
Y resuenan los patrios confines
Con mil ecos de gloria y amor!.

Tras siglos eternos de luto y oprobio
La tierra de Anáhuac despierta, palpita,
Y el pueblo sus masas inmensas agita
Por ver los pedazos del trono español!
Así al fin de una noche siniestra
Su placer el marino no agota,
Si le alumbran, la nave ya rota,
Junto al puerto las luces del sol!.

Tan dulces trasportes, tan bella esperanza,
Cobija en sus pliegues la noble bandera:
Al ver de Iturbide la frente guerrera
La patria lo aclama feliz vencedor! . . .
Fatal genio le da una corona
Que fulgores siniestros destella. . . .
Mas hermosa su frente sin ella
Con su propio inmortal esplendor!

II

(1823.)

Un cielo cubierto de cárdenas nubes
Anuncia severo las iras divinas,
Los vientos se agitan, y en tristes ruinas
Mostró la discordia su rostro feroz!
Iturbide, proscrito y errante
Busca en playas lejanas abrigo. . . .
Él la gloria llevaba consigo,
El furor en su patria quedó!

Ahogando del alma tenaz sufrimiento
De pié sobre el barco que lento se mueve,
Aun ve de su patria las cimas de nieve
Allá en el oscuro brumoso confin.
Aun parécele hallarse rodeado
En el campo de fieles guerreros,
Y que ve relucir los aceros
Y que escucha sonar el clarin! . . .

Por eso en su labio vagó una sonrisa,
Si al pié de su trono venganza buscára
De viles traidores la sangre bañára
Las áridas costas que ciñen el mar. . . .
Mas quien dió libertad á su patria,
Se sublima en la gloria y perdona,
Y ama solo la rica corona
Que á la Iberia le supo arrancar!

Allá está dormida la virgen morena,
Dos mares la arrullan con plácidas olas,

Si no la profanan manos españolas
Se debe á tu espada que el yugo quebró!
Ya sus lagos agita la brisa:
Sin el ceño de injustos señores
En los campos espigas y flores
Ilumina mas fúlgido sol!

Bastante luchaste, guerrero invencible,
Con viles traidores y gente estranjera;
Si el suelo de Anáhuac salvarse pudiera
Hallára en tu diestra la dicha y la paz. . . .
Cruza, pues, las amargas llanuras,
Y en la itálica tierra reposa,
O en la reina del mar nebulosa,
Y á este suelo no tornes jamás!

III

¿Y quién desde el borde de estrañas regiones
Miró indiferente su patria querida?
Y cuál de tus hijos, ¡oh México! olvida
Tu suelo encantado, tu mágico Eden? . . .
Quien de niño respira tus brisas
Y miró tu magnífico cielo,
Si el destino lo lanza á otro suelo
Halla sombra y tristeza do quier. . . .

No importa! al destino los héroes contrastan
Con pecho invencible, con frente serena,
Ya sople la brisa, ya cruja la entena
Y en el roto puente desplómese el mar.

Iturbide padece en silencio
Olvidando rencores y agravios;
Ni una queja pronuncian sus labios,
Ni un gemido se le oye exhalar.....

Oh! nunca dejáras del Támesis frio
La orilla nublada, do en rica indigencia
Sobre áridas rocas fundó la opulencia
El pueblo atrevido que al mar dominó!
Una mancha de sangre en mi patria
Un cadáver de menos hubiera;
Y al Eterno quejarse pudiera
Del destino sangriento y atroz.....

La voz del combate conmueve á Iturbide:
Oyendo el crujido de odiosa cadena
Que en manos de ocultos tiranos resuena,
Su noble ardimiento no es dado calmar.
«Nueva gloria en mi patria si es noble,
«Si es ingrata, la tumba en su seno!...
Y de nuevo confiado y sereno
Da su barco á las ondas del mar!....

En vano aparece, cual triste presagio,
Insólita sombra que vaga perdida
En medio al océano, mostrando la herida
Que inunda de sangre su manto imperial....
Tristemente el guerrero sonrie
Y se vuelve impaciente hácia el viento,
Deseando el felice momento
En que torne la patria á pisar!

En vanó al mostrarse la tierra de Anáhuac
Parece una vírgen de luto velada:
En vano en las sombras de noche callada
Un fúnebre grito las playas turbó. . . .
¿No será la discordia que huyendo
A las ondas amargas se lanza,
Destrozada su horrible esperanza
Ante el héroe que ya la venció? . . .

Tocaron tus plantas las playas fatales
A nobles patriotas, al genio que brilla:
Allí está la tumba! . . . allí está Padilla!
Allí está el cadalso que el crímen alzó!
Allí están los esclavos cobardes
Que del yugo fatal libertaste,
Esos brazos que tú desataste
Cavarán tu postrera mansion! . . .

IV

(1824.)

El yerto cadáver tendido en el polvo,
Al pié del cadalso conmueve y aterra. . . .
Al correr su sangre se agita la tierra
Sintiéndose herida del rayo de Dios!
Un silencio de muerte suspende
En los pechos helados la vida. . . .
Al insano furor parricida
Ya sucede el espanto, el horror. . . .

Tendió sobre el crímen la noche su velo;
Y el mar azotando la playa doliente,

Acoge y saluda con voz imponente
La pálida sombra del libertador!
 Ni la aurora ahuyentó la tiniebla,
 Triste velo de luto y de muerte
 Va cubriendo á la América inerte
 Sepultada en amargo dolor. . . .

Solo el pálido genio de Anáhuac
Vaga errante en las cimas de nieve,
Y á mirar hácia el cielo se atreve
Implorando piedad y perdon. . . .
Mas en vano: que el cielo indignado
En tinieblas veló la esperanza. . . .
La discordia rugiendo se lanza
A cumplir la fatal maldicion!!

SUICIDIO
DEL GENERAL TERAN.

AL SEÑOR

DON JOSÉ MARÍA LACUNZA,

EN MUESTRA DE SINCERA
GRATITUD.

Y hoy ¿dónde el jefe está? dónde está el sabio,
El campeon denodado,
Que allá en nuestras fronteras colocado,
El solo al estranjero detenia,
Y un ejército entero nos valia?...

JOSE MARIA LACUNZA.

TRISTE como la pálida sonrisa
Que vaga de un cadáver en los labios,
Muere la luz en el opaco cielo
De confusos vapores anublado.
No es ya la noche; mas la tarde fria
Del moribundo sol sigue los pasos,
Y la naturaleza silenciosa
Parece hundida en fúnebre letargo.

Tras el velo de pálidas neblinas
Que confunde los límites del campo,
Solo se escucha murmurar el rio
Sus adormidas aguas arrastrando:
El agudo silbido de la brisa
Cuando conmueve con su soplo helado
Las ramas del espino macilento
Y vuelve á reposar en el espacio:
O el graznido del ave solitaria
Que confunde la niebla con el lago!
¿Qué se hicieron del rústico paisaje
La variedad y delicioso encanto?
¿Adónde huyó la llama de la vida,
Dónde el matiz de los floridos prados?
Cubierto está como una jóven bella
Bajo los blancos pliegues del sudario. . . .
Todo inspira mortal melancolía,
Todo induce al espíritu turbado
A desprenderse de ilusiones bellas,
Grato perfume de floridos años,
Para lanzarse en tenebrosas dudas
Reviviendo funestos desengaños;
Y hastío destructor de la existencia
Viene á oprimir el corazon helado. . . .

En medio de ese vasto cementerio,
Con doliente ademan y lento paso,
Como una sombra entre las otras sombras
Se ve vagar un jóven solitario,
Cuya pálida frente enamorada
Acarició la gloria con sus rayos,
Fijos los ojos en el mustio cielo,

Y en el noble semblante revelando
Una alma ardiente ya sin esperanza,
Un corazon sensible desgarrado!

¿Por qué, (pensaba con dolor profundo)
Por qué las flores y gloriosos lauros
Que en santa lucha conquistó mi espada,
Al coronar mi frente se secaron?

¿Por qué las realidades mas hermosas
Se vuelven humo despreciable y vano;
Y si gozar de una ilusion ansío
Solo mezquinas realidades hallo?...

¿Cual implacable genio me condena
A inquirir con empeño temerario
La misteriosa esencia de las cosas
Hallando en todas triste desencanto?

La gloria, los honores, la riqueza,
La ciencia y el amor tuve en mis brazos,
Y despues de placeres fugitivos
Nada en el alma triste me han dejado,
Sino la horrible duda y el vacio
Y sed ardiente que á saciar no alcanzo!...

¿Adónde es ido el venturoso tiempo
Que de jóven beldad enamorado,
Preso en lazos de flores, reclinaba
La candorosa sien en su regazo,
Mientras las horas rápidas volaban
Exentas de dolores y cuidados?

Ay! por mi mal el corazon marchito
Para la dicha se tornó de mármol;
Y la ciencia funesta de la vida,
Filtrando al corazon veneno amargo,

Hizo que el alma indiferente viera
De la pasion el mentiroso halago
Apagarse en el hielo de la ausencia,
Morir en el hastío y el cansancio.

En aquel tiempo el alma enardecida
De patriótico amor al fuego santo,
El apacible hogar abandonaba
Palpitando mi pecho de entusiasmo,
Si sonaba el clarin, nuncio de guerra;
Y animoso lanzándome en el campo,
Enseñé con mi ejemplo á los valientes
A combatir al opresor tirano!

Mas de una vez sobre su tibia sangre
De mi corcel los cascos resbalaron:
Mas de una vez el castellano orgullo
Se humilló ante el esfuerzo mexicano,
Y ceñidas las frentes de laureles
Al dulce seno del amor tornamos! . . .

Y á qué la sangre derramada entonces?
¿A qué vida y honor sacrificando,
Ir á buscar desesperada muerte
En el acero de opresor estraño,
Si despues en el seno de la patria
Vimos alzarse despreciables bandos,
Y el lauro que arrancára nuestro brio
La frente coronó de los malvados?

¿A qué romper de Iberia las cadenas,
Si el alma envilecida del esclavo
Saca del polvo miserables dioses,
Y es tan fecunda en producir tiranos? . . .
Mi esperanza murió. . . . viles rencores,

Ambiciones, proyectos insensatos
Do quiera ví, . . . pasiones detestables,
Corazones heróicos mancillando:
La sencilla virtud menospreciada,
En su lugar los vicios adorados,
Por el furor sacrílego cubiertos
De horror y sangre los altares patrios. . . .
El campo donde el soplo de los libres
Hizo brotar guerreros esforzados,
En triste erial se convirtió cubierto
Con sangre generosa de mis bravos. . . .
Un amigo busqué, bajo mil formas
Me mostró el interés su rostro falso! . . .
Lejos huí de la mezquina corte,
Lejos huí de sus oscuros antros;
Y la paz del espíritu doliente
Pedí á las soledades de los campos. . .
¡Oh desiertos del Norte! parecidos
Al Eden primitivo, rebosando
De los hermosos dones que el Eterno
Vertió en mi patria con benigna mano. . . .
Allí los horizontes infinitos
Se muestran á los ojos admirados:
Allí regando los eternos bosques
Los rios caudalosos y los lagos:
Allí la voz de la naturaleza
Resuena como en medio del océano. . . .
¡Cuantas veces perdido en los senderos,
Por la planta del hombre no tocados,
Cuantas en la montaña inaccesible
Halló consuelo el corazon llagado!

Luego en la calma del hogar tranquilo,
Revolviendo los libros de los sabios,
Comprender intentaba los prodigios
Que admiraron mis ojos extasiados. . . .
Horas dulces, tranquilas, misteriosas,
Cuando del mundo entero abandonado,
Me inundaban delicias celestiales
De la creacion ante el sublime cuadro!
Fué tambien ilusion! . . . pronto cayeron
En insondable abismo desplomados
Mis pensamientos gratos, sucediendo
En el alma la duda y el cansancio. . . .
Plegó la fe sus alas. . . . apagóse
La llama de mi férvido entusiasmo.
Todo pasó: mentira los amores!
Mentira de la gloria los halagos!
Mentira las promesas de la ciencia. . . .
Mentira los oráculos del sabio! . . .
¡Ay de mí triste! cual doliente sombra
Sin esperanza sobre el mundo vago,
Y el yerto sol de la terrestre vida
Me parece que brilla sobre el caos.
¿Qué me queda que hacer? mi afan ardiente
Pueden los hombres comprender acaso?
¿Y puedo yo por tenebrosa senda
Seguir tranquilo sus torcidos pasos,
Ocultando el desprecio que me inspira
La mezquindad de sus proyectos vanos? . . .
Jamas! . . . huyamos del mortal hastío
Que me está lentamente devorando. . . .
Mas dónde? . . . el mal sobre la tierra dura,

Y todo lo que es grande y elevado
En breve instante se marchita y muere,
Dejando el corazon hecho pedazos. . . .
La muerte, sí, la muerte es mi esperanza,
Solo en su frio seno reclinado
Encontraré la paz, único voto
Que formar debe el corazon del sabio! . . .

. . . .

Anublóse su frente: una sonrisa
De sublime demencia por sus labios
Pasó fugaz, y su mirar ardiente
Interrogaba el horizonte vago,
Y allá entre el denso velo de la niebla
Creyó mirar la descarnada mano
De la muerte cavando su sepulcro,
Y amorosa llamándolo al descanso. . . .
Su razon se turbó. . . . pero latiendo
El corazon con golpe acelerado,
Alzaba, antes de helarse para siempre,
Una oracion al númen soberano,
Mientras tomando el invencible acero,
Tan funesto á traidores y tiranos,
La aguda punta se apoyó en el pecho,
Y cayó sobre el pomo desplomado,
Sublime en su dolor, dejando el mundo
Con la muerte del último romano! . . .

Así se apaga un corazon sensible
Lleno de sentimientos elevados,
Que los hombres destrozan friamente,
Sin maligna intencion y sin notarlo,

Siguiendo ciegos el brutal instinto,
A la necesidad encadenados.
Así ¡oh mi patria! una columna tuya
Se destruyó por misterioso arcano,
Por su propia grandeza derrumbada,
Por su própio valor hecha pedazos!
El insensible filo del acero
Término puso al existir del sabio,
Del mismo modo con que muere el crímen
En dia para México nefasto!

. . . .

Apenas con la sangre del suicida
La tierra se manchó. . . . . bajó al ocaso
El sol, se desplomaron las tinieblas;
Y la rápida lumbre del relámpago,
Sobre el cadáver que nadaba en sangre
Dejó caer su resplandor aciago,
Cual si un genio infernal en el vacío
Avivando sus ojos inflamados,
Del huracan meciéndose en las alas
Se gozase en la sangre y el estrago. . . .
Y un acento doliente y lastimero
De la América triste, amargo llanto
De la patria infeliz desesperada,
Oyó al morir el héroe mexicano!

. . . .

OCAMPO.

¿Y no es mejor con gloriosa herida
Pasado el corazon yacer sin vida
Sobre el sangriento suelo,
Que arrastrarse cual míseros reptiles
Ante las plantas de tiranos viles
Y respirar bajo del mismo cielo?

¿Y no es la tumba bienhechor abrigo
Al que mira indignado de un amigo
El cadáver delante,
Y en llanto estéril de dolor deshecho
Siente despedazársele en el pecho
El corazon de angustia palpitante?

Ah! sí! mil veces tu sangrienta tumba!
Eterna maldicion al que sucumba
Al infamante yugo!
Bajar al centro de la tumba helada
Víctima sin piedad sacrificada,
Antes que respirar con tu verdugo!

Mas qué logra el furor? . . . destino aciago
Pesa sobre la patria, horror y estrago
Su patrimonio han sido:
En su sangriento suelo cada instante
Sofoca el opresor con voz tonante
De la inocente víctima el gemido. . . .

Si acaso brota alguna flor hermosa,
Cruel mano enemiga la destroza
Y la arroja en el cieno. . . .
Si un héroe alza la faz, si un genio brilla,
Lo hiere al punto bárbara cuchilla
O la calumnia con letal veneno!

Apenas un instante respiraba
Esa patria infeliz, antes esclava,
Nuevo golpe la hiere,
No bien de libertad sonó la hora
Y despuntaba su risueña aurora,
El noble Ocampo asesinado muere!

Increíble maldad! . . . hele allí muerto!
Solo nos queda ese cadáver yerto
De aquel genio divino. . . !
Fué dado á la oprobiosa tiranía
Crear, al soplo de su rabia impía,
Para tal corazon un asesino!

Gócese, pues, porque ha tendido un velo
De luto universal, de inmenso duelo
A distancia infinita:
En los confines últimos del mundo
Para llorar un crímen tan profundo
Tal vez un noble corazon palpita!

Ocampo fué una luz resplandeciente,
Una feliz inspiracion viviente!
Noble genio que gime
Con la opresion, con el ageno agravio;
Ocampo era elocuente, justo, sabio,
Y en el amor de su pais sublime!

En la patria sus prendas elevadas
Mal comprendidas fueron ó ignoradas
En tanto que vivia;
Así como á ninguno ya sorprende
El claro sol que al firmamento asciende
Porque en Oriente asoma cada dia!

Ay! de ese bello corazon ya frio
Se derramaba un abundante rio
De acciones generosas,
Tan fácil, dulce y sosegadamente
Como ligera linfa trasparente
Que se desliza entre apacibles rosas.

La dulce celestial beneficencia
Fué de ese noble corazon la esencia;
Y tan grata le era
Como le es respirar á los vivientes:
Como es á los tiranos inclementes
Sangre y horror acumular do quiera.

¿Cuál despreciado é infeliz mendigo
No halló en su techo hospitalario abrigo
Y en él un tierno hermano?
¿Qué víctima inocente y desdichada
En injustas cadenas aherrojada
No libertó con generosa mano?

Dígalo el estupor, el mudo espanto
Que su muerte causó: dígalo el llanto
Que brotando del alma
Al escuchar el crímen execrable,
En cada pobre choza miserable
Sonó turbando la nocturna calma!

Ocampo, el grande Ocampo, no era un sabio
Sin corazon: por su elocuente labio
La caridad hablaba,
Hablaba la virtud, y su creencia
Digna de su elevada inteligencia
Al Ser Supremo en la verdad buscaba;

Todo, todo acabó. . . . su triste amigo
A visitar se llega sin testigo
Su tumba bienhechora,
Y ve que allí dobles laureles crecen. . . .
Los hijos de la sombra le aborrecen,
Y la ilustrada humanidad lo llora.

AL CORONEL

D. JOSÉ CALDERON.

. . . . Illum ex mœnibus hosticis
Matrona bellantis tirani
Prospiciens, et adulta virgo
Suspiret. . . .

HORACIO.

Al ronco son de fratricida guerra
Partió. . . . ¿Sentis estremecer la tierra
Con el arranque fiero
De su corcel? . . . lanzóse á toda brida
Por el furor la frente enardecida,
Y fulminando el victorioso acero!

Partió. . . . su acento intrépido revela
Bélico ardor, y pues al campo vuela
En pos de eterna gloria,
Aprestadle magníficos laureles;
O bien, si recelais hados crueles,
Labradle ya su lápida mortuoria!

Fuerte escuadron de intrépidos soldados,
Cual águilas volando alborozados
A la sangrienta lucha,
Del héroe imitan el ardor intenso. . . .
Brillan sus lanzas entre polvo denso,
Su ronco grito resonar se escucha! . . .

Devoran animosos la distancia
Los férvidos corceles. . . . la arrogancia
Del contrario se abate;
Y sus masas se agitan y disuelven
Como las hojas secas se revuelven
Cuando furioso el huracan las bate. . . .

Victoria! libertad! mas ¡ay! se agita
Trémulo el bronce; y un volcan vomita
De destruccion y muerte. . . .
Envuelto en polvo y en sudor sangriento
Desplómase un guerrero sin aliento. . . .
Es Calderon. . . . ¡oh desdichada suerte!

Templad, templad por un fugaz instante
En presencia del cuerpo palpitante
El furor parricida:
Que al ver la patria al héroe moribundo,
Resiente en lo mas íntimo y profundo
Del corazon, la dolorosa herida!

Ni vil flaqueza imagineis ¡soldados!
Esa que en vuestros ojos abrasados
Lágrima triste rueda;
Que de tanto heroismo é hidalguía,
Gloriosa prez de México algun dia,
Ese mísero polvo es lo que queda!

Miradle allí! . . . su manantial no agota
La noble sangre, y á torrentes brota
Enrojeciendo el suelo;
Y de sus ojos que la muerte oprime
Por siempre fija la espresion sublime
En muda queja se dirije al cielo! . . .

Su mano empuña la brillante espada
Jamás vencida, nunca mancillada
Por la traicion impura;
Algun dia la patria, en noble ejemplo,
La vendrá á suspender como en un templo
Al mármol de su noble sepultura!

Era un héroe. . . . murió! . . pero su mano
Hizo temblar al opresor tirano,
Y acojerse á las olas
De sus amedrentados batallones,
Mientras al mismo pié de sus cañones
Ondeaban las rojas banderolas!

Era un héroe. . . . murió! . . . pero la arena
Quedó de sangre y de despojos llena
Un espacioso trecho,
Y el campo de la lid asoladora
En toda su grandeza aterradora
Al herido leon sirvió de lecho! . . .

Débesele á su sombra generosa
Una página limpia, fulgorosa,
De gloria que no acabe:
Débesele la tumba del guerrero,
El laurel del honor que es el primero,
Y de la patria el sentimiento grave. . . .

Cesa mi voz, . . . los fúnebres clarines
Del campo de batalla en los confines
Publiquen duelo y luto:
Ronco el cañon los valles asordando
Eleve al cielo de uno y otro bando
La amarga pena en funeral tributo!

Y la belleza, el amoroso seno
De compasion y de entusiasmo lleno
Al espirar mi canto,
Fije en el héroe su mirar doliente,
Y sobre el hielo de esa altiva frente
Derrame el fuego de su amargo llanto!

A LA GRATA MEMORIA

DEL C. SANTOS DEGOLLADO.

LOS HÉROES DEL PORVENIR.

Siempre fueron los pueblos ingratos
Cuando ensayan las duras cadenas,
Y frenéticas Roma y Atenas
Inmolaron á Bruto y Focion. . . .

HEREDIA.

En otra edad los seres mas atroces
Usurparon altivos de los dioses
El inmortal asiento,
Y ante su faz la humanidad temblando,
Iba sus huellas bárbaras buscando
Sin voluntad, sin voz ni pensamiento.

Bajo el triunfante carro de la guerra,
Muda temblaba de pavor la tierra:
Bebia la victoria
La sangre de los míseros vencidos,
Y á par de sus lamentos y gemidos,
Do quier sonaban cánticos de gloria!

Y el mónstruo audaz que con orgullo insano
Se arrancó el corazon dulce y humano
    Para hacerse divino,
Sonriendo al clamor del vulgo necio,
Apenas se dignaba con desprecio
Dictar los fallos del fatal destino!

Muerte al genio, á los libres, á los bravos,
Cadenas á esos míseros esclavos,
    Esclamaba iracundo,
No haya mas ley que el vencedor acero!
Y oyendo el eco del clarin guerrero,
Eres un héroe! contestaba el mundo.

Lanzábanse guerreros y bridones
Cual huracan furioso. . . . las naciones
    De horror se estremecian;
Y al asentar sus plantas el tirano,
Como en las yermas playas del océano
La vida y el verdor desparecian!

Funesta gloria, bárbaro heroismo,
Que alzándose del centro del abismo
    Donde los pueblos gimen,
Ambiciona entre lágrimas y duelo,
Con la frente inmortal tocar al cielo
Mientras tiene las plantas en el crímen!

¿Y á qué cuando el coloso derrocado
Del formidable rayo despojado
    Dios en el polvo aterra,
Agota la soberbia su tesoro
Y concurren los mármoles y el oro
A eternizar el crímen en la tierra?

Afan inútil. . . . los que amais ardientes
Sangrientas glorias, y ceñis las frentes
Con su laurel impuro,
Ya que su brillo seductor os place,
Jamás llegueis al sitio donde yace
Un hombre libre en su sepulcro oscuro!

Porque ante ese sepulcro, polvo y nada
Será vuestra grandeza. . . . avergonzada
La vanidad se humilla,
Y toda luz es pálida y oscura
Frente á la llama esplendorosa y pura
De la virtud que sin rivales brilla!

Los tiranos al verla palidecen;
Mas las almas sublimes se enardecen
Enderezando el vuelo
Aun mas allá de la terrestre vida,
A la verdad eterna que escondida
En el seno de Dios alumbra el cielo!

En esa tumba que amará la historia,
Puede inspirarse de heroismo y gloria
Una nacion entera;
Y trasmitiendo el ideal divino,
Arrancar el secreto del destino
De siglo en siglo á la fatal quimera!

¿Opondreis á tán bellas creaciones
A través de los tiempos, los blasones
Que el opresor ostenta,
Y en frente de cien pueblos libertados,
Otros mil por el hierro destrozados
Y un pedazo de púrpura sangrienta?

No de este mármol infecunda fuente
Brota de llanto ni de sangre hirviente
Raudal aborrecible;
Mas un suave celestial perfume
Que jamás en los aires se consume,
Una esperanza eterna y apacible. . . .

El ser que allí reposa amó en la vida;
No mas á la virtud esclarecida;
Ni esclavo ni tirano,
Alzaba ante el poder la osada frente,
Abria al miserable é indigente
Brazos de amigo y corazon de hermano!

¿Qué fué en su oido el seductor arrullo
De la baja lisonja, ó el murmullo
De la estúpida turba
Que corre en pos de la fortuna loca?
Resiste inmoble la gigante roca
Cuando la mar el huracan conturba. . . .

Ni esclavo ni opresor. . . . en sus hogares
Tuviste siempre ¡oh libertad! altares:
De sus pasiones dueño,
Nunca la envidia de la gloria agena,
Nunca el orgullo, que entre humildes pena,
Le enturbió el pecho y arrugó su ceño.

¿Dónde mayor y verdadera gloria?
Jamás podrá el olvido su memoria
Velar en sombra oscura:
He allí el terror de pérfidos tiranos,
Genios nobles, pacíficos, humanos:
He allí los héroes de la edad futura!

Que pase el tiempo en incansable vuelo
Y rueden nuevos astros en el cielo
Con plácida armonía;
Siempre la luz que la virtud destella,
En esa tumba brillará mas bella,
Y lucirá mas pura cada dia!

Alumbre como un sol la inteligencia,
Torne ante los reflejos de la ciencia
El error á la nada;
Al genio bienhechor, de polo á polo,
«Tú eres héroe no mas, grande tú solo!»
Dirá la humanidad regenerada.

Y tus hijos, horrible tiranía,
Bajo la marca de altivez sombría
Que en sus frentes imprimes,
Al despertar de sus sangrientos sueños,
Se aterrarán de verse tan pequeños
En medio de sus víctimas sublimes!

A LAS
VÍCTIMAS DE LOS TIRANOS.

¡11 DE ABRIL DE 1859!

Bañad en sangre, viles tiranos,
El propio suelo que os vió nacer;
Mas nó ya luego busqueis hermanos:
He allí su sangre.... vedla correr!

Aquí del Ser Eterno en la presencia
Cayó á los piés del crímen la inocencia!
Su sangre aquí corrió....
Y traidora venganza fratricida,
La ilusion de la patria mas querida
En sepulcral ceniza convirtió!

No hubo piedad.... las balas en su pecho
Penetraron ardientes..... fué su lecho
El suelo ensangrentado;
Y vióseles inertes y sin vida,
Triste el mirar, la faz descolorida,
Tempranas flores que arrancó el arado!

Una sonrisa misteriosa y vaga,
Última luz de antorcha que se apaga,
Un ademan altivo,
El gesto ante la muerte desdeñoso,
Eran aún de esfuerzo generoso
Y vigor juvenil signo espresivo!

Mas ni una mano que el sudor sangriento
Sobre el triste semblante macilento
Enjugase piadosa!....
Ni un ay! de compasion que desprendido
De noble corazon enternecido,
Endulzase su angustia congojosa!

En torno los verdugos delirantes
Insultaban sus últimos instantes
Con gritos de alegría;
La roja sangre que inundaba el suelo
En torpe ofrenda consagrando al cielo,
Y el infierno con júbilo aplaudia!

Entre la sangre el crímen insolente
Alzaba en su furor la altiva frente,
La virtud espiraba.....
¡Cuadro espantoso á los tiranos grato!
El genio del fatal asesinato
Sobre inocentes víctimas triunfaba!...

Triunfaba, sí... pero sus tumbas rotas,
Dejando de mil ínclitos patriotas
Los fantasmas divinos,
Ven á los muertos con semblante tierno;
Y ardiente rayo de anatema eterno
Fulminan á sus viles asesinos!

«A las heróicas víctimas la gloria,
El homenage eterno de la historia,
Un recuerdo profundo;
A los mónstruos que hollaron la inocencia,
El torcedor tenaz de la conciencia,
La ira de Dios, la maldicion del mundo!

En vano irán en repugnante tropa
A buscar á las playas de la Europa
Mas felices destinos:
La inmensidad del mar cruzan en vano;
Que agitando sus olas el océano,
Irá hasta allá á gritarles: ¡asesinos!

Víctimas nobles! crímen sin ejemplo!
Es el lugar del sacrificio un templo,
Cada tumba un altar,
En donde un pueblo entero consternado,
Del infame delito horrorizado,
Viene inútiles quejas á exhalar!

¿Quién puede indiferente sus despojos
Helados contemplar? . . . á vuestros ojos
Se agolpa en turbio rio
El llanto del dolor. . . . eran dichosos,
Jóvenes, entusiastas, generosos,
Y ya reposan en sepulcro frio! . . . .

Si hay esclavos aún en esta tierra
De libertad, el mármol que allí encierra
Cadáveres de hermanos,
Remuevan un instante. . . . contemplemos
Lo que al furor fanático debemos,
Lo que nos han dejado los tiranos!

Esa tumba que ornó nuestro respeto,
Un descarnado pálido esqueleto
Guarda ya solamente. . . .
Dentro de breve tiempo será nada,
El acre aliento de esa tumba helada
Carcome ya la pensadora frente!

Aquí la destruccion menos activa
Una imágen mas tétrica y mas viva
Á los ojos presenta. . . .
De la máteria vil funesta suerte!
Mirad la vida devorar la muerte
Do la sombría eternidad se asienta!

En ese otro sepulcro. . . . mas huyamos
De este sitio, que acaso profanamos,
Donde la muerte calla,
Donde hablan mil recuerdos espantosos,
Y en vista de estos restos lastimosos
De indignacion el corazon estalla!

Llorad, jóvenes bellas, el tributo
Del corazon, el funerario luto
Muy bien han merecido
Los que cediendo á un corazon sensible
De manera tan trágica y horrible,
En la flor de su edad han perecido!

Si al menos en el campo de batalla
Les abriese la tumba la metralla
De enemigo estranjero!
Mas no, fueron del pueblo los tiranos
Indignos y cobardes mexicanos,
Sus miserables asesinos fueron!

Llorad sobre los muertos! cuando eleve
La luna el carro vaporoso y leve
Por nuestro hermoso cielo,
La paz vertiendo en apacible giro,
Consagrad á lo menos un suspiro
A los que guarda este sangriento suelo!

Cuando la noble lira del poeta
Grabe en el alma dulcemente inquieta
Un ideal sublime
Muy superior á la terrestre gloria,
Traed por un momento á la memoria
A los que el sueño de la muerte oprime!

Cuando dulces torrentes de armonía
Con vaga misteriosa poesía
Halaguen vuestro oido
Y el alma herida ignore lo que siente,
Dejad, bajando la divina frente,
Escapar de los labios un gemido!

Y gozarán las víctimas amables;
Que si viles tiranos detestables
Su sed en sangre apagan,
Los mártires heróicos y animosos
Que mueren por la patria generosos,
De una sincera lágrima se pagan!

Abril 10 de 1861.

A MI QUERIDO

HERMANO EPIGMENIO.

¡Oh cuan triste es ver las flores
Ya marchitas en abril,
Y ver pálidos colores
En semblante juvenil!

Eugenio de Ochoa.

Ah! nunca falta una ilusion gloriosa
Que halague una existencia maldecida,
Y en la "mas dulce y apacible vida"
Tarde ó temprano es infalible el mal!

Campoamor.

Cuan apacible el rayo de la luna
Resbala por tu losa solitaria!
Cuan ardorosa sube la plegaria
De una vírgen, por tí!
Qué tristes funerales te prepara
De tus pobres hermanos la ternura!
Es nuestro solo bien la sepultura
Porque tú duermes para siempre allí. . . .

Reina silencio fúnebre en el campo,
Su tallo inclinan lánguidas las flores,
Y perdidos sus vívidos colores
Parecen suspirar!
Los árboles bajando su ramaje
Esplican mudos su dolor sombrío,
En las orillas del callado rio
Una apacible voz se oye llorar!

Las plantas y los árboles conocen
Que el jóven jardinero está ya ausente,
Y que ninguna mano indiferente
Los cuidará mejor. . . .
Y las aguas comprenden con tristeza
Que un arbolito verde han destruido,
Y el mal que á su pesar han cometido
Lamentan en suspiros de dolor!

Llórale, sí! naturaleza hermosa,
Por él apaga tu esplendente brillo:
Que su inocente corazon sencillo
Hallaba en tí placer.
Él mejor que nosotros comprendía
Tu calma deliciosa y hermosura,
Faltando solamente á su ventura
Asociar en su Eden á una mujer.

Una mujer sensible y candorosa,
Que á la pompa del mundo indiferente,
De sus labios bebiese dulcemente
Gota á gota el amor.

Una mujer que comprender supiera
Su alma modesta, ardiente, generosa,
Y que con su ternura deliciosa
En placer convirtiera su dolor.

Cuan bello fuera en tu robusto brazo
El brazo de tu amable compañera,
Cual se adhiere suave enredadera
Al pino juvenil. . . .
Nunca la faz de la miseria triste
Viviendo tú á su lado ella veria,
Ninguna osada mano tocaria
De tu cariño el mágico pensil!

Libre de orgullo y de flaqueza débil
Gozando en la virtud la paz del alma,
Abundancia, placer y dulce calma
Llenáran tu mansion;
Y á tu hermano infeliz le fuera dado
En tu hogar apacible é inocente,
Ir un momento á reclinar la frente
Y reposar su herido corazon! . . .

Mas no lo quiso Dios. . . . sombra de muerte
Nuestra heredad enluta y nuestra casa;
El labrador que por sus puertas pasa
Siente el llanto á sus ojos asomar.
En vano el campo aguarda tu presencia. . . .
Tu fogoso caballo está impaciente,
Y vuelve la cabeza inteligente
Esperando á su dueño ver llegar. . . .

Todo acabó! sobre risueñas flores
Derramóse la copa de tu vida!
Muy triste es ver una ilusion perdida
Y helado un corazon!
Ya seguiste á mi padre ¿y de mí triste
Se aleja del Eterno la clemencia?
No! ya heló el corazon la indiferencia;
Pronto iré á verte en la final mansion!

¡ÚLTIMA LUZ!

A EPIGMENIO.

> Il n'est plus! . . . il n'est plus, l'enfant de mon délire!
> Il n'est plus qu'un vain son qui frémit sur ma lyre!
>
> LAMARTINE.

Huyamos del mundano desvarío!
Huyamos al desierto ilimitado:
Aquí con un cadáver encerrado
Mirando estoy su dolorida faz!
Escalemos las cimas encumbradas
Donde la eterna nieve toca al cielo:
Cubra esa tumba funerario velo,
Mientras alcanzo su envidiable paz!

Lo sublime no mas puede una fibra
Tocar en ulcerados corazones
Que responda con fuertes vibraciones
Cuando despojos de la vida son.

Lo sublime no mas, rayo divino
Que brota con el temple del acero,
Del tormento del genio verdadero,
Del hirviente volcan de una pasion!

Es la voz del amor sin esperanza,
Abismado en el centro de una tumba,
Es enorme ambicion que se derrumba
Desde el cielo hasta el fango terrenal!
Es la pasion cayendo de improviso
En la fria razon indiferente,
Cual si en el cráter de volcan ardiente,
De inmensa altura se arrojase el mar!

Yo lo quiero sentir. . . . al pecho herido
Ya no penetran tibias emociones,
No lo conmueven fútiles pasiones,
Ni lo seducen sombras sin color. . . .
¿Son precisas las lágrimas del alma?
Yo las lloré. . . . ¿devorador hastío?
Mi corazon lanzado en el vacio
Se consume en la fiebre del dolor. . . .

¡Llevadme donde el mar entre las rocas
Con áspero rugido se quebranta!
Pueda mirar la espuma que levanta
Al sentir enfrenado su furor. . . .
Quiero mirar al huracan lanzarse
Sobre las playas que la mar inunda,
Y abrir en ella sima tan profunda,
Como el abismo que cavó el dolor!

Quiere mirar á las marinas aves
Vagar cruzando la region vacia,
Por evitar la tempestad sombría,
Mientras mi frente viene á combatir!
Escuchar el ladrido lamentable
De los númenes tristes de los mares;
Y al son de sus monótonos cantares
Mis profundos pesares adormir!

De los desiertos páramos del Norte
El sol su luz y su calor ahuyenta;
Y tan solo una luna macilenta,
Lámpara solitaria y sepulcral,
Vierte su luz sobre la eterna nieve,
Alumbrando los picos colosales
En las llanuras pálidas y eriales,
En medio de profunda soledad. . . .

Allí quiero vivir, donde no escuche
El eco triste de la voz humana;
En donde ayer no haya, ni mañana,
Ni crímen, ni virtud, ni bien, ni mal!
Do solo turba el sepulcral silencio,
De las aves el tétrico gemido,
O el témpano de hielo desprendido
Cuando lo azota el fiero vendaval!

Allí quiero vivir en triste noche
Con el fatal recuerdo que me oprime,
Buscando lo inmortal y lo sublime,
Y olvidando la vida ver á Dios!

Y cuando las regiones tropicales
Deje la vírgen pálida, y la nieve
Sienta que ardor intenso la conmueve,
Solo un cadáver ilumine el sol!

EVOCACION DE LOS ESPÍRITUS.

Me parece que su espíritu
Acompaña mi dolor. . . .

JOSEFA SIERRA.

En la calma de noche silenciosa,
Mientras van las estrellas apagando
En el éter azul su luz hermosa,
Al Occidente trémulas bajando
Sobre la tierra que en quietud reposa:
En tanto que descansan los mortales
A quienes Dios concede el dulce sueño
Como un alivio grato de sus males;
Yo sin gozar su plácido beleño,
Devorado de fiebre abrasadora,
De media noche en la solemne hora
Evoco los espíritus queridos,
Las sombras de los seres que me amaron,
Y á otra mansion incógnita volaron,
De la terrena esencia desprendidos! . . .

«¡Por el horrible hastío
Que en el festin del mundo me devora,
Por las ardientes lágrimas que llora
El triste corazon siempre vacío!
Por la fiebre que corre por mis venas
Cuando evocando sueños de ternura,
Recuerdo instantes de una dicha pura
Hoy convertida en insufribles penas!
Por el afan que me devora el alma,
Sin que le calme el sueño breve instante,
Serenando mi pecho palpitante,
Dando al delirio mentirosa calma. . . .
Por el funesto sino que mi frente
Ya marchita marcó desde la cuna
Del infortunio con el sello ardiente,
En medio de la próspera fortuna!
Venid, dejando los sepulcros fríos,
Venid del mundo oscuro é ignorado
Un momento á mi lado,
Espíritus sagrados de los mios! . . .

No despreciéis mi doloroso ruego!
Mirad correr mis lágrimas de fuego. . . .
La triste voz del corazon oid!
Ved que en mi duelo delirante os llamo,
Propicios atendiendo mi reclamo,
Venid, dulces espíritus, venid!» . . .

. . . .

El aire se conmueve
Con vibraciones trémulas, el alma
Queda abismada en pensamiento grave;

Y el armonioso giro
De las aéreas alas mas suave
Que el eco misterioso de un suspiro
Me parece sentir... ¡ah! sí, son ellos!
¡Los espíritus son!... un soplo helado
Crispa mis nervios, el aliento muere
Latiendo el corazon apresurado,
Y fantástica llama
En torno de mi frente se presenta,
Y batiendo mi sien calenturienta
El pensamiento mas y mas inflama!
Despues pasando aliento misterioso
Veloz apaga el círculo lumbroso
Y me arroja en profunda oscuridad...
Entre el temor y la esperanza lucho,
Con el alma os escucho,
Adorados espíritus, hablad!

«Puesto que nada de la vida esperas,
A la verdad eleva tu razon!
Abandonando sueños y quimeras
Recobrarás la paz del corazon.

Ha quemado tu frente el pensamiento,
Secos están tus ojos de llorar,
¿Y aun no descubres en su eterno asiento
La esplendorosa luz de la verdad?

¿Por qué apartado de los hombres lloras
En derredor de los sepulcros yertos,
Si en el oscuro valle donde moras
Es donde están los verdaderos muertos?

¿Piensas que vive el alma comprimida
Mientras anima la materia impura?
Al destrozar esa prision oscura
Es cuando alcanza verdadera vida!....

¿Por qué llorarnos como llora un niño
Recordando placeres fugitivos,
Si los seres que estraña tu cariño
Gozando están en otro mundo vivos?

En la materia preso todavía,
Eres aun el águila enjaulada,
Que batiendo las alas agitada
Volar no puede á la region vacía!

Fijos los ojos con amargo duelo,
Lloras la destruccion de la materia....
Mas es la cárcel llena de miseria
Que el alma deja al remontar su vuelo!....

Imaginas que al golpe de la muerte
Quedaste solo y sin ningun amigo
En el mar de la vida; mas advierte
Que la esperanza vivirá contigo.

Y nosotros tambien contigo estamos,
Y gozamos á veces con tus quejas;
Y alguna vez con tu placer lloramos,
Porque del dulce término te alejas!

Mas que el amor de la mundana vida,
Ardiente es del espíritu el amor;
No agraves mas la dolorosa herida,
Aduerme con la ciencia tu dolor.

No sufras ya por sueños engañosos,
Recobra en Dios la paz y la quietud;
En medio de los mares tempestuosos,
Sigue tenaz la luz de la virtud.

Y aunque á tu lado el mundo descreido
Niegue el futuro y del presente ria,
Avivando la fe cierra el oido
A la algazara de su loca orgía!

Piensa que si la tumba nos divide,
Ha de unirnos la tumba alguna vez;
Y el denso velo que tu dicha impide,
Está ya desgarrándose tal vez!»

Así su dulce voz consoladora
Acallaba un instante mi dolor. . . .
Mas ya la luz rosada de la aurora,
Los azulados horizontes dora. . . .
¡Ay! amados espíritus, adios!!

UNA SOMBRA DEL COMBATE.

A MI QUERIDO AMIGO

OCTAVIANO MUZQUIZ.

> Sangre, sangre, herid, matad!
> Todo, todo es permitido:
> No exista para el vencido
> Respeto á sexo ni edad!
> Los gritos de su conciencia
> Sofoque el feroz soldado,
> Y con brazo ensangrentado
> Atropelle la inocencia!...
>
> SAKENSPEARE. *Traduccion de* D. P. de X.

I

TODAVÍA las trágicas escenas
Mirando estoy, y el corazon palpita
Con la impresion de fuego que dejaron
Aquellas horas de tormento llenas,
Aquella sangre que venganza grita,
Y el duro choque del combate ciego
En que tantos cadáveres sin nombre
Alcanzaron mis ojos aterrados,

A la luz de una ráfaga de fuego
En medio á los escombros abrasados!

Ay! poco antes que la guerra
Lanzase en rápido vuelo
Todas las furias que encierra,
¡Cuan bella estaba la tierra
Y cuan apacible el cielo!

Las frescas auras de abril
En torno de la ciudad
Agitaban un pensil
De flores, con suavidad
Como en un sueño infantil.

En silencio delicioso
Los campos se adormecian;
Y en el ramaje frondoso
Los dulces ecos se oian
De algun pájaro armonioso!

Era una paz tan serena
Que penetraba hasta el alma;
Dulce sueño que enagena
Despues de profunda pena
En inesplicable calma.

¿Cómo no das al olvido
Por un momento el afan,
Si el espíritu abstraido
Volaba al bello volcan
Entre las nubes perdido?

Aquel magnífico muro
De nieve en la inmensa altura

Prendido, tenia un encanto
Que hacía nublarse un tanto
Los ojos con su hermosura!

Era preciso soñar
En tan delicioso Eden;
Era fuerza imaginar
Que solo el genio del bien
Pudo tal belleza crear!. . . .

De súbito, bronco, terrible estallido,
Arroja en los aires bramando el cañon;
El cielo se atruena con sordo zumbido,
La mente se turba. . . . se heló el corazon!

Cruzando las bombas las auras hermosas
El seno parecen buscar de la tierra,
Y brotan de nuevo, rugiendo furiosas,
Cual mónstruos rabiosos que aborta la guerra. . . .

Los techos se hunden! vacila el cimiento. . . .
Ya es ruina el palacio, mansion del placer! . . .
Y alzando entre escombros el rostro sangriento,
Quebrados los miembros, se ve una mujer. . . .

Oh! no hay tormento mayor
Que el de ver á un inocente
Presa de intenso dolor,
Pedir con eco doliente
Misericordia al Señor!

Y alzar los débiles brazos
Para cubrirse la herida,
Por donde se huye la vida

Haciendo con su partida
Otro corazon pedazos.

Y el acento maternal
Que dominando el combate
Llega al trono celestial,
Y el pecho mas firme abate
Con su dolor sin igual!

Destrozad en buena hora,
Aniquilad la ciudad!
Una voz acusadora
Sube á la eterna bondad
Por cada mujer que llora!

Saciad vuestra rabia fiera
En víctimas inocentes;
Mas al tocar la trinchera,
Con tranquilidad guerrera
Os aguardan mil valientes!...

II

Horrible confusion! unas tras otras
Cruzan las bombas el azul del cielo,
Cual aves de rapiña que una presa
Buscando van con su mirar de fuego.
Aquí destrozan un albergue humilde,
Allí el palacio y el suntuoso templo,
Aras y altares reduciendo á polvo,
Lanzando las efigies en fragmentos;
Y al través de profundas oquedades
Turbando el triste sueño de los muertos!
En vano suenan férvidas plegarias

Con que invoca el temor al Ser Supremo;
La destruccion horrible por doquiera
Vuela cumpliendo su fatal decreto,
Sin atender á las cobardes lágrimas,
Sin escuchar el doloroso ruego.
Por una parte una columna negra
De polvo, se levanta desde el suelo....
Por otra las paredes se coronan
Con la azarosa lumbre del incendio....
Aquí parece la ciudad callada
Lúgubre solitario cementerio;
Allá la plebe ansiosa se reune
Sombría como el mar que agita el viento;
Y al caer los veloces proyectiles,
Arranca maldiciones de su pecho,
Mirando que sus hijos y mujeres
Heridos se revuelcan por el suelo!....
Mas ¿qué nuevo ruido en el espacio
Se agita con furor, y el ronco trueno
De las bombas sofoca?.... es que indignado
El antiguo volcan lanza del seno
La lava amontonada por los siglos,
Por sepultar al bárbaro estranjero?....

El enemigo asalta las murallas
De cien cañones al terrible fuego,
Ébrios soldados de furor y vino,
Descompuesto el semblante, los cabellos
Erizados, saltándoles los ojos
Cual demonios lanzados del infierno!...
Llegó la hora terrible... se desploma
En la ciudad un huracan de hierro,

Y un terror mas profundo que los otros
Invade el corazon, crispa los miembros
De la gente infeliz, que desolada,
Cerrando sus albergues en silencio,
Desaparece al fin ante el combate
Como tropa de pálidos espectros,
Quedando solamente los valientes
Frente á la tempestad, del campo dueños,
Cruzando sus miradas con la lumbre
De las bombas que estallan en el cielo,
Respondiendo á los gritos de la muerte
Con gritos de furor, y apareciendo
Cual verdaderos dioses de la guerra,
Entre nubes de pólvora y de fuego!

III

Huyendo el triste rostro de la muerte,
Subimos á la altura, y presentóse
Una escena sublime á nuestros ojos. . . .

El sol, velando su ardorosa lumbre,
Entre celajes cándidos, posaba
Del inmenso volcan sobre la cumbre,
Y desde el trono de la eterna nieve,
Con moribundo rayo iluminaba
El estendido campo do la lucha,
Del heroismo y la opresion impía,
Con terrible furor se enardecia! . . .
Una muralla como mármol densa
De polvo y humo, en su estension inmensa
De Sur á Norte la ciudad ceñia,
Velando del combate los horrores,

Hecha á cada momento mil pedazos
Por fugaces y ardientes resplandores. . . .
El incesante trueno de las bocas
De fuego, en vano en describir se empeña
La pluma, y era solo comparable
Al áspero fragor con que en las rocas
El Niágara sublime se despeña. . . .

Al oirlo exaltábase la mente
Con la revelacion del infinito,
Latia el corazon apresurado,
En el delirio de una fiebre ardiente
Se agitaba el cerebro conturbado;
Y los ojos fijábanse tenaces
En las nubes, aliento de la lucha,
Do millares de estrellas esparcidas
Brotaban centellando y se apagaban
Y lucían sin fin, mientras veloces
Ardientes plomos por do quier volaban!
De minuto en minuto estremecidos
Vomitaban su lumbre los cañones
De la plaza, las piedras conmoviendo
De fuertes edificios y bastiones,
Y al instante surcando la llanura
Los enemigos bronces estallaban,
Y en direccion opuesta en el espacio
Sus alientos de llama se chocaban!
Mas la niebla estrechando la distancia
Formó á la vista perspectiva rara,
Cual si la escena móvil del combate
Hasta la falda del volcan llegára,
Y al fuego mexicano parecia

Que encendiendo mil cráteres perdidos
El gigante de Anáhuac respondia! . . .

IV

Cuando tendió la noche sobre el campo
Su manto sepulcral, cesó el rugido
Del cañon, sucediendo helada calma
Turbada solo por algun gemido
Que traspasaba de dolor el alma. . . .
Y á los rayos inciertos
De amarillenta moribunda luna,
Los escombros quemados y los muertos
(Informes bultos que jamás se olvidan)
Aparecian tristes, silenciosos,
Cual sangrientas imágenes de duelo
De la insensata rabia de los hombres
Con mudas voces apelando al cielo! . . .

CERCA DEL MAR.

NUNCA ¡oh mar! en tu nítido espejo
Se ha pintado mi pálida frente,
Ni fué dado á mi espíritu ardiente
En tus ondas su llama templar!
No ha querido mi estrella enemiga
Que saliendo de estúpida calma,
Las tormentas horribles del alma
Comparase á las tuyas ¡oh mar!

Destinado á libar desde niño
Triste cáliz de amargos dolores,
Sobre campos cubiertos de flores,
Bajo un cielo de hermoso zafir. . . ,
Cuanto ansié de tus olas hirvientes
Escuchar el terrífico trueno,
Y cual tabla perdida en tu seno,
Tu agitada existencia seguir!

El veloz huracan que la espuma
De tus húmedas playas orea,
Arrancára tal vez una idea
Que ha grabado en mi mente el dolor!
Quizá viendo tus golfos revueltos
Hasta el lecho en que duerme la arena,
Se calmára un momento mi pena
Penetrado de sacro terror!

Los combates del alma sensible,
De que solo el Creador es testigo,
Simpatizan sin duda contigo,
Tempestuoso, magnífico mar!
Y por eso de Heredia sublime
Te saluda la voz soberana,
Y á la noble poetisa cubana
Inspiraste divino cantar!

Vaga el genio en tus playas desiertas,
Y su eterno dolor enmudece;
Que en tu espejo movible aparece
Una imágen visible de Dios.
Y al mirar que tu furia terrible,
Amenaza del cielo, refrena
Débil muro de pálida arena,
Del orgullo se apaga la voz!

Yo no sé si fantástica forma
Te ha prestado mi mente ardorosa;
Pero solo tu sombra grandiosa
Palpitar hace ya el corazon!

Y me anima un ardiente deseo
De poder comparar un momento,
Si el abismo que creó el pensamiento
A tu abismo profundo igualó!

En mis horas de loco delirio,
En momentos de amarga tristeza,
Tu ideal, infinita belleza,
Como luz de consuelo entreví.
Ya por fin á tu costa me acerco,
Oigo ya tu sonoro rugido;
En tus ondas amargas mecido,
Grato asilo serás para mí!

Yo bien sé que en tus lindes remotos
Tienes playas estériles, frias,
Donde yertos fantasmas los dias
Tras un velo se miran pasar. . . .
Donde apaga la antorcha del cielo
En la nieve su luz refulgente,
Y quisiera en su orilla doliente
De mi patria los males llorar!

Dominando tu líquida espalda
Se levantan escollos sombríos
Que no logran tiranos impíos
Profanar con su loca ambicion.
Allí en medio de antiguas señales
De otra edad que olvidaron los hombres,
Grabar quiero de nuevo los nombres
Que detestá la vil opresion!

Y esperar, arrullando en tu seno
Agitado mis tristes pesares,
Que otra brisa me lleve á otros mares
Do podré tu grandeza olvidar.
Si la patria en que Hidalgo reposa
Por destino fatal se derrumba,
Tumba libre, magnífica tumba
À tu amigo no puedes negar!

A JESUCRISTO.

SUBLIME en las miserias de la vida,
Humilde sobre el trono de la cruz,
Eres en medio de la noche eterna
Una brillante luz!

Jamás ¡oh Cristo! forma tan hermosa
Por la terrena atmósfera cruzó,
Jamás un ser tan poderoso y grande
Nuestro globo pisó!

Apenas muestras la divina frente,
Brota la inspiracion, brota la fe,
Y las tristes quimeras de los siglos
Espiran á tus piés!

Apenas mueves el ardiente labio,
A la tierra desciende la verdad,
Y descubre en el cielo su esperanza
La triste humanidad. . . .

Ya la duda te muestre como hombre
Ó ya la fe te adore como Dios,
Encierras un misterio tan profundo
Que asombra la razon! . . .

Si eras un Dios ¡qué amor tan infinito
Encerraba tu pecho celestial,
Para esconder tu poderosa esencia
En la carne mortal!

Si eras un hombre ¡qué alma tan sublime,
Qué ardiente y generosa inspiracion
Para subir del seno de la nada
Hasta el trono de Dios!

La historia de tu vida, del ateo
El atrevido pensamiento oprime,
Nada mas natural ni mas sencillo
Y nada mas sublime!

Vives rodeado de la humana escoria,
Oyes rugir al crímen insolente;
Y no se altera la apacible calma
De tu divina frente!

Vives en medio de infinitos vicios
Que aclama dioses la maldad romana,
Y nunca muestra la pasion su fuego
Sobre tu frente humana!

Los mortales se admiran de ser grandes!
Para tí la grandeza es natural,
Y fuera de tu atmósfera sublime
No puedes respirar!

Tranquilamente á la pasion provocas,
Sencillamente dices que eres Dios. . . .
Si al mar enfrenas, si á la muerte mandas,
No se altera tu voz!

Abrigas ambicion tan desmedida
Que no cabe en el alma de un mortal;
Pero mayor que esa ambicion inmensa,
Mayor es tu humildad!

Tu inteligencia límites no tiene,
Fuente de luz, espíritu creador;
Pero igual á tu vasta inteligencia,
Igual es tu candor!

El tierno niño comprenderte puede
Cosas que el mundo no entendió jamás;
Todas sencillas, fáciles. . . . el sabio
No puede entender mas!

Qué despego de todo lo mezquino!
Qué desprecio de todo lo vulgar!
Tú la ley implacable del destino
Lograste contrastar!

Grande, sublime, Salvador del mundo!
Para cantarte débil es mi voz. . . .
Tú mi esperanza, ante tus piés mi frente,
Seas hombre, seas Dios!

LA VIDA Y LA FE.

SONETO.

Revuelto mar de penas es la vida
Donde el mortal sin término batalla,
Y en cada escollo y mal segura playa
Náufrago deja una ilusion perdida.

No bien al soplo del placer mecida
La onda furiosa su rumor acalla,
Cuando mas recia tempestad estalla
Del blando seno de la paz nacida!

Mas no mi frente humillará el destino;
Si del futuro en la region ignota
La fe mostrando su fanal divino

Otra existencia màs feliz revela,
Jueguen las olas con mi barca rota,
Rompa feroz el huracan mi vela!

LA VENGANZA

DE UN MEXICANO.

CUADRO HISTÓRICO.

A MI AMADO PADRE

EL SEÑOR DON MATEO ECHAIZ.

Natural es al hombre la venganza,
Es propio de los dioses el perdon. . . .

***

PERSONAJES.

Don Nicolás Bravo, oficial del Sr. Morelos.
Don Pablo Galiana, subalterno de Bravo.
Don Ramon Sesma, idem.
Don Juan de Escobedo, oficial español, prisionero de Bravo.
Don Diego Guzman, comerciante español, idem.
Don Luis, jóven español, idem.
Doña Inés Guzman, hija de D. Diego, prometida de D. Luis.
Cayetano, soldado negro de la costa.
Prisioneros españoles.
Soldados independientes, la mayor parte negros.

(Setiembre de 1821.)

LA VENGANZA
DE UN MEXICANO.

ACTO ÚNICO.

La escena pasa en Medellin, en una sala adornada con armas y trofeos militares colocados sin estudio. Puertas en el fondo y á la derecha, guardadas por centinelas. Ventana á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS, DON JUAN, DON DIEGO.

Sentados cerca de una mesa donde arde una lámpara opaca, aparecen D. Luis y D. Diego envueltos en sus capas y en actitud melancólica. D. Juan está recostado sobre algunos arneses de montar.

DON LUIS.

¡Oh cuan triste es la velada
Del desventurado preso!
Cada hora desdichada
Añade su horrible peso
A el alma desesperada!
Mil ideas de dolor
En la frente abrasadora. . . .

Y entre las sombras de horror
Que brotan en derredor,
Ninguna consoladora!
Si pensamos en la vida,
En los oidos retumba
Una descarga homicida. . . .
Si en una imágen querida
Vemos tras ella la tumba. . . .
¡Ay de mí! ¿por qué soñaba
Existencia de placer
Al lado de una mujer
Que delirante adoraba,
Si mi triste porvenir
Disipada la quimera,
Era tan solo vivir
Desventurado, y morir
En una tierra estranjera?. . . .

DON DIEGO.

Justas vuestras quejas son
Don Luis, de hierro es sin duda
El corazon que no muda
De ser, en una prision.
Lejos del grato consuelo
A que se halla acostumbrado,
Se reconcentra en su duelo,
Juzgándose abandonado
De los hombres y del cielo.
Salvando las frias rejas
Tras que su pena se esconde,
Anhela volar adonde

Está su amor, y á sus quejas
Tal vez el odio responde. . . .
No hay de reposo un momento,
No hay un apacible son,
No hay hermoso pensamiento
Que penetre á la mansion
En donde habita el tormento!
A Inés llorais como amante,
Yo como padre la lloro. . . .
Sufro mas á cada instante;
A perder ese tesoro
No hay resignacion bastante. . . .
Mas calumniando al destino
Quizá impaciente se lanza
La imaginacion sin tino,
Y al fin de nuestro camino
Se sonrie la esperanza. . . .

DON JUAN.

¿Y qué os importa, señores,
Si son placer y tormento,
Falsas espinas y flores,
Fantasmas engañadores
Que pasan en un momento? . . .
¿A qué fijar la mirada
En la corriente perdida
Que pasa precipitada?
¿A qué analizar la vida
Que va á morir en la nada?
La esperanza! . . . falsa diosa
Que al anublarse una estrella

Asoma su frente bella,
Es como Venus hermosa,
Y fementida como ella!
Tal vez á algun miserable
Dà vida cuando lo halaga;
Y tál vez de otro la llaga
Hace por siempre incurable. . . .
Yo no esquivo su presencia;
Mas á heridas del dolor,
Os juro por mi conciencia,
Que una estoica indiferencia
Es el remedio mejór!
Cuando con su soplo frío
El corazon se adormece,
Bajo su mantó sombrío,
Lo mismo el pesar impío
Que la ventura parece.
Lo tengo esperimentado:
La continua variedad
De mi vida de soldado,
Forzando mi voluntad
Esa verdad me ha enseñado.
Yo nada temo ni quiero;
Ignoro lo que será
El porvenir, y lo espero
Con calma; si vivo ó muero
El Eterno lo sabrá.
Y solamente me afano
Cuando el destino me lleve
Al cadalso por la mano,
En mostrar como se atreve

A morir un castellano!
Vuestra hija, señor don Diego,
Es la balsámica flor
A quien dará dulce riego
La Madre del Redentor
Si os toca sufrir el fuego.
Vuestra amada, buen don Luis,
Si os cubre fúnebre manto,
Allá en el alcázar santo
La encontrareis mas feliz
Que en este valle de llanto! . . .
En esto, amigos, se encierra
Toda mi filosofía;
Mas aun pisamos la tierra
Y pienso que todavía
Daremos sobrada guerra.
Entre tanto os aconsejo
El sueño que el mal divierte;
Y del tema no me alejo,
Que el sueño, si no es espejo
Es imágen de la muerte!

ESCENA SEGUNDA.

Dichos, SESMA.

Entra D. Ramon Sesma con algunos soldados, y releva á los centinelas dándoles la consigna al oido. En seguida aparece un fraile en la puerta lateral, atraviesa la habitacion y entra en la pieza del fondo, donde se supone está encerrado el resto de los prisioneros. Al retirarse Sesma se pone en pié D. Juan y le dirige la palabra.

DON JUAN.

Un momento, caballero,
Puesto que de vos consigo

Desde que soy prisionero,
Mas el trato de un amigo
Que el ceño de carcelero,
Estended vuestra bondad
A nuestra mezquina suerte. . . .
Habladme con claridad,
¿Obtendremos libertad
O nos aguarda la muerte?

SESMA.

Señor don Juan, no podré
Deciros. . . . pregunta es esta
Muy interesante á fe;
Pero, por Dios, que no sé
Cual deba ser la respuesta.
Vos que al rey habeis servido,
Teneis sin duda observado,
Que el destino del soldado
Está á veces suspendido
Por un hilo muy delgado. . . .

DON JUAN.

Harto presente lo tengo;
Mas en llegando á saber
Si el hilo se ha de romper,
A la caida me avengo
En paz, si no con placer.
Cuando un santo religioso
Muestra su pálida frente
En sombrío calabozo,
Es un prólogo evidente
Para el eterno reposo. . . .

DON LUIS.

Estamos ya sentenciados
A muerte?

SESMA.

Que sepa yo
Al menos, todavía no;
Si un tribunal de malvados
Otra sangre no vertió.

DON DIEGO.

Un tribunal! . . . prisioneros
Caimos en buena lid.
¿No se guardarán los fueros
Propios de la guerra?

SESMA.

Oid.
Poco despues que batió
A Labaqui, en el Palmar,
Mi general, le llegó
Triste nueva, que cambió
Su gozo en hondo pesar.
Mientras en glorioso dia
Laureles de buena ley
La victoria le ceñia,
Su anciano padre caia
En las manos del virey!

DON JUAN.

Su padre! fatalidad
Funesta!

SESMA.

Sí, muy funesta.
De su alma la mitad
Pierde Bravo, y libertad
Y vida tal vez os cuesta!

DON DIEGO.

Nuestra suerte en relacion
Con la del preso se advierte;
Dándole el virey perdon,
Logra nuestra salvacion:
Si le mata, nuestra muerte!

SESMA.

Tal es la ley de la guerra,

DON JUAN.

Es justa por ser igual.

DON LUIS.

Del virey el pecho encierra
Un orgullo criminal
Que mi esperanza destierra.

SESMA.

Los altivos opresores,
A cuantos alzan la frente
Bajo el pendon insurgente,
Tratán de viles traidores
Y de canalla insolente.
No hay tregua ni compasion:
Donde resbala la planta

De un patriota campeon,
Una horca se levanta
Y cae una excomunion!

DON LUIS.

Tan odiosa tiranía,
Como español yo no puedo
Aprobar, crueldad impía
Es el recurso del miedo,
Y no de noble osadía.

SESMA.

Ved en el caso presente
Lo que aconseja su saña
Al virey de Nueva-España
Contra el ilustre insurgente.
Tan luego como su presa
Tuvo segura el tirano,
Del desventurado anciano
Comerció con la cabeza.
Es la palabra, señores,
Comercio es fuerza le llame,
Que plebeyos cortadores
Desdeñáran por infame.
A él sin embargo le plugo:
Si el hijo se le rendia
Al padre perdonaria;
Si no, en manos del verdugo
Su cabeza entregaria!...
Así con villana accion
Quiso quebrar una espada,

Cuya punta bien templada
Le amenaza el corazon!
Y aunque al voto general
Del país, estaba opuesta,
Por el cariño filial
Tal vez tan dura propuesta
Aceptára el general.
Mas por razones fundadas,
Desconfió del vil trato,
Que el virey ensangrentadas
Las manos tiene, y manchadas
Por reciente asesinato!

DON DIEGO.

El virey! Será posible. . . .

SESMA.

Para mengua de su gloria,
Será eterna la memoria
De un delito tan horrible. . . .
Oid la lúgubre historia. .
Hace poco á una batida
Salió Andrade, y á un sugeto
De honradez bien conocida,
Puso en el terrible aprieto
De perder bienes y vida.
El infeliz, un hermano
Como hay muy pocos tenia,
Que con generosa mano
Torrentes de oro vertia
Por salvarle, mas en vano.

A este escribió el general
Español, se presentára
Para que el premio lográra
De su empeño fraternal.
¿Quién sabiéndose inocente
Recelára de acudir?
Presentóse noblemente;
Y á entrambos injustamente
Se les condenó á morir. *

DON LUIS.

Los dos hermanos. . . .

SESMA.

Los dos
Cayéron en su asechanza;
Y de entrambos ante Dios
Alzando implacable vóz,
Pide la sangre venganza!

DON DIEGO.

Del infierno ha sido obra
Una traicion tan impía!

DON JUAN.

Si ora Bravo desconfia,
Cierto la razon le sobra.

DON DIEGO.

Proceder tan criminal
Acaso ignora el virey.

* Historia de D. Lúcas Alaman.

SESMA.

Si no autorizára el mal
El que representa al rey,
No lo hiciera el general.

DON DIEGO.

Y no queda solucion,
A pesar de los recelos
De Bravo?

SESMA.

Sí, ya Morelos
Hace otra proposicion.
Sabeis que por donde quiera
Que sus huestes acaudilla,
Victoria espléndida brilla
En torno de su bandera.
Poco hace que combatió,
Y en inmensa multitud,
Al campamento llevó
La guerrera juventud
Que á Calleja arrebató.
Y en cambio del prisionero
Que en sus manos ha caido,
Él un ejército entero
De españoles ha ofrecido!
No imagineis que lo alabo
Con espresiones mentidas,
Porque responden mil vidas
De la existencia de Bravo.

DON JUAN.

Aun cuando Dios no ligára

Su cabeza con la mia,
Ardiente le pediria
Que la suya se salvára!

SESMA.

Morelos su pensamiento
Brevemente formuló;
Y su regio ofrecimiento
Hácia México voló
Con la rapidez del viento.
Pronto debe estar de vuelta
Su enviado; si el soberano
Tiene aún algo de humano,
La cuestion está resuelta.
Seguros podeis salir
Sin temer otro retardo,
Libre estando don Leonardo,
Si no. . . .

DON LUIS.

Debemos morir!

DON JUAN.

El hijo es muy generoso;
Mas no hay lugar al perdon
Hiriéndole el corazon
Un golpe tan doloroso!

SESMA.

Si al virey ciega el orgullo
Y prefiere ser cruel,

Sea vuestra sangre sobre él,
El crímen es todo suyo.

DON JUAN.

Recelo que nos condene;
Pero gracias á vos, ya
Prevenido me hallará
El rayo cuando resuene.

SESMA.

Si despiadado os inmola
La venganza del tirano,
Lágrimas de un mexicano
Tendrá la sangre española!

DON JUAN.

Gracias! á la hora que espire
Preferiré que testigo
Sea de mi suerte un amigo. . . .

SESMA.

Tiempo es ya que me retire.
Vuestro soy, señor don Juan.

UN SOLDADO.

Licencia pide una dama
Para entrar. . . .

SESMA.

¿Cómo se llama?

EL SOLDADO.

Es doña Inés de Guzman.

DON DIEGO.

Mi hija!

SESMA.

Franqueadle la puerta.

DON LUIS.

Inés! cuan fino es su amor!

DON DIEGO.

Quizá la arroja el temor
De nuestra casa desierta. . . .

ESCENA TERCERA.

DOÑA INÉS *y dichos, menos* SESMA.

DOÑA INÉS.

Gracias á Dios, señor, al fin te veo!

DON DIEGO.

Hija! querida Inés, ven á mis brazos.

DOÑA INÉS.

De venir á buscaros al deseo
Cedió mi corazon hecho pedazos.
Don Luis!

DON LUIS.

Amada Inés!

DOÑA INÉS.

Vagando sola
Entre este pueblo que nos ve con ira,

Creo que soy la única española
Que en esta triste poblacion respira.

DON DIEGO.

Hija del corazon, cuanto has sufrido!

DOÑA INÉS.

No es esto solo; de terror y muerte,
Como presentimiento que me advierte,
Rumor siniestro resonó en mi oido.

DON LUIS.

La triste soledad, la amarga pena
Engendran esas tétrieas visiones.

DOÑA INÉS.

La realidad y no mis ilusiones
Es lo que el alma de dolor me llena.

DON JUAN.

Pobre jóven! ¿os han comunicado
Reciente nueva del fatal suceso?

DOÑA INÉS.

La libertad del desdichado preso
Parece que el virey niega obstinado.

DON LUIS.

Mas quién puede saberlo todavía
Si el mismo general no lo asegura.

DOÑA INÉS.

Yo no sé. . . . mas la plebe lo murmura
Y de terror mi corazon se enfria. . . !

DON DIEGO.

Serénate, te alarmas sin motivo,
No hay razon para tanto desconsuelo.

DOÑA INÉS.

En tanto, padre amado, que esteis vivo,
Gustosa miraré la luz del cielo;
Pero si tu cabeza venerable
Debe caer en una tumba helada,
Yo no quiero quedar abandonada
Sin apoyo en el mundo miserable.

DON DIEGO.

¿Cual es tu pensamiento?

DOÑA INÉS.

Si cerrado
De salvacion está todo camino,
Y vuestra muerte decretó el destino,
Dejadme perecer á vuestro lado!

DON DIEGO.

Calla, hija mia.

DOÑA INÉS.

Mi amoroso pecho
Será el escudo que al morir te quede,
Y si á mi padre proteger no puede,
A su cabeza servirá de lecho!
Antes que rompa tu querida frente
El plomo horrible, quebrará la mia;

Y cuando corra vuestra sangre ardiente,
La de tu hija se hallará ya fria!

DON DIEGO.

El corazon traspasas de tu padre!

DOÑA INÉS.

Qué será de la huérfana perdida
Sin el apoyo de su tierna madre
En el desierto estéril de la vida?
A vos, don Luis, á quien constante amo
Os tocará tal vez la misma suerte:
Con vos anhelo dividir la muerte,
De vuestra tumba la mitad reclamo!

DON JUAN.

Oh Dios! aun puede el pecho del soldado
Sentir una impresion de amargo duelo!
Quien no comprenda ese dolor sagrado
Sin duda tiene el corazon de hielo.

DOÑA INÉS.

Yo vivo por mi padre, yo lo adoro,
Yo soy la hiedra de su tronco asida:
Aquel que me arrebate mi tesoro
Lleve tambien mi desdichada vida!

DON LUIS.

Cálmese vuestro afan! hay en el cielo
Quien las lágrimas cuenta del que gime:
Dios en su seno, celestial consuelo
Guarda para un afecto tan sublime!

DON JUAN.

Al apurar el cáliz que se ofrece
A vuestro labio en tan horrible paso,
Comprendereis la pena que padece
El general que se halla en igual caso.

DOÑA INÉS.

Oh! sí, la angustia de su heróico pecho
Debe tan grande ser como la mia;
Si á mi padre matáran sin derecho,
Yo tambien á mi padre vengaria!

DON JUAN.

Callad, callad: terrible es el momento
Que en este instante sobre todos pesa. . .
Que no llegue á su oido vuestro acento.

DOÑA INÉS.

Dios Eterno, perdona mi flaqueza!

UN SOLDADO.

El general se acerca á este aposento,
Retiraos al fondo de la pieza!

DON JUAN.

Por último veremos un gran drama.

DON DIEGO.

Ven hija, eleva tu oracion al cielo.

DOÑA INÉS.

Vivir contigo, y si la muerte llama,
Dos almas juntas alzarán el vuelo!

ESCENA CUARTA.

EL GENERAL BRAVO, GALIANA *y dichos.*

Se retiran los prisioneros al fondo del teatro. Bravo se manifiesta profundamente inquieto. Su semblante pálido y triste estará en armonía con su situacion. Despues de pasearse algunos momentos en silencio dice á Galiana.

BRAVO.

Aun no disipa la aurora
La oscuridad? . . .

GALIANA.

Sí señor,
Ya con débil resplandor
El horizonte colora.

BRAVO.

¿Y esta noche no has sentido
En el silencio profundo
En que reposaba el mundo,
Sonar un triste gemido?

GALIANA.

Mi general. . . .

BRAVO.

Y cruzar
Por tu abrasadora frente
Un soplo sutil y ardiente
Que no se puede esplicar! . . .
¿No has escuchado una voz
Que al mundo no pertenece,
Y que llamarnos parece
Al seno augusto de Dios?

GALIANA.

Por la fatiga rendido
Hondamente reposaba.

BRAVO.

Pues á mí me ha parecido
Que junto á mí entristecido
Un espíritu pasaba.
Permita el cielo sagrado
Que mi padre, á quien ya llora
Mi corazon, á esta hora
No sea cadáver helado!
Permita Dios que aun le vea,
Y que este horrible martirio,
Únicamente delirio
Del alma agitada sea!

GALIANA.

No lo dudeis; si sus manos
Le llegáran á tocar. . . .

BRAVO.

Crees, Galiana, á esos tiranos
Capaces de perdonar?

GALIANA.

No; pero mil prisioneros
Responden de su cabeza,
Y fuera mucha torpeza. . . .

BRAVO.

No serian los primeros. . . .

Cuando el orgullo del mando
De un déspota se apodera;
Cuando turba lisonjera
Que se arrodilla temblando,
Con sus amaños serviles
Cambia las cosas de nombres,
Son ante el trono los hombres
Unos míseros reptiles.
¿Qué importa que nuestra planta
Al vil insecto destroce,
O que de la vida goce
Si nuestro pié se levanta? . . .
¿Qué importa que á la avecilla
Mate plomo destructor,
Mientras un canto de amor
Está entonando sencilla?
Y al que como Dios se sienta
Sobre la plebe soez,
¿Qué importa si se presenta
Un cadáver á sus piés?
Quizá su labio se enciende
Con risa mal reprimida,
Cuando su poder se estiende
Hasta extinguir una vida,
Tal vez ¡ay! habrán gozado
Ya de placer tan impío,
Contemplando, padre mio,
Tu cadáver destrozado!

GALIANA.

Por Dios, señor, desechad
Tan horrible pensamiento,

BRAVO.

Hasta saber la verdad
No me es dado ni un momento
Gozar de tranquilidad.
En esta noche inclemente
He sufrido horribles penas,
Cual si de una fiebre ardiente
Corriese el fuego en mis venas,
En horrorosa inquietud
Donde tornaba los ojos,
De mi padre los despojos
Miraba en el ataúd.
Y recordando un cariño
Tan constante y acendrado,
Viéndolo ya destrozado
He llorado como un niño.
Un momento á la fatiga
Cedí, y horrible vision
Surgió en mi imaginacion
Como una sombra enemiga,
Mas me parece recuerdo
De algun suceso pasado,
Y al creerlo realizado
En un abismo me pierdo. . . .
Figúrate, Galiana, que creia
Verme de nuevo en la modesta estancia
Donde en medio de juegos inocentes
Tan dulcemente resbaló mi infancia,
Mi corazon tranquilo y satisfecho
Latia con placer inusitado,
Para colmo de dicha, allí á mi lado

Mi padre estaba como yo, felíce,
Cariñoso estrechándome á su pecho.
Su rostro venerable,
Y la espresion de celestial ternura
Con que en mí se fijaba su mirada,
De la felicidad mas santa y pura
Penetraban el alma sosegada. . . .
Mas duró poco la ventura mia:
Cuando mas embebido en dulce hechizo
Sus hermosas palabras recogia,
En los vecinos campos, de improviso
Sonó el clarin con imperioso acento,
Y de guerra cruel funesto aviso
A nuestro oido lo condujo el viento.
Miré á mi pecho, y viéndolo luciente
Con el noble uniforme del soldado,
Sentí una llama atravesar mi frente,
Obedeciendo del honor al grito
A mi padre dejé con sentimiento,
Y el acero empuñando apresurado
Del apacible hogar lancéme fuera. . . .
Mi corcel impaciente me aguardaba,
Y merced á su rápida carrera
Pronto llegué á la escena del combate,
Do al rededor de la real bandera
Los tercios españoles reunidos
Con torrentes de balas y de fuego
Inundaban los campos conmovidos. . . .
Hácia otro lado el águila de Anáhuac
Tambien envuelta en nubes borrascosas
Desplegaba sus alas victoriosas. . . .

Allí te hallabas tú con tus valientes,
Y como en otras peligrosas lides
Fiamos al valor nuestra esperanza. . . .
Te dí la órden de enristrar la lanza:
Partieron nuestros bravos insurgentes
Guiando yo su intrépida cuadrilla;
Y éntre sangre y despojos palpitantes,
Cubiertos de laureles y triunfantes,
Pisamos los leones de Castilla!
Lleno mi pecho de placer divino
Quise á las plantas de mi padre anciano
Mis laureles poner, torné la rienda
Á su apacible asilo; mas en vano,
En vano le busqué, perdido el tino. . . .
En vez del techo de mi pobre casa,
En vez de su grosera arquitectura,
Triste alcázar de gótica estructura
Se presentó á mi vista, coronadas
Sus murallas de torres y de almenas;
Y sus puertas herradas
Por tropas españolas resguardadas!
No sé por qué mi corazon inquieto
Me avisó que mi padre allí estaria,
Y helada el alma por terror secreto,
Creí que su cabeza venerable
Del hacha amenazada se veia. . . .
Ciego de rabia, á mi corcel ardiente
Las espuelas clavé, su duro casco
Del centinela se estampó en la frente;
Y bajo de altas bóvedas pasando
Mientras lúgubres ecos respondian

Del caballo los golpes redoblando,
Tras un rápido espacio
En el centro me hallé del gran palacio.
Al punto tortuosas escaleras
Subí franqueando largos corredores,
Pasadizos oscuros,
Crucé á lo largo de los tristes muros,
Y en una sala de oriental adorno
Cual si saliese á recibirme atento,
Se presentó á mi vista, en forma estraña,
El adusto virey de Nueva-España!
«Mi padre! iba á decirle. . . . respondióme:
«Aquí está en mi palacio prisionero.»
Nuestros dos corazones palpitaron,
Y con mudo furor mal reprimido
Cual rayos nuestros ojos se cruzaron!
Quiso en sus manos destruir mi acero
Y la diestra esquivé. . . . llevóme entonces
A escondido retrete,
Y me indicó con su sonrisa fría,
Indicio cierto de violento insulto,
Que allí el fin de mi afan encontraria!
Entré . . . . la luz de moribunda llama
Mostraba apenas un estraño bulto
Sobre regio sillon de antigua hechura,
Cubierto con un velo misterioso. . . .
Trémulo y afanoso
Lo aparté de su faz. . . . era mi padre!
Mas solamente mi filial ternura
Le pudo conocer. . . . cadáver yerto,
Sin la luz de la vida en sus mejillas. . . .

Toquéle; y en el suelo de rodillas
Cayó, girando su mirar incierto!
Intenté levantarle, y en mis brazos
Se arrojó en horrorosas convulsiones
Cual si rompiese los terrenos lazos
Con el ansia mortal del que se ahoga
Y á doloroso torcedor resiste:
Saltábanse sus ojos y cubria
Roja espuma su labio. . . . ¡ay de mí triste!
Angustiado apartando su cabello
Ví al derredor de su morado cuello
Un dogal que inclemente lo ceñia!
Despedazarlo quise con mis manos
En esfuerzos frenéticos. . . . la lucha
Se prolongó por término infinito,
Hasta que al fin se escucha
Un horroroso grito
Terminando su bárbara agonía. . . .
Entre tanto el virey alborozado
Con irónica risa me decia:
«¡Tú con tus propias manos lo has ahorcado!» . . .

GALIANA.

Un fantasma tenebroso
Por el abismo abortado,
Vuestro pecho ha desgarrado
Con su aliento ponzoñoso!
Sueño de la fiebre ha sido,
No verdad como creis,
En breve, señor, vereis
A vuestro padre querido.

BRAVO.

Quizá toco ya al estremo
De superstición liviana;
Mas de ellos todo lo temo,
Lo asesinarán, Galiana!
Mil hechos de tiranía
Mis recuerdos me presentan,
Y sus fantásmas ahuyentan
La triste esperanza mia.
Lo asesinarán te digo!
Es nuestra estrella infelice;
Y ya el corazon me dice
Perdí mi mejor amigo!
Mas no se oye galopar
Un caballo?

GALIANA.

Creo que sí.

BRAVO.

Es él.

GALIANA.

Ya se acerca aquí.

BRAVO.

Temo acabe de llegar
El desengaño, ¡ay de mí!
Es sin duda el mensajero;
Y un consuelo celestial
O la punta de un puñal,
Será su acento primero!

Corre, Galiana, al instante,
Estimula su indolencia,
Interroga su semblante,
Condúcelo á mi presencia!

GALIANA.

Cuidad, señor, de vos mismo;
Si el infortunio os abate,
Oponedle el heroismo
Que mostrais en el combate. *(vase.)*

ESCENA QUINTA.

BRAVO. *(Se arrodilla.)*

Piedad! Señor, piedad! . . . si os he ofendido,
Sobre mí vuestro enojo descargad;
Mas de mi hondo dolor compadecido
A mi padre salvad!
La mano del verdugo no le hiera!
Jamás la vuestra lo abandone, no;
Si es fuerza que uno de mi casa muera
Haced que sea yo!
Honor y gloria perderé gustoso,
Mi espada vencedora romperé,
El hábito de pobre religioso
Humilde vestiré. . . .
Sobre mi frente baje el anatema,
Séame siempre la fortuna esquiva;
Pero que ordene vuestra voz suprema
El que mi padre viva! . . *(se pone en pié.)*

Qué angustia! sobre mi frente
Pesa oscuro fatalismo!
Paréceme que un abismo
Abierto tengo á mis piés!
Tal vez están ya sus ojos
Muertos á la luz del dia. . . .
De salvarle todavía
Ocasion será tal vez. . . .
Fuera crueldad insensata
Del virey, asesinarlo,
Cuando sabe que á vengarlo
Dispuesto mi brazo está. . . .
Mas es tan grande el desprecio
Con que el español nos trata!
Esta duda atroz me mata. . . .
El desengaño aquí está!

ESCENA SESTA.

BRAVO, GALIANA, CAYETANO.

Entran Galiana y Cayetano manifestando á su pesar la turbacion y el dolor.

BRAVO.

Su mirar, su paso incierto
Qué me anuncian. . . . desdichado!
Habla pronto! ¿se ha salvado?

CAYETANO.

Señor. . . .

BRAVO.

Mi padre está muerto! . . .

Muerto! . . . no me digas mas. . . .
Lo asesinaron, no existe,
De la catástrofe triste
Adivino lo demás!
Pudiera caberme duda
De su adversa suerte? No!
Su lengua fiel está muda. . . .
Mi pobre padre murió! . . .
Ay! del martirio la palma
Imaginé que alcanzaba,
Cuando sentí me faltaba
Alguna cosa del alma!
Su espíritu me lo dijo. . . .
Muerto! muerto! Santo Dios!
¿No llega, pues, hasta vos
El ruego ardiente de un hijo?
No, no hay compasion, ¿no es cierto?
Habla, dime la verdad.

GALIANA.

Mi general. . . .

BRAVO.

Acabad!

CAYETANO.

Vuestro amado padre es muerto!

BRAVO.

Sí! . . . no me sorprende nada. . . .
Solo siento una impresion,
Como si en el corazon

.... Penetrase una estocada! *(se apoya en una*
Aquí su imágen querida *silla.)*
Grabada estaba con fuego;
Puesto que á perderla llego,
Fuerza es que sienta la herida....

Aquí un altar, padre mio,
Mi tierno afecto te alzó;
Mas la llama se apagó
Y es ora sepulcro frio!

Sombra de perdido bien
Eres para mí á esta hora;
Sombra que sin tregua llora
Desde hoy seré yo tambien!

Nada de la vida espero:
Sin mi padre no soy nada,
Rompe, Galiana, mi espada,
Inútil la considero!

Ya no vendrá la victoria
A sonreir á mi lado....

Maldita la infame gloria
Que mi padre me ha robado!

Venga el español cobarde,
Asalte mi campamento;
Me encontrará sin aliento,
Ya mi entusiasmo no arde!

Ni patria tengo ni amigo....
Soberbio tirano oprima,
El pueblo estúpido gima....
Yo seré mudo testigo!

Solo quiero una mansion
Oculta donde llorar,

Y á torrentes exhalar
La hiel de mi corazon!
Oh! si mi llanto de fuego
Tu cadáver reanimára!
Si tu impasible sosiego
Mi amarga queja turbára!
Mas no, que abismo profundo
Te aparta, padre, de mí;
Y seguiremos así
Tú en la tumba, yo en el mundo! *(se cubre la cara con las manos.)*

GALIANA.

No sé qué hacer ni decir,
Pese á mi fortuna impía!
Antes quisiera morir
Que presenciar su agonía.

CAYETANO.

Á su muerto padre llora, ...

GALIANA.

Corre el llanto del valiente,
Como de volcan ardiente
Brota lava abrasadora.
Muerta yace la esperanza
En su noble corazon;
Mas despertará el leon
Á la voz de la venganza!

CAYETANO.

Sí! que una palabra sola
Pronuncié mi general,

Y vereis este puñal
Teñido en sangre española!

BRAVO.

Triste ha sido tu destino!
Los héroes mueren así. . . .
Mas ¿esperabas de mí
Que fuera yo tu asesino?
Yo, yo te pude salvar;
Y por un orgullo necio,
Por un miserable precio,
Te dejé sacrificar!
¿Qué me pedia el virey?
Que mi causa desertára,
Que la espada le entregára
Y me sometiera al rey. . . .
Y por qué no?. . . . yo queria
Como un héroe proceder!
Salvar antes no debia
Al padre que me dió el ser?
¿Por ventura, la cabeza
De un padre no compensaba
Lo que el virey alcanzaba? . . .
Él procedió con nobleza,
Cuando por su libertad
Subido precio exigió. . . .
Quien cometió la maldad
De asesinarlo, fuí yo! . . .

GALIANA.

Ah! mi general. . . .

BRAVO.

Yo fuí! . . . .

Yo por quimérico honor,
La prenda de mas valor
Al verdugo le vendí!

Salvar al padre amoroso
Que en la cuna nos bendijo
Velándonos afanoso,
Ese es el deber de un hijo!
Pagar deuda tan sagrada
Es su sola obligacion,
Su vida, su religion,
Todo lo demás es nada!

¿Qué es la patria por ventura,
Sino el miserable suelo
Do vimos la luz del cielo,
Donde hallamos sepultura?
¿Y la libertad qué es
Sino el juguete menguado
De un déspota coronado
O de la plebe soez?

¿Qué importa sufran las trabas
De un gobierno envilecido,
Los que de madres esclavas
Para esclavos han nacido?
Todo me es indiferente. . . .
Sucumba ó venza el tirano,
Yo no lo veré: á otra mano
Pase el pendon insurgente!
Cortas son noches y dias
Para el funeral amargo:
Hundido en triste letargo,
Resbalen las horas frias

Sobre mi frente inclinada
Por el dolor; en su tumba
Mi existencia se derrumba
Para siempre destrozada!
Y como el soldado herido
Que se aleja del combate,
Mi pecho angustiado late
Cansado y desfallecido!
Que el virey tiene logrado
Cuanto anheló considero. . . . .
Muerto yace el prisionero,
Y el guerrero desarmado!

GALIANA.

Desarmado! vive Dios!
Rodeado estais de valientes;
De vuestro labio pendientes,
Prestos á morir por vos!

BRAVO.

No esperes nada de mí.
En el dolor me consumo;
Por una ráfaga de humo
Un gran tesoro perdí! . . .
Mi corazon está helado.

CAYETANO.

Sabes cómo ha perecido
Tu padre, señor? . . . ahorcado
Cual miserable bandido!

BRAVO.

Qué dices? ese cobarde

Insulto tambien le han hecho!
A esa palabra, en mi pecho
Fuego de venganza arde! . . .
Ahorcado! raza maldita!
Por Dios que tan vil ultraje
Hará por fin que yo baje
Al fango donde ella habita!
Ya que infames se han vengado,
¿Por qué no dar al valiente,
Al padre de un insurgente,
El destino del soldado?
Olvidaron que en la guerra
Prisioneros les quité
Por millares, y podré
Bañar en sangre la tierra?
Galiana! viven los cielos
Que no respondo de mí. . . .

GALIANA.

Ved lo que os escribe aquí
Nuestro general Morelos.

BRAVO.

Lee tú: de cólera ciego
No pudiera hacerlo yo.

CAYETANO *(aparte.)*

En su corazon prendió
Ya de la venganza el fuego!

GALIANA *(leyendo la carta de Morelos.)*

«Hijo mio! es preciso en esta hora
Hacer uso de todo el heroismo

Que en vuestro noble pecho se atesora:
Acabo de saber en este mismo
Instante, que el tirano detestado
Sin tener cuenta de su sangre propia,
A don Leonardo Bravo ha ejecutado,
Cualquiera frase me parece impropia
Para calmar vuestra terrible pena. . . ,
Las palabras no sirven de consuelo
Cuando se pierde á un padre. . . . sólo el cielo
De un hijo tierno el corazon serena.
Tampoco es la venganza apetecible
A un corazon tan noble y generoso
Como es el vuestro; pero no es posible
Dejar impune un crímen espantoso
Que los derechos de los hombres viola,
Y por sí mismo la venganza inflama;
Si mexicana sangre se derramâ,
Derrámese tambien sangre española!
Haced ejecutar los prisioneros,
Cuantos tengais, sin ajustar la cuenta,
La represalia debe ser sangrienta
Para evitar ultrajes venideros. . . .
Cumplida esa justicia, me aconseja
La prudencia excitaros al combate:
El tigre sanguinario no se abate
Y busca aún una leccion Calleja!
En breve nos veremos. . . . quiera el cielo
Daros conformidad: si yo consigo
Suplir en parte á mi mejor amigo,
Segundo padre en mí hallareis.

MORELOS. »

BRAVO.

Segundo padre! si pudiera alguno
Llenar el hueco inmenso que ha dejado
En mi pecho su muerte, fuera el héroe
Que divinos decretos destinaron
Para humillar el español orgullo
Y libertar al suelo mexicano;
Mas solo un padre hallamos en el mundo
Y es el que ser y vida nos ha dado.
La pérdida funesta que he sufrido
No puede remediar poder humano!
Jamás, Galiana, su doliente sombra
Se apartará un instante de mi lado.
Si sucumbiera al menos combatiendo,
Aun fuera mi dolor menos amargo;
Mas con muerte tan bárbara y horrible!...
¿Comprendes los tormentos de un ahorcado?...
Ante tan vil ultraje hecho á mi padre
De la venganza con la sed me abraso!

CAYETANO.

¿Qué te impide, señor, en el instante
Dar órden de vengarte y de vengarnos?
Si hubieras visto como yo de cerca
El fin funesto de tu padre anciano;
Si hubieras visto á la indefensa víctima
Al cadalso marchar con firme paso
Sofocando su oculto sufrimiento,
Y en presencia del pueblo alborotado
Espirar entre jueces y verdugos
El nombre de su hijo pronunciando,

Cual si venganza del cobarde ultraje
Te demandara al espirar su labio,
Ni un momento aplazaras el castigo
Y dieras á su espíritu descanso!

BRAVO.

Basta! ni una palabra mas me digas,
En mi cerebro ese horroroso cuadro
Con sangrientos colores el infierno
Represalias pidiendo me ha grabado,
Y el corazon nadando ya palpita
De la venganza en el veneno amargo!
Siento que no nací para verdugo;
Mas tan horrible oficio los tiranos
Me enseñarán. . . . tan solo sangre anhelan,
Muerte, esterminio. . . . suplicar es vano,
Ni la razon ni la justicia escuchan. . . .
¿Sangre quereis, verdugos coronados?
Sangre tambien nosotros vertiremos
Para aplacar los manes venerados
De los mártires nobles de la patria. . . .
Vuestros deseos quedarán colmados,
Sobre el sepulcro de mi amado padre
Pronto podreis mirar un rojo lago!

GALIANA.

La órden que manda el general Morelos
Debo cumplir?

BRAVO.

Cumplidla sin retardo.

GALIANA.

¿Sabeis que son trescientos prisioneros?

BRAVO.

Ya ves que el general prohibe contarlos!

CAYETANO *(aparte.)*

Mueran todos! son todos españoles,
Nuestros ultrajes quedarán vengados!

BRAVO.

Haced al punto preparar las armas:
Que la tropa de línea forme cuadro
Al frente, preguntad al religioso
Si acaso ha concluído ya su encargo.
Prevenid á mis negros de la costa,
Ellos serán los que hagan los disparos. . . .
En cuanto estén mis órdenes cumplidas
Me vendreis á buscar. . . . en ese cuarto
Estaré, para alivio de mi pena
Quiero á la ejecucion acompañaros.
Sombra de un padre! espíritu de un mártir!
Hazme oir tu decreto soberano,
El oido de un hijo los escucha
Y cumplirá tu voluntad su brazo!

(Entra en la habitacion de la izquierda.)

CAYETANO

(Manifestando alegría feroz y volviéndose hácia los prisioneros.)

Lo oísteis? . . . pronto os quitarán la vida
Los que un tiempo tuvísteis por esclavos!
Tiranos de la América infelice,
Vuestras cabezas viles serán pasto

De las aves sangrientas de rapiña;
Como ellas yo tambien mi presa aguardo. *(vase.)*

GALIANA

(Volviendo de acompañar á Bravo.)

Ya lo sabeis, señores, vuestras vidas
Deseaba el general poner en salvo;
El virey lo dispone de otro modo
Dando la muerte á don Leonardo Bravo.
Os mata por saciar una venganza
Él, solamente él es el culpado.
Breves son los momentos que ya os quedan,
Para el último trance preparaos. *(vase.)*

DON JUAN.

Preparados estamos hace tiempo,
Que somos españoles y cristianos!

ESCENA SÉTIMA.

DON DIEGO, DON JUAN, DON LUIS, DOÑA INÉS. *(Se acercan al foro.)*

DOÑA INÉS.

¿Será posible, Dios mio,
Que ya no quede esperanza?
Ese asesinato frio
Al cielo pide venganza!
Mas ¿qué culpa puede haber
En nosotros? por ventura
Pudo de su sepultura
Apartarle una mujer?

¿Por qué somos condenados
Expiando culpa agena,
A sufrir horrible pena
A su cadáver atados?
Es una injusticia atroz:
De nobleza alto renombre
Goza Bravo; pero es hombre
Y se vengará feroz!
Su padre el tirano impío
Sin piedad le ha arrebatado,
Y ciegamente irritado
Quiere arrebatarme el mio!
Ah! yo lo sabré estrechar
Con frenesí entre mis brazos;
Y solamente á pedazos
Me lo podrán arrancar!

DON LUIS.

Inés, Inés, en esta hora
De separacion eterna,
Oid la súplica tierna
De un amante que os adora;
No mas en este aposento
Permanecer debeis vos;
Huid, evitad, por Dios,
Un desenlace sangriento!
Vos estando aquí presente
El valor me faltaria,
Y tal vez á cobardia
Lo atribuyera esa gente.
Os es precisa la calma;
A vuestra casa tornad,

Y al cielo elevando el alma,
Nuestro perdon alcanzad!

DOÑA INÉS.

Eso me decis, don Luis?
¿Quereis que huya y espere,
Mientras fusilado muere
Aquí mi padre infeliz?
¿Creeis que pueda encontrar
La calma, al cielo implorando,
Y ardientes ruegos alzar
Mientras os están matando?
No! yo á la muerte me entrego
Con vosotros juntamente
Si al general insurgente
No le conmueve mi ruego!

DON DIEGO

(Con dolor mal reprimido.)

Hija mia! eres cristiana:
A la fuerza del destino,
Que es un decreto divino,
Toda resistencia es vana.
La sagrada religion,
En tan horrible momento
Eleve tu pensamiento
Y aliente tu corazon.
Yo tal vez voy á morir. . . .
Dejarte sola en el mundo
Es el dolor mas profundo
Que un padre pueda sentir.
Mas me sirve de consuelo

Al pisar el ataúd,
Que ha fijado mi desvelo
En tu pecho la virtud.
Esa es la compañera
Que á mi huérfana le dejo,
Ella será tu consejo
Y tu dicha verdadera.
Esa es la divina luz
Del alma pura y sencilla,
Que aun en la desgracia brilla
Y hace un trono de la cruz!
Aceptar debes del cielo
La inmutable voluntad:
Que el llanto de la orfandad
Nunca corre sin consuelo!
Huye, pues, vete, hija mia. . . .
Déjanos sin resistencia,
En tal hora tu presencia
Mi tormento doblaria.

DOÑA INÉS.

Es tu precepto sagrado
Para mí; mas quiero verte,
Y al que la vida me ha dado
Acompañar en la muerte!
No pienses que si en mi ausencia
Te abren sepulcro profundo,
Mucho tiempo por el mundo
Arrastraré mi existencia.
Ya ves qué dolor tan fiero
Al heróico Bravo abate,
Ya ves qué duro combate

Sufre el alma del guerrero,
Es la sangre su placer,
A la razon ya no escucha. . . .
¿Qué hará en tan terrible lucha
El alma de una mujer?
No, señor, yo soy cautiva
Por mi voluntad contigo;
Si del cielo es un castigo,
No quiere el cielo que viva!

DON DIEGO.

Libre estás de su sentencia,
Defendernos no podrá
Tu amor, tal vez la demencia
Tu cerebro turbará!

DOÑA INÉS.

Ah! nó lo permita Dios!
Todavía estais aquí,
Aun tengo padre, y no oí
Sonar la descarga atroz,
Aun no descubren mis ojos
Aquí un campo de matanza
Lleno de yertos despojos
Que destruya mi esperanza,
No ha escuchado el general
Sonar vibrante en su oido
El acento dolorido
De mi cariño filial.

DON JUAN.

Dice bien, señor don Diego,
Dejad, dejad que vuestra hija

Con su blanca mano elija
Una carta en este juego.
Segun nos cuenta la historia,
Era Aquiles un guerrero,
Cuyo corazon de acero
Templaba solo la gloria.
Pero cuando hasta su tienda
Llegó Priamo lastimoso
A demandarle lloroso
De su cariño la prenda,
Del héroe altivo cubrió
Amarga nube los ojos,
Y del hijo los despojos
Al padre anciano entregó;
Veamos ora si Homero
Tambien hubiera acertado
Siendo el padre prisionero
Y un ángel el abogado. . . .

DOÑA INÉS.

Dios realice mi esperanza!
Tal vez su noble hidalguía
No solo á la prenda mia
Mas para todos alcanza. . . ,

DON JUAN.

A todos. . . . . mucho lo dudo,
Su amigo Patroclo muerto
En mas de un cadáver yerto
Lo vengó Aquiles sañudo.
Mas por mí no paseis pena;
Estoy muy acostumbrado

A ver el mar irritado
Y ensangrentada la arena.
Por dicha no soy casado,
Ni hijo, ni parientes cuento;
Y si no muero contento
Moriré como soldado! *(se oye un redoble*
No dilatemos, señores, *de tambores.)*
Nuestras súplicas á Dios,
Que es de otro mundo la voz
Con que hablan esos tambores! . .

DOÑA INÉS

(Asomándose á la ventana.)

Ay! están ya preparados
Con fiera resolucion,
¡Cuan espantosa impresion
Producen esos soldados!
Sálvanos, Vírgen María!
Ampáranos, Santa Madre
Del Redentor! á mi padre
No me arrebate este dia!

(Se oye un doble melancólico, y comienzan á salir de la pieza del fondo los prisioneros, conducidos por varios soldados. Con ellos vienen Galiana y Sesma.)

ESCENA OCTAVA.

Dichos, GALIANA, SESMA, *y el resto de los prisioneros.*

DON LUIS.

Esa campana. . . !

DON JUAN.

Doblando
Están por nosotros ya,
En mí no consistirá
Si se quedan esperando.
Dios nos ampare en la hora
Igualmente aborrecida
Del desdichado que llora
Y del que goza en la vida!
Mirad cuantos prisioneros. . . .
Larga será la jornada,
Y es incierta la posada,
Mas no faltan compañeros!

DON DIEGO

(Á un lado del teatro.)

Dios Eterno! ten piedad
De la hija que abandono,
Desde tu celeste trono
Ampárala en su orfandad!

DON LUIS.

Oh Díos mio! de mi amada
Ten ahora compasion,
No á la desesperacion
La dejes abandonada!

DON JUAN

(Tomando por la mano á doña Inés.)

Venid, se acerca el momento.
Dios vuestro ruego bendiga!

No dirijais vuestro acento
A Bravo hasta que yo diga.
Es la última jugada,
Y á buen tiempo debe ser;
En llegándose á perder
La partida está acabada! . . .

ESCENA NOVENA.

Dichos, BRAVO.

Ántes de acercarse á los prisioneros se recoge algunos momentos y declama los siguientes versos.

BRAVO.

Su noble sombra me mira
Y mueve mi corazon!
Tan bella resolucion
No es mia, él me la inspira!
Este esfuerzo esclarecido,
Este heroismo sin nombre
Que hace un semidios del hombre,
De otro mundo me ha venido!
Tranquilo, padre querido,
En tu sepulcro descansa,
Tú tendrás una venganza
Cual ningun héroe ha tenido! . . .

GALIANA.

Señor, la tropa está sobre las armas
Y todas vuestras órdenes cumplidas;
En cambio de una vida inapreciable,
El enemigo perderá mil vidas.

BRAVO.

Bien. . . . muy pronto en el campo de batalla
Teñiremos en sangre los aceros;
Mas antes de imitar á los tiranos,
Quiero hablar á esos pobres prisioneros!

(Rodeado de los prisioneros españoles.)

Españoles! sabeis lo que ha pasado,
De indignacion mi corazon palpita,
Desde la hora fatal venganza grita
La sombra de mi padre asesinado!
Venganza pide la villana ofensa
Que en él se hace á los héroes insurgentes;
La represalia es la única defensa
Que les queda de hoy mas á los valientes.
El ilustre Morelos tambien arde
Por vengar ese crímen, y me ordena
Que ni un solo momento se retarde
El haceros sufrir la última pena.
Conmovida mi tropa por la suerte
Del que mas que su gefe fué su amigo,
A gritos pide ya vuestro castigo,
Todo me induce, pues, á daros muerte. . . .
Dirigid á esa plaza las miradas
Y podreis ver á mis soldados bravos
Roto el yugo de míseros esclavos,
Esperar con las armas preparadas.
Una seña, un acento de mi labio,
De vosotros cadáveres harian,
Y apenas tantas víctimas serian
Justa venganza del sangriento agravio!

Mas no temais; el que juzgaros debe
Es el hijo del ínclito patriota,
Y de la sangre del tirano aleve
Su corazon no encierra ni una gota!
Nada temais, que si á Venegas plugo
A un valiente matar como á bandido,
El que su nombre lleva no ha nacido
Para hacer el oficio de verdugo!
Españoles! alzad la mustia frente!
Ved la estirpe de Bravo envilecida!
Alzad los ojos y leereis la vida
En el franco mirar del insurgente!
Aquí teneis al *hijo del ahorcado*,
Ved si nobleza ó vil rencor rebosa.
Mi padre pereció, pero ha quedado
La inspiracion de su alma generosa!
Libres sois, españoles! . . . está abierto
A vuestra vista porvenir hermoso,
Mientras derramo llanto doloroso
Vivid en nombre de mi padre muerto!
Vivid, vivid por él! y á ese tirano
A quien no envidio el corazon de fiera,
Libres podeis decir de qué manera
Se ha sabido vengar un mexicano!

(Luego que Bravo acaba de hablar, prorumpen los prisioneros en vivas aclamaciones que manifiestan su alegría inesperada. Don Diego é Inés se arrodillan de un lado y otro de Bravo.)

DON DIEGO.

Señor! vuestro heroismo me enagena;
La humanidad os debe alzar altares!

De guerreros vulgares
Está la historia llena. . . .
Mas perdonar con generoso pecho
Mientras abrasa el corazon la ira,
Solo el cielo lo inspira,
Solo vos lo habeis hecho!
Existir y deber la vida á Bravo
Es á mi corazon doble ventura,
En mí teneis de un padre la ternura,
Si quereis, un esclavo! . . .

DOÑA INÉS.

Señor! á un corazon entusiasmado
Todo lenguaje le parece frio.
Un padre os han quitado
Y me dejais el mio!
Vuestro perdon es lluvia bienhechora
Refrescando la tierra enardecida,
Que las flores colora
Y las vuelve á la vida!
De vuestro padre en el sepulcro santo
No haceis caer una hecatombe horrenda,
Ni la fúnebre ofrenda
De inconsolable llanto.
Mas en torno á su losa funeraria
Se elevará en ardientes bendiciones
La sublime plegaria
De mil agradecidos corazones!
Yo la primera, el triste monumento
Adornaré con una flor marchita,
Muestra del sentimiento
A su sombra benéfica y bendita! *(se ponen en pié.)*

BRAVO.

Venid á que os estreche entre mis brazos:
Ese homenaje al padre que he perdido
Es digno de elevarse hasta los cielos,
Nace de un corazon agradecido.
Envidio vuestra dicha. . . . . sed felices!
Y siempre que os sonria la ventura,
Consagrad de amistad tierno recuerdo
Al que las heces del dolor apura. . . .

DON LUIS.

Yo no puedo partir sin que publique
Que me sacais del fondo de un abismo
De sufrimiento, para ser dichoso,
Y que admiro, señor, vuestro heroismo!

BRAVO.

Si algo encontrais de grande en mis acciones,
Si hay mérito en salvar á la inocencia,
Es gloria de mi padre, en mí se encierra
De su extinguido corazon la esencia!

DON JUAN.

General! una espada yo tenia
Con que serví al virey de Nueva-España,
Y aunque avezado á conocer los grandes,
Hoy su conducta me parece estraña
Y baja comparada con la vuestra. . . .
Él por satisfacer una venganza,
Cual rebaño de bestias miserable

Nos condenó á morir sin esperanza. . . .
Vos, de excelsas virtudes animado,
Del padre asesinado en la presencia
Nos dais á todos libertad y vida,
Con que clara se ve la diferencia!
Si vos quereis mi acero devolverme,
Cambio desde este instante de bandera;
Y si algun español por mi conducta
Como infame traidor me vitupera,
Le diré que admirando el heroismo,
Al recobrar la vida quedé esclavo
De una virtud que desconoce el trono,
Y que es mi orgullo ser traidor con Bravo!

BRAVO.

Libertador decid! nuestra bandera
Es la de un pueblo mísero oprimido:
Venid á defenderla, sed mi hermano,
Pues una buena accion os ha vencido. . . .

(Los prisioneros españoles victorean entusiasmados á Bravo y á la independencia.)

DON JUAN.

Son vuestros, general!

BRAVO.

Bien, compañeros!
Obrad con libertad: quien se resuelva
Al azar de la lucha, que me siga,
Y el que no, libre á sus hogares vuelva.
Condúcelos, Galiana, necesito

Desahogar solo mi angustiado pecho;
Pues al que ha muerto su perdon le debo,
Para llorarle tengo ya derecho!

(Salen los prisioneros guiados por Galiana, Sesma y D. Juan, repitiendo sus aclamaciones y formando una escena animada. Cuando ha salido el último, declama Bravo los siguientes versos.)

ESCENA ÚLTIMA.

BRAVO.

Libres ya son! . . . mas mi infelice padre
No encontró compasion. . . . abandonado
A sus crueles verdugos, murió ahorcado
Como el mas miserable criminal!
Triste de mí! la desastrosa escena
Apartarse no puede de mi vista. . . .
Donde quiera que esté, mientras exista,
Apretará mi cuello ese dogal!
Solo tú, ¡Eterno Dios! solo tú sabes
Lo que el olvido y el perdon me cuesta!
De la venganza oí la voz funesta,
Y sentí envenenado el corazon.
Mas ya que he sofocado de mi pecho
El sentimiento natural y humano;
Ya que la muerte de mi padre anciano
De honrar tu voluntad me dió ocasion,
Oye, Señor, mis súplicas ardientes,
Haz que se cumpla la plegaria mia,

Desparezca la odiosa tiranía
Del suelo que su sangre rescató!
Libre México sea! nunca logre
Aire para vivir ningun tirano,
Donde *con el perdon* un mexicano
De la muerte de un padre se vengó!

Julio 16 de 1864.

FIN.

INDICE.

PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE.

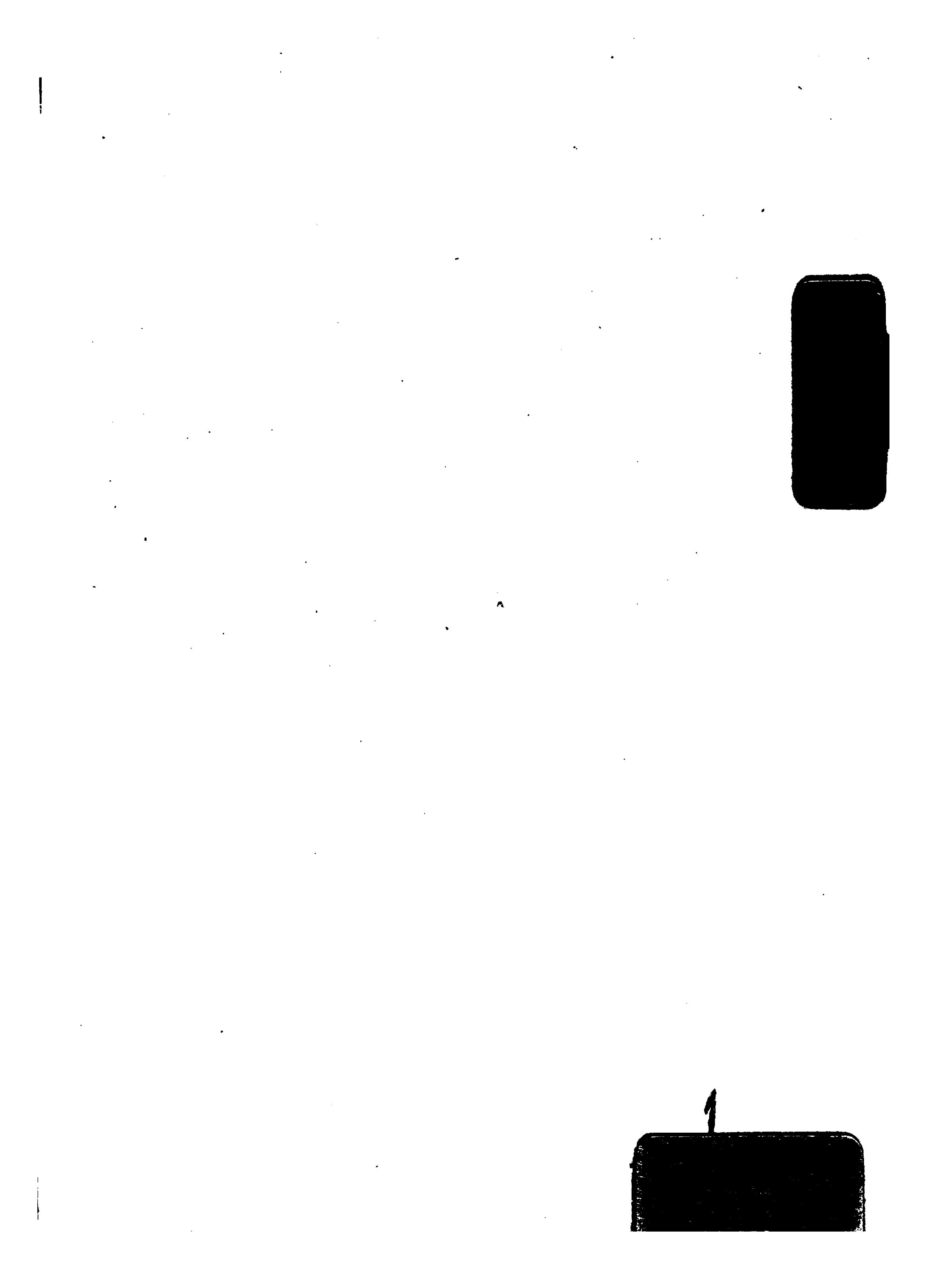
TABLA DE ERRATAS.

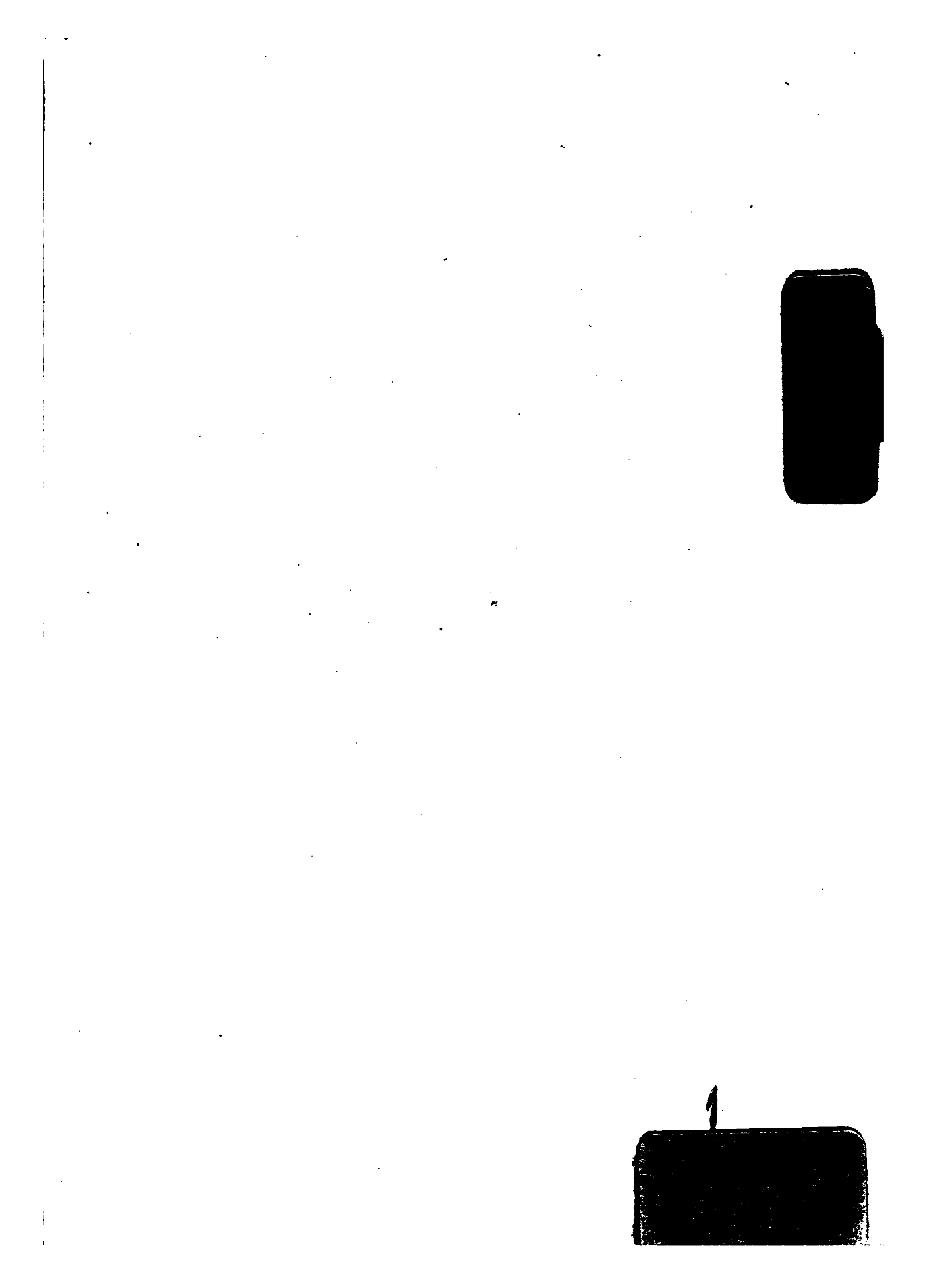
En la composicion del "Ixtacihuatl," línea 3ª, pág. 18, dice: "porque;" debe decir: *por qué.*

En la misma, en la línea 10, dice: "brillas," debe decir: *brillar.*

En las "Ruinas del Convento," pág. 59, línea 20, dice: "vivera;" debe decir: *ribera.*

En la "Venganza de un mexicano," pág. 294, línea 22, dice: "alcanzaba;" debe decir: *demandaba.*


1


1

